

# VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES  
DE FILOSOFIA Y LETRAS

DIRECTOR

JOAQUIN MALMIERCA

ADMINISTRADOR

ORESTES CONFALONIERI

SECCION FILOSOFIA

## GUÍA PARA EL ESTUDIO DE LA FILOSOFÍA

### III

#### FILOSOFIA E HISTORIA DE LA FILOSOFIA

##### I. — IDEALISMO Y METAFÍSICA

La filosofía moderna es idealista. Decir ésto, es constatar una tendencia general de la especulación, la cual presenta, en efecto, caracteres muy distintos en los diversos pensadores.

Es quizás superfluo advertir que el idealismo de que hablamos nada tiene que ver con los programas que decantan la belleza y la santidad de ciertos ideales políticos, religiosos, sociales; por lo que se dice que uno no tiene ideales, queriendo significar con eso que vive a ras de tierra o interesándose poco por lo que de ordinario conmueve a los hombres. De ahí que llamen idealista a quien, desea la vida dedicada a la consecución de un fin noble; o bien, con una sonrisa nos tienen por idealistas si descubren en nosotros una deficiencia en la valuación de las cosas desde el punto de vista práctico, y nos recuerdan a Tales, que caía en los fosos, por andar siempre distraído con otras ideas que las debidas. Este conjunto de

ideas y de ideales se llama también ideología, y, excepto algún caso en el cual ha recibido una elaboración filosófica, no tiene nada de común con la filosofía del idealismo.

En su significado más amplio, por idealismo se entiende el estudio de la realidad encarada desde un punto de vista racional, especulativo. En este sentido afirma simplemente el punto de vista filosófico común a todos los filósofos, de cada edad y de cada escuela. Su significado no es distinto del de *Metafísica*, palabra que si tuviéramos alguna autoridad en la república de los estudiosos, aconsejaríamos renovar, por la claridad que enseguida recibe el problema filosófico, confundido tan fácilmente con el de las ciencias naturales. Si contra esta palabra persiste hoy cierta repugnancia, ella se justifica solamente como un eco lejano de pasadas batallas, cuando era sinónimo de ontología, es decir, de aquel modo de filosofar que atribuía una existencia objetiva, fuera de nosotros, a nuestras ideas. *Keine Metaphysik mehr!* fué el grito de rebelión de quienes anhelaban librarse de aquellas ideas abstractas.

Poco después del descubrimiento del mundo de la subjetividad, en que el universo se manifestó real, no fuera de nosotros, sino en nuestra conciencia, la nueva metafísica no puede indicar otra cosa sino lo opuesto a la antigua. *Metafísica*, en el sentido ontológico, es, si se quiere, hoy, la filosofía de las ciencias experimentales, sin que ellas las más de las veces, se den cuenta. Esto puede constatarse en muchos libros, aún en los recientes, de hombres de ciencia por otra parte insignes, que persisten en el mal gusto de agregar a sus tratados de física algún capítulo de conclusiones, con el cual esperan llevar una contribución al problema filosófico, como si éste no estuviese ya enteramente contenido en la más vulgar de las experiencias y en la constitución misma de la mente. El hombre de ciencia, después de todo, manifiesta, obrando así, una justa exigencia: la de transmutar el problema científico en problema de su conciencia. Pero, como hemos afirmado, el problema de la conciencia, no lo puede resolver el hombre de ciencia si no toma una posición filosófica: mientras permanezca en el mundo de la experiencia exterior, no puede esperar elevarse mucho sobre el nivel de la conciencia vulgar, en el ámbito de la cual

termina por permanecer. Claro está, pues, que admitimos que uno pueda ser muy bien filósofo profundo y físico de gran valer, del mismo modo que puede ser filósofo y óptimo matemático o historiador, y, en general, hombre, de doctrina y de cultura. Sostenemos en cambio, que no se pasa de la cultura a la filosofía, sino viceversa, esto es, que la cultura, por sí sola no afirma nuestra conciencia filosófica; en cambio una conciencia filosófica sólidamente conquistada, se refleja en toda nuestra vida moral y científica, dando un hábito de mayor seriedad y profundidad a nuestros estudios particulares. El físico, por ejemplo, del estudio de la filosofía obtendría ventaja también para su física, no solo porque llevaría al mundo de su cultura una conciencia superior, sino también porque, no confundiendo el problema metafísico con el físico, por una parte, no osaría sentenciar en cosas que no conoce, y por otra, aprovecharía para su ciencia el tiempo precioso que emplea en problemas hace rato superados en la historia de la filosofía. Y de la misma manera el jurista: mientras el estudio de la filosofía lo haría más advertido de la complejidad de los problemas implicada en cada acción humana (complejidad viva, si la acción humana tiene un valor espiritual), no arriesgaría el hacer pasar por filosofía un resumen ideológico de sus experiencias sociales, ni distraería su atención de la constatación diligente de los hechos humanos, cuando a ello debe aplicarse.

## 2. — LOS SISTEMAS METAFÍSICOS

Aconsejar al estudioso — como hacemos aquí — a que considere la filosofía como pura especulación metafísica y a que la busque en su historia, parecerá a muchos lo mismo que invitarlo a entrar en el reino de Eolo o a embarcarse hacia el océano más inseguro que se conozca. Si así fuese, no tendríamos sino que animarlo con las palabras de Ulises, quien recordaba a los compañeros que el fin del hombre estriba en la consecución de la virtud y del conocimiento.

Más pernicioso, al contrario, reputamos para el estudioso el vulgar preconcepto de que la historia de la filosofía sea el

reino de Babel, donde no se encuentran dos filósofos que marchen de acuerdo y donde casi no se entienden entre ellos. En cambio, es verdadero lo contrario: no se encuentran dos filósofos que no marchen de acuerdo y que no se entiendan profundamente entre sí; son, antes bien, las únicas mentes que se entienden cuanto más vigorosamente se combaten. ¿De quién diríamos que entendía mejor a Platón, Aristóteles que tenazmente combatía la Idea del maestro, o los de la Academia que repetían las doctrinas? ¿Quién entendió mejor el alma del kantismo, Hegel, que de la síntesis a priori hizo principio de su filosofía, o uno de los muchos neokantianos modernos? Nosotros creemos que el criterio más seguro para apreciar un sistema, es éste: que *comprenda* los sistemas combatidos, se vigore con ellos y los desarrolle en su principio vivificador.

Ni siquiera puede aprobarse la concepción opuesta, éstos es, que la historia de la filosofía presenta una serie de sistemas, cuya novedad consiste en un continuo repasar de las mismas ideas, mudando su sitio y matiz; de donde la filosofía sería un caleidoscopio de conceptos de aspecto cambiante. Trabajo desesperado, como el de Sísifo, y vano como el de Penelope. La filosofía se reduciría a un juego de conceptos (palabras). Y así se la juzgó a menudo, sin tener en cuenta que jugar con conceptos, para quién es verdadero filósofo, es un juego en el que empeña su alma, juego peligroso, entonces, y que no se hace por diversión... Y si el filósofo juega tan de buen grado que a veces olvida la vida común, feliz en la soledad de su mente, donde la armonía de las ideas es más divina que la sublime de los cielos estrellados, eso depende del hecho que el filósofo sabe que ha de vencer, porque la victoria depende de él.

La historia de la filosofía, vista como una sucesión de doctrinas idénticas, no es muy provechosa; es un conjunto de sistemas, cuya razón íntima no se le alcanza al estudioso, que se asoma al horizonte metafísico y permanece a menudo desconsolado. En esa atmósfera rara falta la vida, y los rumores de las batallas que la llenan semejan de batallas fingidas, o ecos de combates trabados realmente en el mundo subyacente.

Abreviando: los sistemas, considerados en su configuración exterior, en la parte formal de las doctrinas, son abstractos, y la historia de la filosofía viene a ser una elaboración del material filosófico, hecha con método intelectual, del mismo modo como la lógica discursiva obra con los conceptos empíricos.

En lugar de Platón se enseña el platonismo; en lugar de Aristóteles, el aristotelismo; en lugar de Santo Tomás, el tomismo, etc. En lugar de la filosofía de los filósofos, la de las escuelas.

### 3. — CARACTERES COMUNES DE ALGUNAS CONCEPCIONES

Exponemos algunos conceptos que pueden servir para orientar al estudioso en cuestiones de índole general que ocurren con frecuencia.

El escepticismo, en filosofía, es la negación de todo valor del conocimiento, y, en general, de todos los valores que la conciencia afirma. Sabido es que, en abstracto, hay contra el ecéptico una razón validísima para no creerle, puesto que, mientras niega valor al conocimiento, afirma sin embargo como verdadero su escepticismo, y no el suyo solamente, sino el escepticismo en sí mismo, desde que no admite la existencia de otra verdad que no sea esa. En realidad, el escéptico es de ordinario el hombre más bueno del mundo, pues tiene firmísima fe en los valores de la conciencia, de los cuales vive. El escepticismo por tanto, en realidad no existe, sino que existen filósofos que se denominaron escépticos. A estos si se les sigue en la historia, se les halla más profundos quizás, que los otros, en la exigencia de la verdad. Las escuelas escépticas del último período griego afirmaron la necesidad de un nuevo principio filosófico, sintiendo que la doctrina elaborada en las escuelas anteriores, no satisfacía ya su conciencia deseosa de una verdad que no fuese meramente intelectualista. David Hume, partiendo de los presupuestos del empirismo, demostró válidamente la imposibilidad de contentarse, y planteó el problema a la filosofía kantiana.

Todo filósofo es escéptico, en cuanto destruye el consenso favorable a las opiniones pasadas. Más: escéptico es todo hombre que, poniéndose a filosofar, revoca con eso mismo el asenso incondicionado a la verdad anterior. Y escéptico permanece también después, mientras no se contenta con la verdad conquistada; cuanto más ve, más desea ver. Escepticismo, pues, que se identifica con la fe más firme, cuando se sabe que la verdad está en nosotros y que de nosotros depende el poseerla con intimidad siempre mayor.

Por lo que se explica fácilmente el error de aquellos que no vieron otra salvación del escepticismo que refugiarse en la fe de una religión determinada. Lo hicieron, no en calidad de filósofos, sino de sacerdotes de aquella religión. En filosofía arribaron al término de que huían, porque, transfiriendo la fuente de la verdad fuera de sí mismos, en el Dios de la religión, la humana conciencia se llenó de tinieblas. Esto es el misticismo, que así expresado, es un motivo puramente dogmático, indicio de pereza mental a que se acomoda la conciencia del creyente. El cual, en cuanto filósofo, en el acto mismo en que afirma su religión, se eleva sobre la fe ingenua, instaurando en su mente la verdad, en una forma mucho más elevada de religiosidad: la fe y el culto del pensamiento. La filosofía se distingue de la religión vulgar, por dos causas: una, porque para el filósofo *in interiore homine habitat veritas*, es decir, en el hombre que es pura autoconciencia; otra, porque la verdad es para la religión un valor ya definitivamente constituido (de aquí su personificación en un Dios y la necesidad de la revelación) cuando para el filósofo es una conquista eternamente hecha y por hacerse. Eternamente hecha, en cuanto el pensamiento es verdad por sí mismo; eternamente por hacerse, en cuanto la verdad del pensamiento está en su actividad, en su desarrollo, en su vida.

Quien no se subtrae al error dogmático de concebir estáticamente la verdad, lo Absoluto, lo divino, no espere un resultado satisfactorio del estudio de la filosofía; se encontrará intrincado en una selva de dificultades, de las que difícilmente saldrá para gozar de la libre visión de sí mismo. Y quien nos trajese el ejemplo de filósofos que tuvieron fe en aquella con-

cepción, comenzando por Aristóteles, que hizo girar toda la realidad alrededor del concepto de un motor inmóvil, fíjese atentamente en la obra del filósofo y verá que todo su esfuerzo, el que constituye el valor de su filosofía, es precisamente el de superar al dogmatismo para instaurar un concepto dinámico de la verdad. Si no, ¿para qué habría filosofado, toda vez que para él la verdad era ya una cosa hecha, y exterior al acto de su mente?

Pereza mental y dogmatismo es también el error de aquellos que nos dicen que la razón humana es limitada y que no debemos por lo tanto pretender lo absoluto. Está claro que hablan con justicia solo cuando se refieren a la razón individual, a la que nace y muere en nosotros considerados empíricamente como *cosas* pensantes, y no tiene otra ley sino el arbitrio y la particularidad del que piensa. De hecho, se contradicen en modo evidente: ¿quién les asegura acerca de los límites predichos, si no el acto de la reflexión? Este acto, que juzga aquellos límites, está por lo tanto fuera de ellos. Esto es lo que nosotros entendemos por acto del espíritu y por valor absoluto del pensamiento. El cual, considerado en el momento en que juzga, trasciende al individuo juzgado en los límites del tiempo y del espacio, y se pone en modo tal que todo ser pensante, en el mismo caso, debería necesariamente reconocerlo por verdadero; y en cuanto es el acto real del individuo mismo, es para el inmanente. Trascendencia e inmanencia, tomadas separadamente, conducen, la una, al dogmatismo, la otra al empirismo. Nosotros adoptamos el término “trascendental” para indicar que lo absoluto es un valor del individuo mismo bien que considerado *sub specie aeterni*: lo universal no está fuera de lo singular, es lo singular visto como cosa, como hecho empírico. La filosofía, en cierto sentido está fuera de la historia, en otro, es la historia misma. Como desarrollo de la autoconciencia, del pensamiento absoluto, de lo divino, está más allá de la historia de la contingencia; pero, desde que el pensamiento vive realmente en el conjunto de todas sus manifestaciones, y lo divino se encarna en lo humano, y la historia del mundo es real solamente en la vida de la conciencia, y esta se actualiza como auto-

conciencia, la filosofía es la historia misma que en todo ser se realiza **sin residuo**.

Aquí se ve la especiosidad de la objeción de que el hombre quizás no es el único ser pensante, pudiendo existir otros mundos habitados por individuos que conciban la realidad en modo muy diverso, por lo que debiéramos ser prudentes y no llevar nuestras afirmaciones más allá de nuestro pequeño mundo. Esa objeción pierde toda fuerza si se considera que lo divino está probado por la existencia aún de un solo hombre, de un solo pensamiento, de un solo ser. Por eso, aunque se imaginase que un buen día el hombre desapareciese no se concluiría de ahí que desapareciese lo divino. Es necesario pensar en la desaparición de todo lo que es. Es decir, sería necesario pensar la nada, que, en realidad, es un no pensar, un fantasear, un juego de palabras. Juzgue el lector si son útiles estas ejercitaciones. Al fin, en este girar de ideas se hacen prisioneros de sí mismos los sistemas que afirman la incognoscibilidad de lo absoluto, lo cual, viceversa, es conocido al punto de poder afirmar con seguridad la existencia: si estuviésemos en verdad encerrados en las leyes férreas de la contingencia, ni aún de su existencia sabríamos nada. Si fuésemos, por ejemplo, seres de dos dimensiones solamente, ni siquiera sospecharíamos la existencia de cosas de tres dimensiones. Por lo que es verdadero no solamente que pensar en lo absoluto es ya demostrar su existencia, sino que también es exacto que lo absoluto debe ser ya un valor de nuestro mismo pensamiento. Es cierto que lo absoluto no es cognoscible en el sentido que sea una cosa, un objeto exterior al acto de conocer; lo absoluto es el acto de conocer, es el sujeto; hecho objeto se torna algo conocido al cual, si por abstracción, quitamos su cualidad de actualmente conocido, es decir, de objeto del acto de conocer, tenemos lo cognoscible puramente potencial, que no traducándose jamás en acto, es lo absolutamente incognoscible. Doblemente abstracto, como objeto que está fuera del sujeto, y como lo cognoscible que jamás se conoce, pues que por un lado afirmamos su existencia objetiva, y por otro la incognoscibilidad de hecho. Pero *esse est percipi*, hizo notar Berkeley; decir que una cosa existe, quiere decir que es pensada, por lo que (agrega) existen úni-

camente seres pensantes. Y si el pensamiento humano no tuviese sino ese valor relativo, la ciencia humana sería una ciencia relativa, pero, absolutamente, en sí misma, absoluta ignorancia. El agnosticismo, el empirismo, el racionalismo, el misticismo, el escepticismo, como se ve, se transforman uno en otro. Ahora, toda filosofía que en una u otra forma da fin al misterio, es un juego de mal gusto.

Caracteres no muy diversos parecen tener las concepciones panteistas que no niegan lo absoluto ni lo suponen trascendente. Pero también ponga atención el estudioso, porque el panteismo puede asumir significados muy distintos y no conviene entonces discutirlo en sus caracteres abstractos. En primer lugar, los términos ateísmo, teísmo y también panteísmo, se refieren más bien a cuestiones dogmáticas que filosóficas. El filósofo, como tal, no puede ser ateo ni teísta, si se trata de un dios dogmático; y si el sacerdote lo juzgase ateo, él podría juzgar al sacerdote idólatra. Quien pusiese a Dios en el cielo, en la tierra y en todas partes, menos en el empíreo, no haría trabajo muy útil, trayéndola bajo la bóveda celeste. La cuestión, para el filósofo, no estriba en saber donde está Dios, sino qué cosa es Dios. Diré mejor: para el filósofo, Dios es el principio de toda realidad; pero se trata de saber cual es la naturaleza de ese principio, y cómo es principio de la realidad. ¿Puede ser material ese principio? Ya hemos señalado el absurdo del materialismo: la materia, privada de actividad y de inteligencia debería producir e iluminar la realidad y la vida de la conciencia. En otros términos: el principio de la materia sería la negación pura y simple de la realidad, la nada metafísica. (No se confunda el materialismo metafísico con el materialismo físico: la física adopta al principio abstracto de materia, sin que por ello se tenga al físico por materialista). Será entonces aquel principio un ser inteligente y activo. Pero aquí precisamente comienza el trabajo de la filosofía de Platón en nuestros días. ¿Cómo aquel principio genera la realidad?

En tanto, aquel principio, debiendo hacerse inmanente a la realidad, para explicarla, se ha coloreado religiosamente como un panteísmo en el sistema de cada filósofo, el cual, cuando ha

sentido con mayor intensidad los valores de aquel principio que trasciende la realidad empírica, ha parecido en cambio teísta. Pero no se detenga el estudioso en estas expresiones religiosas; panteísmo y teísmo, podrían ser motivos simplemente dogmáticos, como entre los antiguos indos y los pueblos modernos.

#### 4. — COMO DEBE ESTUDIARSE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

No es conveniente, para quien emprende un estudio ordenado de la filosofía, distraer la atención en la parte esquemática que acompaña a los sistemas metafísicos. No se quiere decir con ésto que los esquemas sean inútiles; antes bien, son utilísimos, pero para quién posee el alma, además del esquematismo. Muchas veces, sus denominaciones son palabras de batalla, con las cuales el filósofo quiere distinguir la intención de su filosofía de la de los contemporáneos; por lo que el verdadero significado debe buscarse siempre en la historia concreta del sistema. Quien creyese, por ejemplo, que el Idealismo quiere simplemente negar el término opuesto, Realismo, no recibiría mucha ayuda para la inteligencia de su espíritu. El idealismo es, sí, una reducción del mundo de la experiencia a valores de hechos de conciencia, mientras que el Realismo transfiere esos hechos espirituales a valores de las cosas; pero, además, el Idealismo pretende ser el sistema realista más concreto, declarando que su intento es precisamente explicar la realidad. Por otra parte, el Realismo, si quiere ser filosófico, no puede contentarse con mirar la realidad, tal como se nos ofrece empíricamente, sino que debe indagar que es lo que se entiende por real, es decir, no esta o aquella cosa que decimos real, sino el concepto o idea de la realidad en sí misma. Toda filosofía es, pues, necesariamente idealista y realista al mismo tiempo. Pero el idealismo de Platón por ejemplo, difiere tanto del de Hegel, cuanto el sentido de la realidad en un niño es inferior al de un hombre maduro. Es pueril, pues, el lamento algunos principiantes, cuando dicen que los filósofos han oscurecido aún más la filosofía, con la excesiva alteración del

significado de las palabras más en uso. La filosofía no podrá jamás poseer un lenguaje técnico, estable como el de las matemáticas, ni el filósofo puede empeñarse en conservar para los términos el mismo significado de los predecesores, por la misma razón de que no puede conservar durante toda la vida el mismo tono, el mismo valor, el mismo significado de las palabras. Lo contrario valdría abandonar la acción de pensar y de desenvolver la propia conciencia.

¿A qué deseamos llegar? A ésto: que el estudioso debe reconstruirse para sí mismo la historia de la filosofía, no con los manuales o con los compendios, sino con las obras clásicas de los filósofos, leyéndolos, meditándolos, reviviéndolos, con asiduidad y con abandono, haciendo razón de vida propia el pensamiento del autor. Los manuales y compendios sirven como apuntes para quien sabe; como indicaciones para quien aún no sabe. No llevan en sí la convicción, la que solo puede venir del contacto con un espíritu vivo, vivo en su libro, es decir, en el acto de afrontar su problema, de agitarlo con ansia, de resolverlo alegremente. El estudioso que conoce la historia de la cuestión sobre el origen de las ideas y no ha leído nunca el *Menón* o el *Discurso del Método* o los *Nuevos Ensayos* de Leibniz, etc., difícilmente comprenderá (y comprender quiere decir persuadirse) que aquel problema interesa la parte más viva y más profunda de nuestra conciencia.

Puede que el principiante diga: ¿vosotros queréis aventurarnos en el océano borrascoso, así, sin auxilio, sin guía, poniéndonos en las manos obras en las cuales la crítica secular ha dejado la huella de la destrucción, a riesgo de formarnos una mentalidad muy inferior a la del tiempo en que vivimos?

La pregunta es muy razonable y exige una respuesta reconfortante. Sin embargo, nadie haría razonablemente esa objeción, si un literato aconsejase la lectura de la *Iliada* y de la *Divina Comedia*, a quien deseara adquirir cierto gusto estético. También Homero y Dante representan una mentalidad ha tiempo superada, y su canto es antiguo, tanto, que hoy ningún poeta se parece a ellos. Las obras clásicas de los filósofos son inmortales como las de los grandes poetas, porque su valor está

fuera de las leyes del tiempo, y nosotros las sentimos revivir en nuestro espíritu con eterna frescura, por la identidad de nuestra común naturaleza humana. Es justo que el estudioso tenga auxilios para leer a Platón o Virgilio; pero aquellos jamás queden substituir al original. Y en cuanto al juicio crítico, es para los filósofos mucho más necesario que para los poetas. Además de los consejos de los buenos libros modernos, el estudioso tiene dos criterios infalibles en los cuales puede confiar tranquilamente. Uno, es su propia reflexión, la que puede no ser madura y entonces necesitará larga meditación y esfuerzo considerable, en cuestiones que para una mente ya sólidamente iniciada en la filosofía puede bastar mucho menos; pero es un criterio que no lo engañará jamás: lo que él no puede dejar de admitir, es lo verdadero. El otro, es la historia misma. Cada filósofo ha hecho la crítica de sus predecesores, y es muy razonable creer que la haya hecho mejor que todos los demás, por la seguridad de las informaciones y por la grandeza de su ingenio. Como su crítica fué a su vez criticada por los filósofos posteriores, a los que es menester tener en cuenta, resultan dos consecuencias: una, que cada punto de la historia de la filosofía contiene idealmente a todos los otros, de tal modo que si es mayor la fatiga de la conquista, mayor es también el beneficio que se obtiene; otra, que aquella no puede jamás agotarse, porque, produciendo en nosotros un continuo profundizar de nuestra reflexión, nuestra crítica se hace cada vez más profunda y original. La originalidad, en filosofía, no es una creación individual, como ocurre en poesía; los problemas de la conciencia no los excogitamos nosotros, sino que nos son dados por la reflexión universal y tienen para nosotros un significado ya determinado en la historia, que es desarrollo; por lo que la originalidad consiste solamente en proseguir el desarrollo histórico de las ideas. Filósofo grande es aquel que en grado mayor que los otros, imprime en la historia la huella de su pensamiento, pero en grado pequeño es original todo estudioso que, educando la propia mente con los grandes problemas, confiere a los mismos, necesariamente, un nuevo valor, porque el pensar, por su naturaleza, jamás se apacigua, jamás se repite.

De que filósofo deba comenzarse, es imposible dar consejo. Cada uno siga sus aptitudes, que le harán quizás preferir un antiguo a un moderno, si la cultura clásica le conviene mejor, o viceversa, si el problema de la ciencia o el de la religión le es más familiar. Más simples parecen los filósofos antiguos, más complejos los modernos; pero aquella simplicidad es de una enorme fecundidad, y esta complejidad despliega con evidencia las propias riquezas; aquella es más difícil de coger, pero más fácil de ser desarrollada; ésta, al contrario.

##### 5. — LA UNIDAD Y EL DESARROLLO DEL PENSAMIENTO

Quien dijese que el idealismo moderno en esa su expresión que el presente escrito trata de hacer entender al estudioso, como sistema de absoluto espiritualismo, es la síntesis o el resultado de todos los sistemas excogitados por los filósofos con el propósito de resolver el problema metafísico, no conjeturaría mal, porque, en efecto, se puede demostrar como ese problema reúne en sí, orgánicamente, el tanto de verdad que existe en cada sistema. Reconozca, por ejemplo, al empirismo el derecho de dar valor a la experiencia, desde que, al fin la vida concreta del espíritu no se desenvuelve en otro mundo fuera de éste que presenciamos; dé razón al racionalismo, que quiere filosofar en nombre de la razón; al misticismo, que reconoce la existencia de lo divino; al objetivismo que desea abstraer la realidad existente fuera de nuestro pensamiento; *et sic de coeteris*. Podremos demostrar como solamente nuestro idealismo resuelve todos los problemas de la historia y de la vida, mientras los otros sistemas, estando constreñidos a descuidar algunos, ni aún en los restantes pueden satisfacer. Un sistema filosófico o está a la altura de nuestra conciencia — y debe resolver todos sus problemas — o no es ni siquiera un sistema. ¿Cómo podré contentarme con una filosofía que no conoce sino el problema científico, e ignora el problema religioso, estético o moral? Resolver un problema, nótese, no quiere decir suprimirlo, hacer que no nos haga pensar más, que no nos angustie más; no, resolver, en filosofía, quiere decir informar,

aclarar, evidenciar algo a la conciencia. Y se entiende que esta aclaración lleva el problema a una luz nueva, en la cual aquel se purifica, por lo que interesa, no menos, sino más que antes y con un interés más profundo y más sincero. Al nuevo problema la reflexión dará, después, nueva solución, la cual se tornará, a su vez, un nuevo problema. Terminar significaría no pensar más. Y ésto, si aquel problema es parte constitutiva de la conciencia, no es posible.

Si un sistema es verdadero, su principio debe, pues, resolver todos los problemas de la conciencia, sin excluir ninguno. No se trata aquí — es obvio — de construir un sistema ecléctico, porque en el eclecticismo falta justamente el *porro unum*, el principio; por eso es una síntesis mecánica de doctrinas recogidas y puestas juntas en un tratado, más bien que un sistema vivo del pensamiento. Del mismo modo que tenemos por vivo a nuestro cuerpo hasta que sus funciones expresan la función fundamental única (el alma), igualmente el cuerpo de doctrinas es válido en todas partes, si en ellas vive su vida un principio filosófico único (el espíritu).

Con ésto no decimos todo. Nuestro idealismo será demostrado por el estudioso con método, digamos así, *a posteriori*; tal como decimos de un hombre que está vivo, cuando lo vemos moverse y hablar, pero sin ver todavía el porqué íntimo de su vivir, de su moverse, de su hablar. El porqué íntimo del espiritualismo absoluto se ve en la historia del pensamiento filosófico como un momento del desarrollo del principio único e idéntico en todos los sistemas.

Antes de exponer este punto será útil aclarar, brevemente (el estudioso no puede esperar más que una indicación del camino que debe recorrer con su mente), el concepto de “historia del pensamiento” y de “desarrollo del principio único”.

De lo apuntado en la parte precedente con la crítica del concepto empírico-abstracto de evolución, resulta claro que para nosotros el concepto de desarrollo es otra cosa, sea porque la consideración temporal está por definición excluida de la filosofía o sea porque buscamos algo mejor que el esquematismo de la lógica discursiva. El evolucionismo de las ciencias naturales es un transformismo en el cual no se ve el por-

qué del pasaje de una forma a otra, puesto que las formas permanecen una fuera de otra y ligadas solo mecánicamente. La impresión común de que aquella evolución explica la vida, mostrándola en formas sucesivas, deriva de la misma ilusión que padecemos, cuando, asistiendo a una proyección cinematográfica, creemos, por el rápido sucederse de las fotografías, que las figuras se mueven realmente y que están vivas.

Por la misma razón, lo que tenemos por principio no es un origen: el pensamiento es principio y fin en sí mismo, en todo momento. Empíricamente distinguimos el principio del fin, y decimos, por ejemplo, que el fin de la bellota es la encina; pero basta un poco de reflexión para ver que la bellota se vuelve encina porque ya es encina; de no ser así, ninguna potencia podría hacerla tal. En el concepto del devenir coinciden los dos conceptos abstractos de ser y de no ser; abstractos porque la vida es realidad dinámica, mientras que el ser y el no ser, tomados así, son estáticos. La bellota es y no es encina, deviene encina. La llamamos bellota para indicar un grado inferior de desarrollo. El neonato es y no es un hombre, deviene hombre día a día, despojándose de la animalidad que lo envuelve, y niño, de año en año, triunfa de la vida sensual, y joven se hace lentamente pensativo, hasta que llegado a la madurez realiza en sí mismo, con mayor evidencia, el concepto de hombre. Quien quiera explicarse lo que es un niño, deberá mirar al hombre maduro, y no viceversa. Si en la bellota no pensase yo la encina, no podría jamás explicarme lo que ésta sea. Lógicamente, pues, el presente explica el pasado, y no al revés. Es el punto ya puesto en claro por Aristóteles, como hemos dicho: lo que es último en el orden empírico es primero en el orden metafísico. Sirviéndonos también nosotros de un esquema: el físico dice que A es causa de B, cuando a A sigue constantemente y necesariamente B; el metafísico, en cambio, razona así: si, dado A, está dado necesariamente B, quiere decir que A y B no son dos, sino una realidad única, en dos grados distintos de desarrollo, por lo que A no explica a B, sino que B explica a A. En la historia de la filosofía Platón es la causa de Aristóteles, en cuanto que existió antes que aquel; pero en reali-

dad Aristóteles explica a Platón, porque él desarrolló el pensamiento del maestro, enseñó toda su vitalidad.

No ocultamos al estudioso que estos conceptos han de ser ulteriormente elaborados, purificándolos de lo empírico que hay en los ejemplos mencionados. En las cosas naturales y donde entra el elemento temporal, el concepto del desarrollo es siempre un tanto espúreo: la bellota, como bellota, es una realidad firme, inmóvil, y que distinguimos de otras cosas, materialmente, por ejemplo, de un niño; y decimos que la encina añosa no se desarrolla más, sino que muere, tal como un hombre que al envejecer parece que no desenvolvese su vida sino que la envolviese. Pero el hombre de que habla el filósofo, ya lo hemos dicho, no es aquella cosa que ponemos empíricamente junto a otras cosas, el conjunto de las cuales se llama universo. La verdadera realidad del hombre es espiritual. Y como la realidad verdadera no tiene plural, el espíritu por ser absoluto es la única realidad. Y como hemos rechazado la concepción estática de lo absoluto, tenemos la consecuencia de que el pensamiento absoluto es desarrollo de sí mismo (principio y fin), en sí mismo, fuera de lo temporal, eterno, presente en cada punto.

La historia de la filosofía, vista en su intimidad, es el desarrollo puro del pensamiento autoconsciente: Platón, Aristóteles, Descartes, Kant, Hegel, son para nosotros, no fulanos y menganos, en cuanto determinados en el espacio y en el tiempo, sino el espíritu, que en ellos conquistó una conciencia más profunda de sí mismo.

Lo que nosotros podemos llamar, precisamente, el espíritu de su filosofía, no lo debemos buscar en las investigaciones particulares y en la exposición doctrinaria con método intelectualista, sino en el desarrollo efectivo al cual nos lleva nuestra conciencia; no en la multiplicidad de las ideas, en las que se afirman sus obras, sino en el movimiento íntimo de aquella única Idea, de la cual las ideas múltiples son la expresión. En fin, entre el valor estático y el valor dinámico de cada sistema existe la misma relación que entre la consideración empírica y la filosófica, entre nuestra conciencia tomada en su ingenuidad (la que antes hemos llamado conciencia común o natural) y la conciencia vista como autoconciencia o reflexión.

Por lo primero cada filósofo, y cada uno de nosotros, dicese que pertenece a su tiempo, sin que se entienda el tiempo que medimos con el sol o con el movimiento de la tierra (lo que sería ridículo), sino a aquel conjunto de hábitos morales y mentales (religión, cultura, modo de sentir la vida en general) que caracterizan la etapa de la civilización humana, en su historia, en la historia natural del espíritu, o historia como se entiende comunmente. Por lo segundo, el filósofo supera siempre a su tiempo, porque la Idea está viva y se desarrolla conforme a su ley intrínseca, la cual no admite prejuicios, morales o religiosos, políticos o intelectuales. Por lo que en cada sistema estalla inevitable la contradicción entre el esfuerzo animador del conjunto, y este conjunto en el que se ha frenado o limitado el ímpetu, entre el acto puro del pensamiento filosófico y el estado de conciencia que ha constituido, dejando los signos de su relatividad; entre la fecundidad del principio y los límites dentro de los cuales se ha detenido en un autor. Se entiende, por lo tanto, que tal contradicción no puede aclararse antes que aquel principio demuestre la propia fecundidad; por eso, mientras Aristóteles combate a su maestro, desarrollándole la filosofía, demuestra con eso mismo su eterna validez; así como Hegel, librando al kantismo de sus contradicciones y desarrollando el principio animador, nos hace volver a aquel con ojos más penetrantes y con admiración siempre más profunda. Los filósofos sepultan a los filósofos para eternizarlos, mejor todavía, para hacerlos revivir una vida siempre más intensa. Y nosotros volvemos hoy a releer a Platón, y nos sentimos cogidos de un religioso temblor, frente a aquel coloso que se agranda en los siglos. Su grandeza parece mayor después de Hegel, que de Aristóteles.

Lo que depende, evidentemente, no del Platón histórico, encerrado en sus límites, sino de la divina actividad de la reflexión, que en los sucesores, en nosotros, es un eterno desarrollo.

## 6. — EL PROBLEMA FILOSÓFICO

Creemos haber indicado al estudioso con los criterios supraexpuestos el verdadero camino para un estudio profícuo de la

historia de la filosofía. Por de pronto hallará su mente limpia de preconceptos que serían muy dañosos para la inteligencia del problema filosófico. Los problemas de la filosofía—ya se dijo antes—no son como los de las matemáticas; si fuesen tales, podríamos encargar para que se ocupen con ellos a los filósofos más insignes, y nosotros pensar en otra cosa. Por el contrario, no podemos desinteresarnos porque no somos sino esos problemas, y nadie puede desinteresarse de sí mismo.

Ni por ser problemas tienen carácter problemático, como el de enigma por resolver: nada de eso. Nosotros sabemos perfectamente qué son y siempre sabemos resolverlos. Pero como la solución no satisface (porque el pensamiento exige siempre más) nunca nos parece haber respondido cabalmente al problema, cuando, en realidad, no se trata del problema de antes sino de un problema nuevo, planteado con la solución dada precedentemente. Maravillarse, como algunos lo hacen, de que la filosofía no haya conseguido resolver todavía el problema de la vida, de la existencia de Dios, etc., significa no haber comprendido aun qué quiere decir filosofar.

Esos problemas se resuelven siempre y jamás se resuelven, por la obvia razón de ser siempre esos, mas nunca los mismos; a cada cual le es muy fácil constatar la distancia que hay entre el Dios de Aristóteles, el de Santo Tomás, el de Kant, cosa que intentamos hacer en estas páginas. El problema de la inmortalidad del alma tiene en Platón una solución mística y trascendente, conforme a un momento de su filosofía; en Aristóteles tiene una solución científica, en el concepto científico de alma, cuyo *nous*, no más personal, es el intelecto divino y — por lo tanto — eterno; en la Escolástica tiene una solución cristiana, porque el alma era concebida como sustancia espiritual creada por Dios; para nosotros tiene su solución en el nuevo concepto "del hombre, como desarrollo eterno del espíritu.

La solución de un problema se efectúa, pues, en el planteo del problema mismo; y si uno quiere saber de mí si existe Dios o si el alma es inmortal (¡cuántas veces me lo preguntaron los discípulos!), — cuando noto que él concibe el problema en los

términos propios de la Escolástica, me encuentro por cierto en apuros porque sé que mi solución no le persuade; pero la culpa es suya y no mía. Dígase lo mismo de la cuestión del libre arbitrio, para quien no alcanzó a comprender el nuevo concepto de la libertad o autonomía de la conciencia, que constituye la gloria mayor de Kant. Se trata, pues, de llevar nuestra conciencia a un desarrollo de reflexión siempre más elevado, en que el problema (nuestra conciencia) aclara sus términos (autoconciencia) y se torna en un nuevo problema (una nueva conciencia): la solución estriba en los términos que se plantea el problema. De donde la imposibilidad de una vuelta atrás, como pretenderían los que agregan un *neo* al sistema de un filósofo: neo-escolasticismo, neo-kantismo, etc. Sólo es posible retornar a condición de que sea para avanzar más lejos.

Los problemas de la filosofía no existen fuera del único problema, del espíritu único que lo plantea y vivifica; cambiado éste, varían aquellos. No se preocupe el estudioso de los problemas antes que del problema, o, mejor, en los problemas vea el problema, la unidad que yace en el fundamento de aquellos. Porque, ya debe verse claro, el verdadero y único problema es el espíritu para sí mismo: no unidad abstracta, lo que sería negación de su historicidad (el desarrollo del espíritu es conciencia de la propia historicidad: un continuo convertirse en historia), sino unidad viva y concreta, que se coloca y desarrolla en los problemas particulares y determinados, como momentos de su proceso.

La exigencia de esta unidad ya aparece clara en los filósofos de la Jonia, que la concibieron a semejanza de la realidad empírica, en el concepto de fuego, de agua, de aire. Y entendían: no el del fuego con que caldeamos las viviendas, no el del agua que bebemos, no el del aire que respiramos, sino un *quid* que era fundamento de toda cosa, realidad absoluta, razón de ser de todo ente empírico (del mundo visto como un múltiple). Cuando Platón demostrará que ese *quid* no es buscado como imagen de lo múltiple, como una cosa sensible o empírica, y que su naturaleza debe ser ideal, lógica, llevará el pensamiento de

los pre-socráticos a una intimidad y profundidad mucho mayor; y su obra, a la que consagró casi medio siglo de meditación, documentada de trecho en trecho por algún diálogo, será dedicada toda al nuevo problema: la naturaleza ideal de la realidad. Aristóteles proseguirá la obra maravillosa y alcanzará un más vivo sentido de realidad concibiéndola como desarrollo, íntimo desarrollo, por cuya causa la trascendencia y la inmovilidad de la Idea no pueden ya satisfacerle, porque tiene clara conciencia de la dinamicidad del ser. Y resuelve su problema con el principio de la esencia que es actividad. Pero este principio genera en él una nueva preocupación, porque, siendo la esencia la Idea misma de Platón, bien que hecha activa e inmanente como forma y acto de toda cosa, no coincidía del todo con el concepto de lo real que para Aristóteles era lo que nosotros llamamos Naturaleza, la cual parece inexplicable sin un principio estático y material. De ahí el dualismo de un principio puramente material y de un principio puramente ideal, la materia y Dios, el mundo natural y el mundo intelectual. Ni Aristóteles ni la filosofía griega podían superar ese dualismo, una vez planteado el problema en los términos de la realidad entendida en forma naturalista.

El Cristianismo llevó a la luz de la conciencia, antes que nadie, el valor moral del problema filosófico. En el concepto de moralidad se desvanecía el de una realidad naturalista y asomaba la primer segura afirmación de la realidad espiritual. No es posible reseñar dignamente el gigantesco trabajo de reflexión que llevó a Descartes al primer planteo de la subjetividad de ese mundo natural, y a Kant a la conquista de la subjetividad como absoluto valor moral. El estudioso debe hacerlo por su cuenta. Con todo, algunas ideas, bien que fragmentarias, podrán serle de utilidad. El filósofo escolástico, en general, convirtió el dualismo griego en un dualismo muy superior: el de la objetividad del conocimiento y el de la subjetividad de la conciencia moral. ¿Quién aseguraba el valor de la ciencia humana, si el mundo de la naturaleza estaba fuera de nuestro mundo moral? Y, por otra parte ¿quién garantizaba la validez objetiva, absoluta, de la ley

moral? La solución conservó todas las cualidades y defectos del problema planteado así: existe un Dios que no es sólo intelecto, como el de Aristóteles, sino también voluntad; El crea el mundo natural y el mundo de los espíritus individuales; El es ley absoluta de la verdad y del bien. La solución conserva la dualidad del conocer y del querer, y la trascendencia (inevitable en todo dualismo), pero fundaba por primera vez el concepto de lo absoluto como puro espíritu que entiende y que quiere. Vencer la trascendencia y superar el concepto estático de Dios con el concepto de absoluta actividad espiritual, fué la tarea de la filosofía moderna.

El Humanismo sintió que si el hombre vale algo, ese valor ha de serle immanente. Y salió de la posición característica de la edad media, celebrando en el Renacimiento los valores inmortales del espíritu humano.

Cuando Descartes afirmará poder dudar de todo, excepto su propio pensamiento, principio de certeza de toda otra certeza, el problema de la filosofía será planteado claramente como problema de la conciencia. Pero ese pensamiento, como lo concibió Locke, era el pensamiento individual, del sujeto que está opuesto al objeto. En cambio, la verdad es, sí, la verdad del sujeto, pero debe tener un valor objetivo; no puede ser arbitraria, fiada al individuo pensante, *sic et simpliciter*: su validez, si existe, debe provenir de un criterio que, superando la individualidad del que piensa, tenga un valor de certeza absoluta, universal. Ni el objetivismo ingenuo que quiere pensar el objeto, como si este no fuese cual y en cuanto es pensado por el sujeto; ni el subjetivismo escéptico, que quiere pensar el sujeto, como si la verdad fuese una producción individual, — pueden saciar la conciencia, que, bien que sin salir de sí, tiene sin embargo necesidad de estar absolutamente segura.

¿Cómo resolver la dificultad?

Este es el problema de Kant, cuya obra debe conocer adecuadamente quien no desee correr grave riesgo de no comprender nada de la filosofía moderna.

Kant demostró que la verdad no puede ser ni del objeto ni del sujeto en cuanto opuestos, sino de la síntesis *a priori*: unidad

pura que no presupone la dualidad de los términos opuestos, ni es presupuesta por ellos (como no sea críticamente), pero vive en lo profundo de la realidad única e idéntica a ambos. Esta realidad única es lo absoluto, que, para el intelecto abstracto no es demostrable (lo uno demuestra lo múltiple, la síntesis puede demostrar los términos, y no viceversa), pero se muestra como ley moral, inmanente en el espíritu humano.

Por consiguiente: el problema de la conciencia, planteado por Descartes, se derruye como problema del pensamiento individual, pero resurge más alto como problema de la autoconciencia que es absoluto valor moral: yo estoy cierto del valor de mis acciones, por que son mi voluntad misma.

De Kant en adelante el problema filosófico es el de la síntesis *a priori*. Las etapas recorridas pueden fijarse en estos términos: síntesis *a priori* es la autoconciencia o Yo absoluto, síntesis de la conciencia, o yo empírico, y del no—yo o naturaleza empírica (*Fichte*); el no—yo o naturaleza es un reflejo del yo mismo, no es una realidad diversa de aquella del yo empírico (*Schelling*); por lo tanto, el pensamiento absoluto es la verdadera realidad que explica el mundo objetivo de la naturaleza y el mundo subjetivo del espíritu (*Hegel*).

Concebir ese pensamiento absoluto como absoluta actividad (porque no es pensamiento inactivo sino creador de sí mismo y, en consecuencia, voluntad de sí mismo), autoconciencia que es autocreación, — es pensar el problema filosófico moderno como absoluta espiritualidad, puesto que el espiritualismo moderno entiende justamente afirmar que la realidad verdadera no es estática sino dinámica, que no está fuera de nuestra conciencia sino que es la conciencia vista como autoconciencia, conocimiento de sí, reflexión, norma en sí misma y para sí misma de verdad y de moralidad.

Desarrollar este concepto es desarrollar en nosotros la historia de la filosofía.

ARMANDO CARLINI.

(Trad. de Bogliolo y Halperin).

(Concluirá).

# LA LIBERTAD CREADORA

---

## PRIMERA PARTE

### INTUICIONES

#### I

No escribo para quienes aun padecen de realismo ingénuo. Comprendo cuan difícil es emanciparse de este error congénito, arraigado como lo fué el error geocéntrico o la concepción antropomorfa de la divinidad y lo son aun innumerables prejuicios de los cuales ni siquiera nos damos cuenta, por ser elementos sobrentendidos de nuestro raciocinio. Ni la duda metódica de Descartes, ni el deshucio de los ídolos de Bacon, ni por fin el criticismo de Kant, lograron disipar en el ánimo de sus autores todos los preconceptos. En los grandes sistemas filosóficos se halla siempre el rastro de las convicciones ingenuas de la época y si una depuración lógica las elimina, luego no mas vuelven como impulsos instintivos, como expresión de sentimientos latentes, como apreciaciones dogmáticas.

Imagínese el asombro de un contemporáneo de Kopérnico ante el anuncio que el planeta como un trompo gira sobre su propio eje y en extensa órbita en torno del sol. Hoy esta enseñanza la recoje el niño en las bancas de su primer escuela y la conciencia de la humanidad la acepta sin vacilar. Pero que esfuerzo secular, penoso y lento ha sido necesario para transformar la paradoja en una verdad trivial. La obra de Kopérnico se publicó el año 1543, el tormento se le aplicó a Galileo en 1633, el padre Feijóo en 1750 con las cautelas necesarias se atreve a divulgar en España la novedosa teoría y no antes de 1835 se

borra el libro del Index. Así mismo, todavía en un espíritu tan alto como el de Hegel, descubrimos resabios de la concepción geocéntrica.

Con cuanta mayor tenacidad no había de imponerse el realismo ingenuo cuyo valor pragmático se comprueba en cada instante de la vida. Ya los Eleatas lo condenaron, todo criterio medianamente ilustrado lo rechaza y sin embargo no se concluye por extirparlo. Desvanecerlo es sin embargo la condición previa de toda filosofía.

Y esto aparentemente no es difícil; pocas reflexiones bastan para comprender que este universo visible y tangible, que se extiende en el espacio y desarrolla en el tiempo, no lo conocemos sino como un fenómeno mental. Cuantos empero después de concedernos este hecho, ahí no más prescinden de él, lo apartan como algo molesto y discurren sin tomarlo en cuenta. Este reproche no se dirige al vulgo sin noticias de la primera de las nociones filosóficas; espíritus cultos hay que si bien la saben no consiguen realizar el empeño íntimo que es menester para substraerse a la sugestión de las cosas. Mas aun, hay mentalidades refractarias, incapaces de despojarse de su ingenuidad. Con espíritus así dispuestos no debe hablarse de filosofía como al sordo no se le habla de música. Aunque por otra parte sean buenas gentes, dignas de aprecio y respeto, carecen de sentido filosófico.

Debemos pues tener presente que el mundo externo no es una realidad conocida sino un problema, que por de pronto cuanto existe, solamente existe en una conciencia.

## II

No basta emanciparse del realismo ingenuo hasta el punto de comprender el conjunto de las cosas corpóreas como un fenómeno mental. Esta es la parte más burda de la iniciación. Al realismo ingenuo hay que perseguirle en todas sus guaridas, allí sobre todo donde se oculta en formas larvadas. También el es-

pacio y el tiempo, las dos magnitudes en que se encuadra el proceso cósmico, no las conocemos sino como elementos de la conciencia y su existencia real fuera de ésta no es un hecho comprobado.

Entretanto el hábito de contemplar la realidad en relaciones espaciales o temporales nos perturba aun más que la supuesta exterioridad de las cosas. A estas siquiera podemos suprimirlas in mente, mientras que al espacio y al tiempo no podemos desalojarlos de nuestra representación. Semejante disposición psicológica encuentra su natural apoyo en el lenguaje construído sobre el molde del realismo ingenuo hasta poner expresiones espaciales o temporales aun allí donde sólo tiene un valor figurado. Fuerza es superar estas sugerencias para darnos cuenta que a la par del mundo corpóreo también la existencia del tiempo y del espacio no la conocemos sino como un hecho de conciencia.

### III

No satisfechos de poblar el mundo exterior con las imágenes sensibles aún les agregamos las creaciones de nuestro propio raciocinio. Por un conocido proceso psicológico abstraemos conceptos generales que al principio casi concretos se amplían y superponen y acaban por revestir excepcional sutileza. A estos hijos lógicos de la conciencia los expulsamos luego para ubicarlos en el espacio o si acaso más allá. Empezamos por bautizarlos, por darles un nombre y acto continuo se convierten en espectros sueltos como si hubieran olvidado su génesis. El concepto de lo extenso es la materia, el de la transmisión el éter, el de la acción la energía, la causa, etc. Y esta prole de entes de razón se posa como un enjambre sobre las cosas o se incorpora a ellas y nos sirve para realizar nuestra visión cósmica. Les damos la misión de ordenar, distribuir y concretar las cosas y de establecer un nexo entre los hechos sucesivos. En realidad, su hogar es la conciencia y no han pensado en abandonarlo, pues ahí ejercen su oficio.

#### IV

Veamos si cabe siquiera la posibilidad de concebir algo fuera de la conciencia. Y he ahí que al decir concebir, ya la hemos puesto en movimiento, ya preveemos que el resultado de nuestra tentativa volverá a estar exclusivamente en la conciencia.

Llevemos el pensamiento a la iniciación más remota de los tiempos, lancémosle a espacios insondables más allá de la vía láctea, divaguemos por los espacios multidimensionales—nunca lograremos salir de las fronteras de la conciencia, la imaginación más audaz no puede salvarlas.

Pero queremos al fin que haya algo ajeno al proceso consciente, que sea su negación y lo llamaremos lo inconsciente. Y bien, hemos vuelto a realizar una concepción. Lo inconsciente mismo no existe sino en la conciencia, porque lo pensamos.

#### V

¿Pero si el orden sensible y el inteligible sólo existen en la conciencia, este universo con su aparente solidez no es más que una ficción? No hay tal. Consideremos al cosmos como un proceso material o ideal, en uno y otro caso será real, solamente la interpretación habrá variado.

Por haber dado en el sistema planetario otra posición al sol no le hemos quitado sus funciones. Alumbró hoy como antes de Copérnico a realistas e idealistas y no hemos modificado ni siquiera las locuciones vulgares con que nos referimos a su salida o a su ocaso. Podemos decir que el movimiento diurno es un engaño — pero por cierto no del sol, sino de nuestra manera de verle.

Así la realidad tampoco se conmueve por que la veamos como un desarrollo material, energético o psíquico. Preferimos lo último por ser la única manera cómo la conocemos. Las otras son hipotéticas.

## VI

Que cuanto es, sólo existe en una conciencia no implica de por sí que la realidad misma sea únicamente un fenómeno mental. Quiere decir tan solo que en esta forma se nos presenta y en ninguna otra. Sin embargo bien pudiera nuestro conocimiento ser el reflejo de una realidad distinta. Podemos en abstracto distinguir el *modus cognoscendi* del *modus essendi* y la identidad de ambos sólo podría afirmarse si se identificase el ser con el pensar.

A esta posición, que es la del idealismo absoluto, se opone el realismo extremo que considera a la conciencia como un epifenómeno supérfluo de actividades extrañas. En el primer caso la conciencia sería el centro de irradiación del proceso cósmico, sería una potencia creadora de su propia concepción mundial, en el otro sería una eflorescencia accidental, cuya presencia o ausencia no modifica ni altera el curso de los hechos. En el primer caso la conciencia sería no solo activa, sino la única actividad existente, en el otro sería no solamente receptiva sino completamente pasiva.

Entre estos dos extremos naturalmente caben todos los matices intermediarios, los compromisos dualistas, las conciliaciones eclécticas, el idealismo mitigado, el realismo transfigurado y el análisis crítico: ensayos múltiples e ingeniosos que intentan deslindar el dominio de la conciencia de el de las cosas.

## VII

A nuestra vez intentemos tomar una posición. Si exploramos el contenido de la conciencia descubriremos el concepto de una entidad que a diferencia de todas las otras no tratamos de expulsar del recinto de la conciencia. Al contrario, tratamos de recluirla en lo más íntimo y propio, la desvinculamos hasta del organismo físico, la oponemos al mismo proceso mental y en el afán de abstraerla de todo y por todo la alojaríamos si acaso, en el hueco de un punto matemático. Es el concepto del yo.

Es la unidad persistente y estable que postulamos y a la cual referimos los momentos sucesivos del cambiante proceso psíquico. Fuera de toda duda, no existe sino en la conciencia. Y junto con el yo una serie de hechos que le atribuimos: los estados afectivos, las voliciones y los juicios.

Pero en manera alguna le atribuimos todo el contenido de la conciencia, pues esta comprende también la representación de un mundo que el yo conceptúa extraño y separa como lo externo de lo interno. Sin embargo, si este mundo está fuera del yo no está fuera de la conciencia. Las sensaciones que son sus elementos constitutivos son hechos psíquicos y otra noticia no tenemos de su existencia.

Según el realismo, de acuerdo con la opinión común, para la porción de conciencia opuesta al yo existe un duplicado de otro orden o mejor dicho un original cuya reproducción es lo único cognoscible. Pero la demostración de ese mundo problemático es ardua. De la conciencia no podemos salir y todo esfuerzo en ese sentido es vano. No queda otro recurso que acudir a la argumentación y ésta se reduce a considerar el contenido de la conciencia como un efecto que ha de tener su causa fuera de ella, sin fijarse que semejante causa es desconocida, inaccesible, un noumeno puro. Y no preguntamos por ahora con qué derecho se emplea este concepto de causa que no es más que un elemento de nuestro raciocinio. La existencia de este mundo hipotético, situado fuera del horizonte que abarca nuestro conocimiento no tiene, en el sentido literal de la palabra, razón de ser y la afirmación de su realidad es tan solo un acto de fé, residuo irracional del realismo ingenuo.

Contribuye empero a mantener esta ficción de un mundo externo el error de los adversarios del realismo al querer convertir la realidad espacial en una manifestación del yo, que como hemos visto no es la conciencia sino una parte de ella. Este error egocéntrico caracteriza al idealismo subjetivo. Si el realismo acaba por calificar al yo como un engendro del mundo físico, el idealismo subjetivo invierte este orden y supone al mundo una creación del yo. En esto el idealista subjetivo se equivo-

ca más o menos como el gallo de Rostand al creer que el sol no saldría si él no cantaba.

No podemos decir más de lo que sabemos: La conciencia se desdobra en un orden subjetivo y en otro objetivo. Pero esto lo sabemos de una manera inmediata y definitiva.

## VIII

El sujeto no se mantiene frente al mundo que se le ofrece, en actitud contemplativa. No es en manera alguna un espectador desinteresado. La conciencia es el teatro de los conflictos y armonías entre el sujeto que siente, juzga y quiere y el objeto que se amolda o resiste.

Las relaciones mutuas se entablan por medio de formas mentales que constituyen una zona intermedia entre la realidad interna y la externa.

Las sensaciones darían lugar a un caos si no se las coordinara y concretara en un objeto determinado. Es necesario unir a unas y separar a otras, señalarles ante todo su puesto respectivo en el espacio y en el tiempo, para constituir unidades que luego hay que relacionar unas con las otras. Lo mismo ha de hacerse también con las múltiples manifestaciones de la actividad subjetiva. Al efecto, el sin número de los hechos aislados ha de clasificar y vincularse.

Esta tarea se realiza por medio de los conceptos abstraídos del orden subjetivo como del objetivo y, aunque secundarios y derivados de los hechos fundamentales, son tan necesarios como éstos para construir nuestra concepción cósmica.

El destino de los conceptos suele variar. Mientras unos conservan siempre el sello de su origen y no se alejan de sus fuentes, otros se independizan y adquieren fueros propios, sobre todo si se designan con un sustantivo que casi los cristaliza. Los más solo comprenden un dominio particular, más o menos limitado, pero otros son tan amplios que comprenden todo el orden subjetivo u objetivo y en ocasiones ambos con un valor uni-

versal. Los hay que siempre llevan consigo cierto contenido concreto en tanto que otros completamente abstractos carecen de toda representación posible.

Por fin los conceptos nacen y mueren cuando han llenado su cometido. Su vida, a veces efímera, responde a una necesidad eventual y apenas dejan la huella de un vocablo en el léxico. Muchos perduran, instrumentos modestos de la labor diaria, pero algunos sobresalen dominantes, se emancipan, a fuer de esclavos rebeldes en lugar de obedecer pretenden gobernar la conciencia y resisten tenaces a su desplazamiento. La historia de la filosofía es la historia de estos conceptos sublevados y la conciencia humana se ha doblegado por siglos ante los ídolos incubados en su seno, como el salvaje ante el fetiche fabricado por sus manos.

Hay sin embargo conceptos cuya tiranía es difícil eludir. Forman un grupo aparte, una especie de aristocracia y parecen tan imprescindibles que se les ha dado un origen distinto al vulgo de los conceptos empíricos llamándoles ideas innatas, formas a priori, categorías o reconociéndoles por lo menos un abuelo heredado. Por cierto que desempeñan una misión importante. Suprimamos conceptos como el espacio, la causa, la energía y todo el cosmos se derrumba y desvanece. Suprimamos el concepto de tiempo y el mismo proceso de la conciencia se detiene y extingue. Es que son conceptos universales, aplicables no solamente a un grupo más o menos amplio o restringido de hechos sino a todos sin excepción. Sirven sobretodo para coordinar los hechos y establecer un nexo entre ellos; están como inmanentes en cada caso singular; la validez de los conceptos particulares o generales depende de ellos. Por eso se les ha calificado de necesarios. La necesidad práctica de su empleo como formas del conocimiento se impone pero no llega hasta el punto de hacerlos irremplazables. Respetémosles sin exagerar nuestra devoción. Ya algunos de esta oligarquía han experimentado una *diminuti capitis*. Así el concepto de la substancia estable, con toda su secuela de cuerpos y almas, se halla en plena decadencia. Nada menos que al viejo concepto de causa — casi intan-

gible — se pretende reemplazarlo por el de función. El espacio y el tiempo en un lenguaje más abstracto, como lo es el matemático, quizás también sufran algún desmedro. Y aun las numerosas categorías pueden reducirse a una sola, la relación que expresa la relatividad y dependencia recíproca de todos los elementos que constituyen un estado de conciencia.

Por ser estos conceptos elementos constantes en el proceso lógico y su desarrollo dialéctico un reflejo abstracto de los hechos, se ha creído poderlos sustituir a los elementos de que derivan. Sin embargo, como todos los demás conceptos son vacíos sin el contenido intuitivo a que se aplican. Operar con los conceptos en lugar de las intuiciones, es invertir las jerarquías y supeditar lo primario a lo secundario. Es el río, la fuerza activa, la que cava el cauce, no el cauce el que engendra al río aunque lo contenga. El pensar supone al intuir, como lo dice Croce: *Pressupposto dell'attività lógica, sono le rappresentazioni o intuizioni.*

Sin duda no podemos pensar sino en conceptos, pero no tomemos los andamios lógicos por lo esencial. No imitemos el ejemplo de las ciencias naturales, que encuadran los hechos en esquemas y luego confunden estos con la realidad. Las ideas generales como los esquemas, son imprescindibles, pero mantenámonos en guardia, porque el conceptualismo es el primer paso hacia el verbalismo.

Extraña hasta cierto punto es la relación que media entre los conceptos opuestos, que la lógica formal según el principio de identidad considera contradictorios, sin fijarse que aquel principio sólo rige para las cosas. Este martillo no es aquella tenaza ciertamente, pero ambas herramientas las empleo según el caso sin que se contradigan; ambas me son útiles y el uso de una no envuelve la prohibición de emplear la otra. La elección depende de las circunstancias y de mis propósitos — su eficacia del resultado práctico. Así también el empleo de los conceptos que son meros instrumentos del trabajo lógico.

La afirmación y la negación no por ser conceptos opuestos se contradicen o se excluyen, ni están ligadas entre sí por algún

vínculo místico que las fusione en una *coincidentia oppositorum*. Afirmo esto y niego aquéllo, afirmo hoy lo que he negado ayer según el caso concreto que aprecio y buena ocasión de emplear ambas abstracciones la presenta el rápido y fugitivo proceso en el cual la vida lleva en su seno la muerte, el perecer es condición del nacer y tendencias contrarias ahora divergen y luego concuerdan. En el conflicto vivo de la conciencia no se realiza un juego de pálidas abstracciones, sino el choque de fuerzas antagónicas que experimentamos y no soñamos. La síntesis de los contrarios se efectúa en el acto concreto, singular y determinado.

A algunos conceptos agregamos el de infinito: solamente su aplicabilidad es infinita. Si hemos de apurar el simil de la herramienta, sin olvidar que como todos sus congéneros claudica, diríamos: En efecto este martillo no es infinito pero infinita la serie de golpes que puede dar. Es un empeño estéril pretender llegar con un concepto como el de causa al origen de las cosas, pues por lejos que llevemos la regresión mental o la investigación empírica, siempre volverá a ser aplicable. Una primera causa es un absurdo, por que la causa no es una cosa.

## IX

Lógicamente la capacidad cognoscitiva precede al conocimiento pero de hecho este tampoco se concibe sin lo cognoscible. El conocimiento consiste precisamente en el acto de conocer y no puede precederse a sí mismo. El sujeto o el objeto aislado son abstracciones, no existe el uno sin el otro. Al polarizarse la actividad consciente, pone al uno frente al otro, pero no deja de conservarlos unidos por relaciones mutuas que por fuerza participan del carácter subjetivo y del objetivo. No hay aquí ni un *apriori* ni un *aposteriori*, hay una confluencia y una concordancia, una acción común que no podría puntualizar la abstracción mas sutil. Por eso el raciocinio con argumentos igualmente valederos puede deducir los conceptos necesarios del orden subjetivo como del objetivo. Perturba aquí como siempre

el error egocéntrico que considera al conocimiento como función del yo en vez de advertir que conocimiento equivale al contenido de la conciencia en su totalidad. De ahí las disquisiciones inútiles del realismo y del idealismo subjetivo. Tan evidente como que el ser es idéntico al pensar, lo es también que el pensar no es exclusivamente subjetivo.

El deslinde exacto entre ambos órdenes, el subjetivo y el objetivo, es un interesante tema psicológico, su solución satisfactoria muy problemática. Sabemos bien lo que cae *grosso modo* de un lado o de otro; las sensaciones por una parte, los afectos, las voliciones y los juicios por otra. Pero distinguir en el conocimiento la materia y la forma y atribuir esta al sujeto es aventurado. La forma es parte tan necesaria del objeto como su materia. En el idioma de Kant y contradiciéndole diríamos: La materia nos es dada — y la forma también.

El sujeto distingue lo suyo de lo extraño y no se atribuye la función de dar forma al conocimiento, como se atribuye por ejemplo la atención. No se trata de una impresión ingenua, que podría corregirse, porque jamás adquirimos la conciencia inmediata de semejante capacidad. Parece que la materia del conocimiento no es más que una sombra de la materia material del dualismo realista; sensaciones puras no existen. El viejo distinguo escolástico entre los elementos materiales y formales del conocer se reduce a abstraer los elementos primitivos de los secundarios pero unos y otros unidos constituyen el orden objetivo opuesto al yo. El proceso psíquico se desenvuelve en esas formas no por intervención del sujeto sino forzosamente, si acaso a pesar de él. Caracteriza al orden objetivo y lo distingue del subjetivo la espacialidad.

## X

Operamos hasta aquí con un concepto equívoco y conviene ya abandonarlo. El término realidad proviene del latín *res* = cosa y envuelve la idea de estabilidad. Pero es que no hay nada estable. En la conciencia solo observamos un proceso, una

acción, un devenir, un fluir y confluir continuo. A no tener presente este hecho corremos el riesgo de postular otra vez cosas y entidades donde solamente hay actos. El sujeto y el objeto no son sino operaciones sintéticas en las cuales se unifica el complejo de estados de ánimo o el haz de sensaciones. En cuanto al substratum que les suponemos—materia o espíritu—no es más que un concepto y no una cosa.

En lugar de una realidad tenemos pues una actualidad y esta es la palabra correcta que nos enseñó Aristóteles. Los hechos se actualizan no se realizan. La misma conciencia no es una entidad sino acción y ni siquiera acción abstracta sino concreta. Una conciencia pura sería una conciencia sin contenido, es decir una acción sin actividad, ejemplo acabado de un absurdo. Debemos curarnos no solamente del realismo ingenuo sino de todo realismo.

Realidad en filosofía es un concepto fósil, es decir una superstición. Reservemos la palabra con un valor convenido, sobre todo para distinguir el hecho cierto del hecho imaginado o deseado. Un tratado de filosofía para ser lógico, debiera escribirse con verbos sin emplear un solo sustantivo.

La rigidez de los nombres, demasiado sólida y maciza, no se presta para transmitir la noción de un proceso dinámico que es movimiento, vibración, desarrollo de energías y de ritmos. En torno de los dos polos, inestables y movibles también ellos, giran y bullen corrientes encontradas o paralelas, se concilian o se resisten y en cada instante crean un hecho nuevo que nunca fué antes y que no volverá a repetirse. La necesidad de sistematizar el cúmulo de los hechos obliga a aislarlos, a abstraerlos, a encasillarlos y con ellos se despoja el proceso psíquico precisamente de su vida sintética en la cual cada elemento es función de los demás. La intuición del lector debe mantener de continuo la unidad y correlación que el relato destruye.

## XI

Si entre la actividad objetiva y la subjetiva no hubiera más diferencia que la espacialidad, podría, aunque con grandes dificultades, subordinarse la una a la otra, como se ha intentado con tanta perseverancia en los sistemas monistas. En realidad hay entre estas dos corrientes opuestas de la actividad consciente una diferencia mucho más fundamental.

El mundo objetivo obedece a normas necesarias, a leyes. El mundo subjetivo carece de leyes, es libre. En el primero se desarrolla mecánicamente una serie de hechos forzosos, que pueden preverse. En el segundo actúa una voluntad que quiere lo que se le antoja y cuyas resoluciones, no pueden preverse. Aquel obedece a causas perdidas en el pasado, este a finalidades proyectadas en el futuro. Frente al mecanismo físico se yergue el yo autónomo. Discúlpese la redundancia; autos no significa sino el yo; la autonomía del yo es la autonomía por excelencia.

La oposición de la libertad a la necesidad es pues el hecho primordial de la conciencia. El conflicto entre una y otra es la clave de la existencia y da a la vida su carácter militante.

En tanto el orden físico se actualiza, encadena inexorablemente un efecto a su causa, sin propósito, sin finalidad, amoral e impasible. El sujeto en tanto se siente estremecido por dolores o dichas, afirma o niega, forma propósitos, forja ideales, estatuye valores y subordina su conducta a los fines que persigue. Pero su libertad es de querer, no de hacer. La libre expansión de su personalidad la cohibe la coerción de la necesidad y ésta no consiente arbitrariedad alguna. El sujeto es autónomo pero no soberano; su poder no equivale a su querer y por eso tiende sin cesar a acrecentarlo. La aspiración a actualizar toda su libertad no abandona al eterno rebelde. La naturaleza ha de ceder en su oposición, ha de someterse al amo y el instrumento de esta liberación es la ciencia y la técnica.

Porque la libertad no ha de pavonearse en el vacío. La paloma de Kant se imaginaba que sin la resistencia del aire vola-

ría aún con mayor soltura. Se desplomaría, como así nuestra libertad si no se apoyara en la resistencia que se le opone. Esta es la condición del esfuerzo subjetivo y la libertad no pretende aniquilarla sino substraerse a la coerción para alcanzar sus propios fines. El dominio sobre el orden objetivo emancipa de la servidumbre material y afirma la libertad económica. Inició su conquista el primero que quebró la recalcitrante nuez de coco con una piedra e inventó el martillo.

Pero el sujeto se siente cohibido no solamente por el mundo objetivo sino por sus propias condiciones, por la flaqueza de sus fuerzas. Su acción la perturban impulsos, afectos y yerros. De ellos también quiere emanciparse. Al dominio sobre la naturaleza debe desde luego agregar el dominio sobre sí mismo. Solamente la autarquía que encuadra la voluntad en una disciplina fijada por ella misma, nos da la libertad ética.

Así se establece al lado de la finalidad económica una finalidad moral, a la cual, sin mengua de la auto-determinación, se ha de someter la conducta, que se simboliza en un concepto de contenido y nombre variable y por ahora llamaremos concepto ético. Viene a ser la expresión más acabada de la personalidad, el último objetivo de la acción libre, empeñada en someter el orden natural a un orden moral. Aunque dentro de una metafísica inaceptable, nadie ha descrito mejor la conquista de la libertad ética que Espinosa en el cuarto y quinto libro de su obra fundamental que tratan de la servidumbre y de la libertad.

Que diferencia separa empero la ley moral de la ley física. Ésta la soportamos, aquella la dictamos, ésta es expresión de un orden necesario, aquella un postulado de nuestra libre voluntad. No podemos imaginar que la ley de la gravedad falle una sola vez; al elevarnos en el espacio y contrariarla al parecer, la cumplimos. No así la ley moral que infringimos, porque conservamos la capacidad monstruosa de desobedecerla.

En efecto, libertad y ética son complementos correlativos. La concepción mecanicista al extender la determinación física al sujeto, le arrebató los fueros de la personalidad. Substituye

la autonomía por el automatismo y no hay alarde dialéctico que sobre esta base pueda construir una ética.

La libertad económica y la libertad ética constituyen unidas la libertad humana que lejos de ser trascendente se actualiza en la medida de nuestro saber y de nuestro poder. Se compenentran y se presuponen, no puede existir la una sin la otra porque ambas son bases del desarrollo de la personalidad. No es la lucha por la existencia el principio eminente sino la lucha por la libertad; a cada paso se sacrifica aquélla por ésta. Del fondo de la conciencia emerge el yo como un torso, libre la frente, libres los brazos, resuelto a libertar el resto. ✕

## XII

La libertad es pues el rasgo intrínseco del sujeto; afirmarla es la expresión más genuina de su ser, personalidad y libertad son dos nombres para el mismo hecho.

En la lucha trabada por la conquista de la libertad el sujeto distingue las circunstancias que favorecen o se oponen a esta su aspiración esencial y las juzga y aprecia desde este punto de vista. A los hechos objetivos los califica de útiles o perjudiciales, a los actos propios de buenos o de malos. Lo primero es un juicio pragmático, lo segundo un juicio ético.

Naturalmente el sujeto, porque esto fluye de su íntima condición, quiere lo útil y lo bueno y de los casos singulares se eleva a la generalización y forja los dos conceptos adecuados. Util es aquello que favorece su libertad económica. Bueno lo que afirma su libertad ética. Estos dos conceptos poseen pues un contenido efectivo y no son meras abstracciones, pero solamente con relación a los intereses y a la voluntad del sujeto. Los hechos objetivos en sí no son útiles ni perjudiciales, son simplemente necesarios. Los actos tampoco son buenos o malos en sí, sino la finalidad a que sirven.

Si no cabe duda sobre el significado concreto de lo útil y de lo bueno, sin embargo es menester estimar cada caso o cada

serie de casos. Y aquí, con acierto, o sin él, el sujeto fija valores —a riesgo de equivocarse o de trasmutarlos cuando hayan cumplido su misión o demostrado su ineficacia.

Con frecuencia lo que ayer se consideraba útil, hoy quizás se juzgue perjudicial y en el orden moral valores que han regido durante siglos acaban por ser reemplazados. Los conceptos dirigentes de lo útil y de lo bueno radican en la naturaleza misma de la conciencia y de su conflicto fundamental; no pueden cambiar por más que cambie la apreciación del caso particular. Son el imperativo categórico que formula la acción espontánea y de ahí nace el sentimiento de la obligación, del deber y de la responsabilidad. La sanción moral es la privación de la libertad, la servidumbre impuesta por la ignorancia y los vicios. Inmoral es toda esclavitud.

Tan fundamental es la libertad económica como la ética, pero no deben por eso confundirse los conceptos correspondientes. Tomar lo útil por lo bueno es el pecado de toda moral utilitaria y el error propio de los sistemas que tiendan a negar la personalidad humana. Insistir solamente en el concepto ético es desconocer que la plena expansión de la personalidad sólo cabe frente a un mundo sometido. Por otra parte, imaginar que los valores creados en la lucha por la libertad son perdurables y objetivos, es ignorar su carácter transitorio; son medios para realizar un fin y así se emiten como se desvalorizan.

.....

#### XIV

Al comprobar en la actividad consciente dos tendencias contrarias, fundamentalmente distintas, no quisiéramos llevar este dualismo hasta el extremo de olvidar la unidad de la conciencia. A pesar de sus divergencias, el sujeto y el objeto, integrantes de un mismo proceso psíquico son inseparables y no se modifica uno sin afectar al otro. El choque de corrientes opuestas ya lo señaló Heráclito como una condición del eterno devenir. La dualización es una condición necesaria para comprender la

actividad cósmica. En el átomo más ínfimo sin perjuicio de su unidad suponemos fuerzas de atracción y de repulsión; la célula orgánica es un campo de batalla entre la asimilación y la disgregación; la reproducción de la especie exige la dualidad sexual; la gravitación planetaria no se explica sin tendencias centrípetas y centrífugas; el proceso dialéctico se desenvuelve por la coincidencia de la tesis y de la antítesis. Donde quiera que se busque una unidad se halla el conflicto de dos principios opuestos. No es de extrañar pues si la conciencia, madre común de lo existente, nos ofrece el mismo espectáculo. Y aunque fuere extraño—es un hecho.

Las dificultades para conciliar la unidad con la multiplicidad nos las han sugerido los monistas y los pluralistas en su afán por imponernos su interpretación unilateral. Los conceptos de cantidad — unidad, pluralidad, totalidad, número, medida, magnitud — se utilizan según el caso sin excluirse ni contradecirse. Examinemos el concepto de unidad y sirva ello de ejemplo del empleo de los conceptos en general.

No existe ninguna unidad real. La hemos buscado, la hemos afirmado, pero de hecho jamás la hemos encontrado.

La unidad física, el átomo, está descalificada a pesar de no haber sido nunca un hecho empírico, sino una hipótesis. Pero ni a ese título puede ya subsistir. La unidad orgánica, la célula, ha resultado ser un organismo de complejidad infinita; la unidad psíquica, la sensación, no es simple, menos aún lo son los estados de ánimo.

No hay sino unidades concebidas. Puedo llamar a mi antojo unidad al cuerpo humano, a un libro, a un batallón, a un pueblo y luego no más los descompongo en la multiplicidad de sus partes integrantes y los califico como una pluralidad. Nada me impide tampoco concebir la multiplicidad total de las formas existentes como una unidad y llamarla universo.

La unidad de la conciencia es ideal y si la afirmamos es solo para negar la existencia de dos substancias distintas o la posibilidad de un fraccionamiento efectivo. Así nos ahorramos todos los devaneos del ocasionalismo, de la armonía preestablecida y de las doctrinas dualistas en general.

Por unidad de la conciencia hemos de entender que tanto en sus manifestaciones objetivas como en las subjetivas es acción consciente—y nada más.

Estamos en nuestro perfecto derecho si de acuerdo con la evidencia consideramos a la conciencia ya como una, ya como compleja y la interpretamos como la unidad que se despliega o como la síntesis que surge.

Merece recordarse el percance ocurrido al más genial de los monistas, a Espinosa, a quien su *Deus sive natura* se le desdobra repentinamente en *natura naturans* y *natura naturata*. El insidioso dualismo lo asalta cuando menos sospecha, pues todo su sistema no tiene otro propósito que superar el dualismo de la materia y del espíritu. Es de lamentar que la crueldad de los hechos perturbe la paz de la especulación racionalista.

Nosotros no necesitamos engolfarnos en semejante empeño, pues tanto la materia como el espíritu son conceptos desarrollados por la acción consciente, útiles algunas veces y molestos cuando se desconoce su origen.

La conciencia así es una como múltiple, pero es única, pues no existe nada fuera de ella.

## XV

Los axiomas expuestos no pueden ni demostrarse ni refutarse. Son la expresión de la evidencia inmediata, no son las conclusiones de una argumentación dialéctica. Son una enumeración de hechos que cada uno puede verificar, en todo momento se hallan presentes en la intuición y constituyen la experiencia más directa que cabe imaginar.

No se les puede ni definir. Toda definición es una relación; la explicación de un término por otro conocido. Los hechos primitivos no podemos referirlos a otros; solamente podemos intuirlos. Los sabemos o los ignoramos, pero no hay medio de transmitirlos ni las palabras pueden suplirlos.

No faltará quien nos exija la definición de los términos empleados, por ejemplo el de la libertad. Quien quiera que for-

mule este reparo será sin embargo incapaz de definir siquiera lo amargo o lo dulce. Puedo definir la libertad: Es la ausencia de coerción como ésta es la ausencia de libertad. Nada adelantamos con semejante tautología. Quien no sepa por testimonio inmediato de su conciencia lo que es libertad renuncie a entenderme, como yo renuncio—con sentimiento—a su valioso concurso. Y lo que queda dicho de la libertad se aplica a todos los otros términos que expresan un conocimiento inmediato.

Por la misma razón no hay lugar a una refutación. Los hechos no se discuten; se afirman o niegan. Aquí no se trata de oponer un raciocinio a otro.

1. Nada hay fuera de la conciencia. Señálese un hecho que no sea pensado.

2. La conciencia se desdobra en sujeto y objeto. Suprímase uno de los dos términos.

3. La conciencia engendra conceptos abstraídos del sujeto o del objeto. Inténtese pensar sin conceptos.

4. La conciencia es acción. Descúbrase en ella un elemento estable.

5. El orden objetivo se impone con necesidad. Créase o aniquílese un hecho objetivo.

6. El sujeto es libre. Trácese un límite a su voluntad.

7. La acción subjetiva se halla limitada por la acción objetiva. Afírmese que el sujeto hace lo que le place.

8. La conciencia es una. Fraccíonesela.

9. La conciencia es compleja. Demuéstrese su simplicidad.

10. La ley física es ineludible. Realícese un milagro.

11. La ley moral es precaria. Vivase sin infringirla.

12. La intuición es la única fuente de nuestro conocimiento. Descúbrase un hecho por inducción o deducción pura.

## XVI

Más allá de los hechos conocidos por intuición y de los cuales tenemos conciencia inmediata no podemos penetrar. No es posible fundar un conocimiento cierto en otras bases. La fun-

ción lógica del raciocinio se limita a establecer relaciones entre los hechos sin poder jamás por sí afirmar la existencia de uno solo.

Era una regla de la Escolástica, muy citada aunque poco observada, de no crear entes de razón sin necesidad. Reclama mayor rigor este precepto y conviene decir llanamente que no puede crearse jamás un ente de razón porque todos sin excepción son meros conceptos. En buena hora, extiéndanse las operaciones mentales del raciocinio hasta agotar su fuerza lógica, siempre que la confirmación pragmática las sancione. Si no resisten esta piedra de toque son un juego de palabras por más correctos que sean los silogismos acumulados. No es posible la investigación científica sin el empleo de conceptos apropiados en calidad de hipótesis de trabajo, pero solamente la intuición puede despojarlos de su carácter precario.

He ahí el éter; el vehículo intramundial e intramolecular, materia imponderable, inmóvil y elástica tenue como un gas, sólida como el acero, que no opone la más leve resistencia al paso de los cuerpos. Concedamos que este absurdo inconcebible sea por ahora una hipótesis científica, de ahí a la comprobación de su existencia va un largo trecho. La comprobación empírica falta y no puede suplirse.

Si esto ocurre en el terreno relativamente firme de la ciencia—qué diremos de una especulación filosófica en la cual a fuerza de combinar abstracciones de vacuidad creciente se pretende descubrir la verdad verdadera. No basta mirar la realidad de soslayo, es menester encararla de frente. Otra cosa es sacar la razón de su quicio, de su labor honesta, para obligarla a dar saltos mortales y por fin descalabrarse. De acuerdo con la doctrina socrática según la cual la verdad está en los conceptos, Platón construyó el arquetipo de los sistemas racionalistas y todos los sucesores han explotado la herencia. Pero hasta la fecha con relación a la conciencia nadie ha probado la, digamos, extraterritorialidad de un concepto.

No menos vana es la pretensión del empirismo científico de emplear como elemento único del conocimiento la sensación y

referirla a un agente externo. Es ingenuo invocar de continuo la experiencia e ignorar que no es un hecho externo sino un proceso mental. Prescindamos del materialismo burdo que como doctrina filosófica no cuenta. Atengámonos a los representantes más altos de la escuela.

Llevan sin duda la ventaja de apoyarse en hechos efectivos que la ciencia sistematiza con auxilio de los conceptos. Pero cuando ahondan la investigación llegan a consecuencias imprevistas. La materia se disuelve, sus atributos resultan subjetivos, el espacio es extensión, el tiempo sucesión y por último no quedan, sino distintas energías que la tendencia monista intenta reducir a una sola energía cósmica, sujeta a leyes fijas. Interpretese luego esta energía como física o como orgánica, nunca es más que acción. Y aquí coincidimos. Solamente que la acción fuera de la conciencia es un esperpento inexistencial. Para llegar a semejante resultado los filósofos científicistas sobrepone una hipótesis a la otra con la misma gravedad con que los escolásticos hilvanaban la serie de sus silogismos, hasta dar con un entecillo de razón. De paso, la personalidad humana ha quedado aprisionada para siempre en las mallas de un determinismo implacable.

No puede prohibirse a la razón humana que trascienda los límites de lo conocido; esta es una de sus altas funciones. Precisamente para que esta labor sea fecunda, en las ciencias como en la filosofía, es necesario deslindar con exactitud lo que se sabe de lo que se desea saber y no confundir lo positivo con lo hipotético, lo real con lo fantástico.

Por eso la posición teórica de las escuelas positivistas es aparentemente más sólida, pues implica la renuncia al conocimiento de los primeros principios y últimas causas. Aspiran únicamente a dar la síntesis de lo científicamente cognoscible. Pero en su manifestación histórica, el positivismo se ha desarrollado en sistemas realistas supeditados a una supuesta unidad o gerarquía de las ciencias, de donde el hecho moral o social estaría tan sujeto a leyes como el hecho físico o químico. Es decir ha caído en el mecanicismo amoral que comporta la anulación de la per-

sonalidad. El resultado fueron pseudociencias como la sociología o la psicología experimental, que todavía peregrinan ansiosas en busca de las leyes exactas que con tanta seguridad nos prometieron en su primer hora.

## XVII

Y bien; sintetizados en aforismos generales los datos de la experiencia inmediata quedaremos satisfechos? ¿Ha sido develado el último secreto, disipado todo misterio? Sin duda que no.

Podemos sobre esta base construir una concepción mundial que responde a todas nuestras necesidades prácticas y teóricas, más siempre donde se soluciona un problema se plantea otro.

Nuevas dudas, nuevas preguntas surgen del fondo mismo de la conciencia y reclaman contestación. No basta esquivarlas o desautorizarlas por improcedentes. Aún la pregunta más pueril merece su respuesta.

Cómo hemos de concebir una acción sin agente?

No es más difícil concebir la acción que la substancia a que pretende atribuírsela; no se resuelve un enigma agregándole otro. Sobre todo, la acción existe en un desarrollo de actos, la substancia es un concepto. La dificultad quizás sea exclusivamente gramatical. No empleamos un verbo sin referirlo a un sustantivo o a un pronombre que haga sus veces. Esta modalidad del idioma responde al realismo ingenuo y nos induce en error.

El proceso consciente ha tenido un principio con el cual ha iniciado su evolución? La idea de tiempo se aplica—y se aplica con necesidad— a cada hecho aislado en su relación con los que le preceden o le siguen. Pero a que hecho hemos de referir la conciencia si es la fuente de todas las ideas, inclusive la de tiempo que es su creación y no ha podido precederla.

¿El proceso consciente entonces se ha engendrado a sí mismo o depende de otro principio? Podemos imaginar una potencia creadora que al dar a luz el mundo, parió mellizos indisolubles, pero este creador es creado por la misma conciencia, es un nou-

meno, un ente de razón. Ninguna intuición abona su existencia. En cuanto a engendrarse a sí mismo es tan inconcebible como preexistirse a sí mismo. Nada adelantamos con soluciones verbales como la "causa sui" de Espinosa. Ocurre que al hablar de proceso, evolución, acción, involucramos las nociones de antes y después, es decir la idea de tiempo, cuyo valor relativo penetramos sin poder asimismo prescindir de emplearla. Por eso Bergson se empeña tanto en distinguir los conceptos de duración y de tiempo, pero apela para ello a la visión mística que, por cierto, no es la intuición inmediata.

¿Pero al fin algo ha de existir por sí? Existir es estar en una conciencia y en la conciencia no existe ningún hecho que no tenga su razón en otro. ¿Y la conciencia misma? La conciencia es un proceso, es el conjunto de su contenido actual, siempre es conciencia de algo, nunca conciencia pura. Por eso no podemos tener sino una ciencia de lo relativo y jamás habrá una ciencia de lo absoluto. Ni el empirismo ni el racionalismo pueden lograrla.

¿Luego subsiste un gran misterio? Por lo menos una finalidad no actualizada en la conciencia humana, aunque esa lejana finalidad gobierne la hora presente. No me basta eso de finalidad, yo forzosamente necesito creer en un Ser! Usted es dueño, pero eso es un acto de fe.

Racionalistas y empiristas durante siglos, en presencia de este mundo criptógeno, se afanaron en concebir una metafísica para explicar lo conocido por lo desconocido y no construyeron sino sistemas de conceptos sin contenido representable. Si a nuestra vez abrigáramos el deseo de imitarlos, ya nos bastaría una metafísica, necesitaríamos una metapsíquica. Enunciarlo es evidenciar su imposibilidad.

Intentemos pues, sin salir de la conciencia, abordar el último y el más pavoroso de los problemas.

XVIII

La acción consciente es el alfa y el omega, el principio y el fin, la energía creadora de lo existente. Ella desarrolla el panorama cósmico en la infinita variedad de sus cuadros y ella le opone la gama infinita de las emociones íntimas. No se concibe un más allá. Es desde luego lo absoluto, lo eterno.

Sin embargo, nosotros no conocemos sino el inextenso instante entre el pasado y el futuro, presente perpetuo y fugitivo. No conocemos sino el flujo incesante de hechos particulares y relativos. Ni lo eterno, ni lo absoluto están en nuestra intuición.

Si conociéramos con certeza lo absoluto, si el nexa esencial de los hechos fuera más que un concepto, debiera invadirnos el sosiego intelectual, callaría la última duda y el Ser dejaría de ser un problema. Somos testigos de la acción actuante en la conciencia pero en sí no la conocemos; intuimos únicamente el proceso de sus manifestaciones, menos aún, la serie que se desarrolla en la conciencia individual. ¿Hemos de tomar este fragmento por el universo?

Ninguna egolatría ha llegado a ese extremo; nos hostiga con demasiada viveza la evidencia de nuestra flaqueza, de nuestra relatividad, y la aspiración hacia lo absoluto surge imperiosa como una exigencia lógica, como un anhelo del sentimiento, como una finalidad querida, nunca como un hecho actualizado. Ninguna intuición, ningún dato empírico, ningún raciocinio nos esclarece el concepto de lo absoluto que es empero el complemento necesario de lo relativo.

Acorralado Descartes por la duda metódica en el solipsismo de la posición egocéntrica, apela a la conciencia de nuestra relatividad para referirla a lo absoluto. Lo dice en el idioma de su tiempo y de sus prejuicios y es posible que despojado de tales contingencias este argumento sea convincente para muchos. No obstante nunca será más que un argumento, por que aún afirmada y creída la existencia de lo absoluto, sólo tenemos su concepto abstracto, completamente vacío si lo ubicamos fuera de la

conciencia. Cien nombres diversos le hemos dado, prueba concluyente de que ignoramos el verdadero.

En la conciencia lo absoluto se presenta como aspiración, como tendencia hacia una finalidad que valorizamos como la meta suprema y última. En ese sentido podemos fundarnos en la naturaleza misma del proceso consciente para determinarla. Sabemos que este proceso es un conflicto; una lucha sin tregua entre el sujeto y el objeto, entre la libertad y la necesidad. Actualizar la libertad absoluta por la conquista del dominio económico sobre la naturaleza y del auto-dominio ético sobre sí mismo, someter la necesidad a la libertad, alcanzar el pleno desarrollo de la propia personalidad — he ahí la meta, no impuesta por poderes extraños, no inventada por la fantasía, como que es la raíz misma del devenir consciente. Por nuestra libertad luchamos desde que nos desprendimos de la penumbra de la animalidad, por ella continuamos en la demanda. Cuando la conquista finalice, la necesidad y la libertad se habrán conciliado, la conciencia descansará en la paz de sí misma, la última duda callará. Entretanto no; la filosofía no tiene la última palabra porque la vida es acción y no un teorema. Pero el principio que la nueve lo dejamos señalado; llamémosle la libertad creadora.

## XIX

Pero el problema de lo absoluto tiene aún otra faz. Al señalar la finalidad absoluta como un hecho de conciencia orillamos el asunto más escabroso. ¿Acaso esta finalidad se realiza en la conciencia individual o cada uno de nosotros es tan solo un caso dentro de un proceso universal? La conciencia clara de nuestra relatividad no permite suponer que en el individuo se agote la existencia. Por otra parte lo universal como existencia no lo conocemos. ¿Cómo hallar la relación de lo particular con lo universal, de lo efímero con lo eterno, de la existencia con el ser?

De tres medios dispone el hombre para contestar a la interrogación más vehemente de su espíritu. La metafísica, el arte y la religión. Uno de estos medios no excluye al otro, por el con-

trario, se apoyan mutuamente y así como responden al mismo propósito también parten de un hecho psíquico análogo.

La metafísica ofrece sistemas que ya no son la expresión de lo comprobado sino construcciones hipotéticas de la imaginación creadora. Son, pese al material con que se elaboran, obras de arte, poemas dialécticos, simbolismos ideales. Revisten sí la pretensión de ser concepciones lógicas pero esta es la parte formal. No nacen del raciocinio. Por un proceso psicológico muy complicado, ante el problema obsesionante, arraigan en la mente convicciones, que aparecen unas veces como el resultado de una incubación lenta, otras como una inspiración espontánea. Son una especie de visión intelectual que se apodera del espíritu del autor y constituye la médula de su obra. La argumentación que la sustenta viene después. La razón, que jamás ha negado sus favores a nadie, desempeña sus funciones lógicas, dispuesta a demostrar cuanto se quiere, sea una concepción genial, sea una patraña inverosímil. No hay absurdo que no pueda defenderse en un alegato. Los sistemas entre sí, se distinguen por su consecuencia lógica, su valor ético, su poder persuasivo. No por su mayor o menor veracidad material. En el fondo son tan solo una manera de ver individual; pero el genio posee el privilegio de expresar con el suyo el pensamiento de un pueblo y de una época. Por eso los grandes sistemas metafísicos a pesar de ser hijos de su tiempo y de factores étnicos, perduran como las obras imperecederas del arte y son siempre una fuente de intensa emoción intelectual. Pero cada generación vuelve a tentar la expresión propia de su pensar y de su sentir en nuevas formas filosóficas.

Si sobre la base del conocimiento intuitivo, se fundara la concepción de un proceso universal que se individualiza en monadas autónomas, actualizando el eterno devenir en una lucha por la libertad creadora, el valor de semejante sistema dependería del vigor intelectual de su autor. Podría también el ideal de la libertad creadora sintetizarse en una acción única que se revela en la conciencia y nos expondríamos a la insinuación iró-

nica de haber incurrido en un viejo antropomorfismo. Pero ninguna crítica extingue la necesidad metafísica.

También el arte la satisface al conciliar en la emoción estética el conflicto del mundo subjetivo y del objetivo. La poesía y sobre todo la música, que dispone de un material de expresión más abstracto, sumergen el accidente individual en el regazo de lo infinito y le contemplan *sub specie aeternitatis*. También la obra de arte tiene su génesis en una visión interna que luego el artista concreta en los límites de su capacidad creadora.

Por último existe la solución religiosa; ella inspira la convicción fervorosa que llamamos fe. Su fundamento no es, como suele pretenderlo, la revelación sobrenatural, sino un estado emotivo que puede llegar hasta el éxtasis y que da lugar a la visión mística. Este es el fenómeno religioso por excelencia. El mito del caso, el dogma y el ritual son elementos accesorios y algunas veces postizos. Pueden suprimirse estas formas externas sin aminorar la intensidad del sentimiento religioso. La experiencia mística, en todos los países y en todos los tiempos, contiene siempre el mismo hecho: La unión, la identificación del individuo y del Ser eterno.

La visión íntima — intelectual, estética o mística — no es la intuición inmediata que nos da la evidencia. Es un fenómeno complejo, que si bien sugiere convicciones profundas no puede darles más que un valor subjetivo.

ALEJANDRO KORN.

## UN DILEMA FAMOSO

( **Entretenimiento jurídico-filosófico** )

---

“Conocido es el famoso dilema de Protágoras, que tan hábilmente le fué redargüido por su discípulo Evalto.

El sofista había enseñado la retórica a Evalto, mediante cierta suma de dinero, cuya mitad fué pagada anticipadamente, debiendo pagarse la otra mitad después que Evalto hubiera ganado su primer pleito. No habiendo logrado Evalto la oportunidad de abogar, tan pronto como fuera de desear, y según las exigencias de Protágoras, éste le entabló un pleito, diciéndole a su discípulo: Tanto si ganas como si pierdes este proceso, te verás igualmente obligado a pagarme. *Si lo ganas, nuestro convenio te obligará a ello: si lo pierdes, los jueces te obligarán a pagar tu deuda.*

Evalto le respondió: Al contrario, y venga lo que viniere, yo no te deberé nada. *Si gano, me perdonarán la deuda, y si pierdo, nuestro convenio me da la razón para no pagarte”.*

(Lahr, curso de filosofía traducido por Trinidad S. Osuna, 6ª ed., pág. 545 en nota).

---

¿Quién de los dos tenía razón?

Examinemos antes la faz jurídica de la cuestión para encarar luego la filosófica, aunque conviene advertir que la íntima trabazón en que se encuentran, determina ocasionalmente su examen conjunto, a consecuencia de lo cual, la jurídica, en primer término estudiada, agota casi la materia, sobrando bien poco para la que designo con el quizás pomposo nombre de filosófica.

El que, al decir de Lahr, el argumento haya sido hábilmente redargüido por el discípulo, no prueba de suyo, como es

obvio, su inconsistencia. Se impone, pues, examinar los fundamentos de una y otra tesis.

### FAZ JURÍDICA

El primer defecto, en ambas argumentaciones, estriba en un sofisma *por ambigüedad de los términos*.

Aquí el lector podría levantar el reparo de que, estando en el campo del derecho, invado *ab initio* la jurisdicción de la filosofía, con la referencia a un sofisma; pero el peñolista debe advertir al amable lector que no lo hace sinó por requerimiento del análisis jurídico, a que en primer término se encamina, conforme ya lo tiene genéricamente prevenido.

Volvamos al tema. Decía que el defecto que de inmediato se nos ofrece en ambas argumentaciones, está en la “ambigüedad de los términos empleados”. Y en efecto, cuando los contrincantes afirman, respectivamente, la obligación del adversario o su propia exención, toman en cuenta *una época diversa*. El actor, Protágoras, sostiene su derecho a percibir honorarios, fundándose, bien o mal (lo que no debe prejuizgarse): en un miembro de su dilema, *en el convenio*, y en el otro, *en la virtualidad de la sentencia judicial*. Con un criterio oportunista, según sea la sentencia judicial, se remite a épocas diferentes; y lo mismo hace el demandado. De este modo resulta que la decisión judicial, cualquiera que sea su sentido, nunca puede estorbar la jactanciosa afirmación de las pretensiones de cada parte, como diría el filósofo de las antinomias con su austera y vigorosa elocuencia.

---

Concretemos estas afirmaciones. Protágoras dice que, si gana su antagonista, el convenio lo obligará a pagar, refiriéndose a la época posterior a la sentencia, mientras que, si pierde, se remite al momento de la sentencia que le reconoce su derecho. A su vez, Evalto, para el caso de resultar vencedor, contempla el instante de la sentencia judicial, y para su derrota, el posterior, aferrándose al convenio.

---

Pero llegamos al momento psicológico (hoc tantum vobis, boni psicologi, concedatur, scientiam vestram memorare!) en que el juez, encerrado en su helénico gabinete, va a pronunciar la palabra solemne, en nombre de la divina Temis. (1)

Para hacerlo, tendrá en cuenta, naturalmente, los alegatos de las partes. Y aquí no cabe discusión: condenará en costas al filósofo, como cualquiera que tenga un grano de sentido común lo comprenderá. Dirá en su jerga (previas las fórmulas de ritual, a que de acuerdo con el derecho, y aun la religión, hubiere lugar): "Considerando que según el convenio Evalto no estaba obligado a pagar, antes de ganar su primer pleito, más que la mitad de los honorarios devengados por Protágoras. Que aún no lo ha ganado. Por estas consideraciones absuelvo al demandado, etc."

---

Todo esto es en el caso más sencillo (que por lo demás es el único que prácticamente se ofrecería) de que las partes hubieran expuesto con amplitud todos los argumentos de que disponían en favor de su respectiva tesis: y, dada esa condición, en la hipótesis de que el juez hubiera obrado en estricta justicia. Pero a pesar de que esto es lo que racionalmente tiene que ocurrir, no debemos descartar, para nuestros fines, la contingencia de que en la discusión o en el fallo se hubiera hecho a un lado el argumento del abogado Evalto, fundado en la condición estipulada de ganar el pleito.

---

Pues bien, venidos a este punto, ya tenemos los dos miembros de la disyuntiva: o gana el filósofo o el abogado. *Si parva licet componere magnis* (Virg.), Kant diría que ya tenemos los hechos, y que ocurre entonces preguntarse: *¿quid juris?* ¿Qué debe decidirse en derecho?

---

(1) No «Themis», como dice con inocente arcaísmo el Centro de Estudiantes de Derecho. De la misma suerte, dicen Lydia y Esther por Lidia y Ester, y el filósofo de la duda metódica, Renatus Cartesius, ya no es Renato, sino René...

Bien sabido es, no sólo por los legistas que me hacen el obsequio de leerme, sino por toda clase de personas que por ventura se hayan detenido un instante a pensar en ello, o que tengan la más remota noticia de la institución, cuál es el valor de la *cosa juzgada*, expresado en el perenne laconismo del derecho romano: la cosa juzgada, por verdad es tenida. *Res iudicata pro veritate habetur.*

Aplicando este principio al caso, resultaría que, una vez establecido por el juez que Eualto debe pagar o nó a Protágoras, no hay sino acatar el fallo, por ser la expresión de la verdad legal. Y entonces, jurídicamente tiene razón aquel a quien se la dé la sentencia, y será prosaicamente ejecutado Eualto, si sale vencido, aún cuando su riqueza no alcanzara más que a la toga, para cuya adquisición, según decía un diario alemán al subir Lloyd George al cargo de *premier*, no le había bastado a éste el lucro de su profesión (1). Que si tuera Protágoras el perdidoso, no tendría con qué pagar las costas, como buen colega de Diógenes.

Conclusión (repito por razón de método): *Tendrá razón aquel a quien se la dé el juez de la sentencia de quo nunc agitur.*

Esto es evidente. Pero pronunciada la sentencia por el juez, aparece un hecho nuevo, que debemos tomar en cuenta, y ese hecho es la misma sentencia judicial.

Si ella se expide en sentido favorable al actor, el demandado no podrá oponerse al pago, porque aún en el caso de que no hubiera hecho valer su razón de que no estaba obligado a pagar por no haber ganado su primer pleito, no podría oponerse a la ejecución de la sentencia, "porque ésta siempre lo habrá condenado y ha habido para el juez razón suficiente para hacerle entregar la cosa", de modo que no podrá venir a atacar la autoridad de la cosa juzgada, probando que hay un "obstáculo" para que sea condenado, pues ello importaría afirmar indirectamente que no ha habido "razón" para condenarlo. Luego, la conclusión respecto a Eualto es indiscutible en el

(1) *Iguro, d'ailleurs*, si en Grecia usaban toga los letrados.

campo del derecho: Condenado, condenado queda. Con lo cual se pone de manifiesto la inexactitud de su afirmación de que si pierde, "su convenio" le "da la razón para no pagar". Es decir, que ha hecho un uso *ambigüo de los términos*.

Otro tanto cabe decir del filósofo. Si la sentencia le es desfavorable, en seguida se presentará en juicio alegando el ansiado cumplimiento de la famosa condición, a que estaba supe-  
ditada la eficacia de su derecho; pero él también habrá pecado de *ambigüedad en los términos*, al referirse en el caso de triunfo a la primera sentencia, y en el de derrota a una sentencia eventual, fundada en la cláusula de marras, y a cuyo respecto procede formularse la pregunta: ¿le será ella favorable?; merced a lo cual, en tanto que el caso del abogado no ofrece ya pasto al análisis en lo tocante al derecho, el del filósofo admite todavía una consideración, que paso a desarrollar.

---

Una vez dictada la sentencia favorable a Evalto, ya Protágoras puede alegar el cumplimiento de la zarandada y suspirada condición; pero, ¿se justificarán sus pretensiones ante el derecho y el sentido común? Es evidente que no. Si la sentencia ha negado a Protágoras el derecho de cobrar, con ello ha dejado establecido que la condición no se ha cumplido, de manera que sería contradictorio el que la misma sentencia que le niega ese derecho, sirviera de fundamento a sus exigencias. La sentencia nada crea, no hace más que declarar el derecho existente: otra no es la conclusión a que podría llevarnos el espíritu del pacto celebrado, como es de palmaria evidencia en el campo del derecho.

#### FAZ FILOSÓFICA

Toda la exposición anterior, que necesariamente ha tenido que ser prolija, nos da la solución en el campo del derecho, pero en los renglones que la finalizan apunta la cuestión puramente (*reinlich*) dialéctica a que al principio me referí. Porque

un espíritu amante de los bizantinismos estériles (1), podría enviar a sus códigos a los juristas con un gesto de profesional filosófico desdén, diciendo que todas las consideraciones y tortuosidades del derecho no podrían convencerlo a él de que lo blanco es negro, dado que, a pesar de lo que aquellos digan, una vez dictada la sentencia, se ha cumplido la condición y nada hacen las circunstancias especiales del caso. “¿Ha ganado Evalto un pleito? ¿Sí o nó?”—diría con inflexible obstinación “El silogismo es irreprochable: Mayor: Cuando gane el primer pleito (verdadera por el contrato). Menor: Ganó el pleito (verdadera en los hechos). Conclusión. Luego, se cumplió la condición estipulada (consecuencia legítima). Materia y forma excelentes”.

---

Sin insistir, dado el fin que primordialmente perseguiamos, en los argumentos jurídicos, también ellos estrictamente lógicos (vaya si lo son!), que se oponen a este implacable ergotizar, y que he expuesto en forma sumaria poco ha (Faz jurídica, in fine), — coloquémonos en este terreno puramente lógico, y veamos qué suerte se nos depara.

---

Ya hemos puesto suficientemente en claro la ambigüedad de los términos empleados por los interesados en lo atañadero al factor tiempo, cuestión puramente lógica, aunque por razones de método ha debido encabezar la exposición jurídica, y no insistiremos. Baste a fijar definitivamente las ideas, el siguiente esquema:

|            |   |              |   |             |   |
|------------|---|--------------|---|-------------|---|
| Alego      | : | La sentencia | ; | El contrato | . |
| Protágoras | : | Si gano      | ; | Si pierdo   | . |
| Evalto     | : | Si gano      | ; | Si pierdo   | . |

---

(1) Bizantinismos, observará algún lector tenaz y exigente, para el espíritu práctico-jurídico de Evalto, pero deducciones de diáfana transparencia para el filósofo, que no puede convencerse de que lo blanco es negro, conforme a continuación se expresa.—Todo es según el color del vidrio con que se mira, diría un escéptico de salón.

Pues bien, hecho esto sólo me resta para acabar definitivamente con este un poquito grave entretenimiento, que ya se está alargando, aquilatar la pretensión del filósofo de hacer valer la sentencia para exigir el pago de sus honorarios, y mirada la cuestión con el criterio del silogismo antes formulado, no cabe duda de que tendría razón, pero con la salvedad de serle necesario acudir de nuevo al juez, porque cuando dice *nuestro convenio te obligará a ello*, la obligación se hará efectiva, tal y como en la otra alternativa—*los jueces te obligarán a ello*,—por la intervención de la autoridad.

---

He aquí cómo queda resuelto, con un poco de atención, el famoso dilema, que se reduce a sofisma por *ambigüedad de los términos* (lógica) y por *ignorancia del elenco* (derecho) de parte de ambos litigantes.

D. DE ALBERTI.

---

---

## PRINCIPIOS VITALES

DE LA ENSEÑANZA CLASICA <sup>(1)</sup>**Platón y Aristóteles**

Un día utilizando yo el tiempo en la calle Florida me encontré de improviso frente a un busto de Platón, que estaba expuesto en una lujosa vidriera. Era una gran cabeza, algo inclinada a la derecha por el peso, sin duda, del pensamiento, y mirando al suelo. Tenía puesta una corona de laurel, pero la expresión de la cara era tal, que aquel símbolo de gloria parecía un instrumento de martirio y hacía pensar en un *ecce homo*.

El original griego hubo de servir a algún pintor para representar a Cristo, porque recuerdo muy claramente un *ecce homo* que se parecía a este busto. Se diría que el filósofo sustrae la cabeza a la corona, y que la mirada expresa la tristeza sin ira de la bondad rechazada, que es el martirio de un Dios.

Platón sufrió un primer martirio en su maestro; y lo sufren con él cuantos leen el *Fedón* que es la pasión de un hombre hecho Dios; como el de San Mateo lo es de un Dios hecho hombre; y sufrió otro más amargo aún y duradero: el de ver la inutilidad del saber bondadoso, para curar los males de sus ciudadanos. Su mente altísima fué para él la peña de Prometeo. Toda la vida, dice Aristóteles, y con la palabra y con el ejemplo enseñó que el ser bueno es el secreto de ser feliz. ¿Y quién le hizo caso?

(1) Conferencia leída en la Facultad, el día 4 de junio.

Discuten los moralistas sobre si crimen o ignorancia sean sinónimos, según le parecía al filósofo griego. Tal vez no lo sean, pero así le es necesario pensar a quien quiere seguir amando a sus semejantes. Si es un error, conste que fué proclamado otra vez, por un moribundo con aquellas palabras "Padre, perdónalos, porque ignoran lo que hacen".

Platón es un amigo; nos amó; y podemos además recordarlo sin amargura, porque tuvo la suprema delicadeza de no dejarse envenenar, como su maestro, y ahorrarnos un remordimiento más.

Los que disputan sobre sus opiniones, y si quiso decir ésto o aquéllo, me parecen desalmados que cerca del cadáver de la madre se pelean por la repartición de las alhajas. Todo lo que es de Platón ha de ser caro igualmente para nosotros, y dijo bien Cicerón que vale más equivocarse con Platón, que acertar con los demás filósofos.

\*

\* \*

A su lado está Aristóteles, que vivió veinte años en su intimidad, y le amó y comprendió, pues niega a los malvados hasta el derecho de alabarle; pero era otro hombre, o mejor, demasiado hombre. Después de Platón, el nombre de su discípulo es como el rechinar de la cadena que despierta a un prisionero de un sueño de libertad.

También ví su busto y tenemos sus señas.

Bajito, enjuto, de tez algo curtida, algo encogido en los hombros; cara cuadrada, más de romano que de griego; orejas bastante grandes y vueltas hacia adelante, y, de una a otra, una cabeza que describe tres cuartos de circunferencia. ¿Era braquicéfalo? Así se creería. Por lo demás, ojos vivos, fijos horizontalmente a izquierda, y una expresión que no sé sabe decir si es de disgusto, de protesta o de amenaza.

Nadie fué jamás tan admirado por la posteridad, pero se puede decir de él lo que él dice de su Zeus: "¿Quién amó jamás a Zeus, si no era loco?"

Era de la familia de los médicos, y pensaba en sí cuando escribía que el cerebro era muy frío, casi helado, y que su oficio fisiológico era templar y moderar el ardor del corazón: un órgano, por lo visto, sospechoso y peligroso.

Nadie me creerá tan dejado de la mano de Dios, que no comprenda el respeto que se debe a tan gran nombre; tanto más cuanto que no se presenta a la posteridad sino con parte de los resúmenes de sus lecciones, no todos escritos de su mano; y sin sus diálogos y demás innumerables obras literarias, ni sus cuatrocientos cuarenta y cinco mil y pico de versos, que se han perdido.

Debo advertir a ustedes que si ha de parecer que digo algo, las cosas se han de mirar desde muy lejos y no reparar en pormenores. En fin, una conferencia en aeroplano.

Si ustedes van a su botica, verán que todo está ordenado con el mayor esmero y rotulado con suma diligencia. Nada falta allí; pero si piden algo para lo que hoy se llaman aspiraciones secretas de nuestra naturaleza, he aquí lo que les sucederá:

Primero, se felicitará con ustedes de que tengan tan buenos sentimientos; luego, les ofrecerá un específico de efecto infalible; pero cuando ustedes lleguen a su casa y destapen el tarro, mucho me temo que no lo arrojen y tiren a la pared.

¿Piden usted Dios? Les da un ser todo acto puro, que no tiene como nosotros conciencia mediata de sí, esto es, por medio de la materia, sino una inteligencia que tiene de sí conciencia inmediata, objeto y sujeto a la vez, pensamiento de sí mismo. Pero como resulta que este Dios existe solo en tanto que se piensa, no cabe en él ni la sospecha de nuestra existencia: un Dios, pues, cristalizado en el pensamiento de sí mismo.

Si piden inmortalidad, se esmera en atenderlos, y les da el frasco del *intelecto agente*, que puede (dice) existir separado del cuerpo; el caso es que el tal intelecto agente al dejar el cuerpo, en él deja la conciencia.

Dice Rhode que cuando Aristóteles habla de la evolución de la materia, ya no es el mismo: que encuentra expresiones conmovedoras y raya en lo lírico.

En su esfuerzo por asemejarse a Dios, la materia se eleva de forma en forma siempre más perfecta; y la eternidad que no puede alcanzar individualmente, la consigue por la generación, en la especie. Pero ¿de dónde nace este esfuerzo en la materia?

A qué se debe este movimiento ascensional? Aquí viene el rasgo que raya en lo lírico. La materia está enamorada de Dios, como una hembra de su varón; pero su amor es unilateral. Dios ignora su existencia, ignora la pasión que le inspira y es por eso que le llama motor inmóvil.

Si no han olvidado lo de arriba (que es una locura, según el filósofo, amar a Dios), y sacan la consecuencia, ésta será que la materia no está enteramente en su juicio, y que el orden cósmico y el social, reflejo del primero, nacen de su aberración. Cosmos, sociedad ¿qué vienen a ser sino el atavío de aquella zagalita que esperaba en su celda de manicomio la visita del príncipe que había de hacerla reina?

¿Pesimismo?, dirán ustedes; no: ¿burla?

Se ha dicho—y a mi parecer exactamente,—que Aristóteles y Platón son el ázoe y el oxígeno de la atmósfera intelectual. Si echamos un vistazo a la historia, vemos, en efecto, que todo verdadero progreso en la ciencia se lo debemos al espíritu de Platón; y que cuando más el progreso se acelera, una hipótesis a lo Aristóteles sobreviene a demorarlo. Si domina el primero, para el espíritu es primavera; si el segundo, invierno. ¿Y qué hace el ázoe sino obstaculizar la acción del oxígeno? Su mismo nombre lo declara. Y sin embargo ¡ay de nosotros si no existiera! Es más, la misma vida apareció en la tierra cuando se produjo la primera combinación de los dos gases, y como la centella eléctrica determina esta combinación, no es nada inverosímil que a la cabeza de nuestro árbol genealógico se encuentra un rayo.

\*

\* \*

Una de las mil ideas de Aristóteles es que el hombre por lo común opera con una u otra facultad, pero si opera con todo sí mismo entonces engendra.

Investigar “a la platónica” quiere decir, precisamente, investigar con todo sí mismo; meditar a lo Aristóteles significa prescindir de todo, ménos de la curiosidad. Este es, dice un sabio francés, la actitud del verdadero hombre de ciencia.—Pues no me parece.

El nombre de *filósofo* sonó por primera vez como una confesión de ignorancia. Rey Lino había felicitado a Pitágoras por su *sabiduría*, y él contestó que no era sabio, sino *amante de la sabiduría*.

La verdad es la mujer tapada; no hay que contar con que se descubra, pero sin esperanza nadie correría en pos de ella. ¿Es posible que, además de consagrarse a perseguirla sin descanso, el filósofo la ame si no imagina que merece su amor? Sólo si su belleza es infinita no será locura perder toda la vida en darle caza, con sólo una muy débil esperanza de alcanzarla. Estar dispuesto a casarse con una desconocida, aún suponiéndola fea, es amar más el matrimonio que la esposa.

La disposición de Aristóteles es indiferencia y no amor, o, a lo sumo, amor de la investigación y no de la verdad, y tales amores se cansan a menudo y se contentan con la apariencia.

Platón tuvo la intuición de la existencia en sí de las ideas; y se le presentó, como se presentan las intuiciones, con los caracteres de un grande hallazgo. Surge después la dificultad de explicar con ella la naturaleza, y primero tiente un camino y luego otro; no lo consigue, pero tampoco lo disimula.

Aristóteles habla a menudo de “*aporía*” o dificultades, y se complace en enumerarlas; pero en realidad nunca se halla en embarazo; siempre tiene a mano su premisa para llegar a la conclusión que necesita, y si no es fácil refutarlo, no es menos difícil quedar persuadido.

\*

\* \*

Mas no es mi intención definir a los dos filósofos,—que todos ustedes tienen conocidos mejor que yo,—sino dar un mentís a los que ven en Aristóteles el fundador y promotor de la ciencia moderna (digo “ciencia”, y no “filosofía”).

En una época me divertía en buscar y leer los antiguos tratados escolásticos. Leí muchos de *cosmología* escritos en el latín escolástico del tiempo. En todos se describía el mismo sistema aristotélico o tolemaico (uno deriva del otro), y en todos, sin excepción, si no en los primeros renglones, por lo menos en las primeras páginas encontré este símil, que por lo visto era de uso general: "*Universus simillimus est caepe*", "el universo se parece en un todo a una cebolla". He aquí, decía para mi coleccionista, la visión aristotélica.

El sistema heliocéntrico no se lo debemos directamente a Platón, pero sí a su escuela, a la que pertenecía Aristarco de Samos. El primer grito de la ciencia moderna al nacer con Galileo, fué: "abajo Aristóteles", y desde Newton hasta Galileo Ferraris, todos los grandes descubrimientos se los debemos a platónicos, si se exceptúa a Mme. Curie, cuyo sistema no conozco.

Dice Caverna, que la naturaleza era para los aristotélicos un juguete, para los platónicos un símbolo y para ninguno de ambos un objeto de estudio; pero, si no el fenómeno, la forma por lo menos atraía la curiosidad de los platónicos, de cuya escuela salió la geometría analítica; lo más acabado en la ciencia que se deba a los antiguos.

De Aristóteles trajeron los árabes la idea del álgebra; y las ecuaciones son en álgebra el equivalente del silogismo,—mecanismos inocentes que permiten concluir sin pensar.

\*

\* \*

La fantasía no es la loca de la casa. Lo que no se logra representarse con su ayuda, no se entiende; es lo que Kant afirma a menudo en su lenguaje esotérico: sin intuición el concepto es vacío; concepto y regla de construcción son sinónimos. Si conociéramos la esencia del hombre, dice Dunan, conoceríamos la ley de su estructura. La posibilidad de la representación es la sinceridad filosófica.

Aristóteles tiende a emancipar de la representación; y no sé si las llamadas nuevas ideas matemáticas son algo más que des-

cargas de  $x$  y puntitos, pero Poincaré, que es competente, no parece confiar gran cosa en ellas.

Nada debería decir de Descartes, por respeto a los aliados. No diré, pues, sino lo que tiene la garantía de una firma francesa bien conocida.

A pesar de una que otra idea, Descartes es todo un aristotélico, y cuando la ciencia crecía con el desarrollo rápido de Mercurio,—quien, nacido por la mañana, a mediodía inventó la cítara, y por la tarde robó los bueyes de Apolo;—cuando parecía terminado por siempre jamás el *apriorismo* y el perezoso jugar de la fantasía especulativa, como la llama Dunan, Descartes le abrió nuevos caminos. Desde entonces, componer sistemas y novelas,—continúa diciendo el citado filósofo francés,—son cosas sinónimas.

\*

\* \*

El método dialéctico en el sentido moderno nació de Descartes. El silogismo fué simplemente para Aristóteles, un medio de demostración, y el filósofo griego abusó de él sin reparo. Usado como medio de demostración es casi siempre una trampa, mas tendida para los otros (digo "casi siempre", porque si una trampa es en todo momento un silogismo, no siempre el silogismo es una trampa); pero usado como medio de investigación, es una trampa siempre, en la cual sólo queda (¿cómo diré?) apresado el investigador.

Todo el ingenio y la autoridad de Kant, y la primera y segunda edición de la *Crítica de la razón pura*, no bastaron para desacreditar un tal método: ¡tanto puede la pereza!

\*

\* \*

Aristóteles es el instinto de la receta, personificado; todo lo reduce a reglas y preceptos, hasta la inspiración poética; nada ha de dejarse a la espontaneidad.

Fué, pues, su espíritu el que sugirió la idea de reducir a preceptos hasta el propio método experimental. Yo mismo he oído, unos treinta y cuatro años hace, llamar a la parte de la *Lógica* de Stuart Mill que trata de la inducción "*método de hallazgo*". ¡Qué expresión retumbante! ¡Tan fácil es creer en lo que se desea! Las tres etapas de un descubrimiento son, pues, —dicen— la observación, la hipótesis y el experimento.

Aun tomada esta distinción como simple indicación del hecho sería inexacta; pero, dada como precepto, raya en lo absurdo.

Es ridículo que se prescriba hacer hipótesis; una hipótesis forjada de propósito, tiene el mismo valor que las combinaciones con que los jugadores de ruleta están seguros siempre de hacer saltar la banca.

Hipótesis útil es la que se presenta por sí sola, resultando tal vez de un trabajo inconsciente; y su nombre no es "hipótesis", sino "intuición". Estalla como un relámpago; lleva consigo la certidumbre, y llena el alma de no sé qué goce: dígallo, si no, **Arquímedes**.

La verdad, dice el sabio Hebreo, no tolera violencia; y el espíritu sopla adonde quiere. Por lo demás, ni la observación se hace de intento: fué una lámpara la que llamó la atención de Galileo, y una pera la que nos dió la ley de la gravitación universal.

Así es como se inició la época de las hipótesis; que—como los espartanos nacidos en Tebas de los dientes del dragón—se devoran las unas a las otras, no bien nacidas; época que amenaza no terminar jamás. Los sabios verdaderos se ríen para sus adentros. "Para mí, dice Claudio Bernard, es indiferente que se adopte la hipótesis de Darwin o la de Spencer, o se prescinda de ellas; nada tienen que ver con la ciencia".

No todos los sabios, sin embargo, son de tal temple. Hubo biólogos que, oyendo llamar "herencia" al permanecer de las especies, buscaron a los albaceas, y creerán haberlos encontrado en los cromosomas del núcleo de la célula.

La hipótesis de Laplace, dice un sabio, ha impedido que se buscara la verdadera formación de nuestro planeta. Cuentan

que Napoleón preguntara al gran matemático cómo se atrevía a componer el mundo con prescindencia de Dios, y que él contestó: “que nunca sintió necesidad de él”; y, en efecto, para componer aquel mundo bastaba un panadero.

\*

\* \*

La pretensión de someterlo todo a preceptos explica por qué en el curso de la historia no se encuentra tiranía en la cual, de un modo o de otro, no esté complicado Aristóteles, desde Alejandro Magno hasta Torquemada. Federico II hizo a las obras de Aristóteles tan buena acogida, porque vió en ellas un válido sostén del imperio contra el papado; mas éste, que en un principio condenó al filósofo, no tardó en absolverlo y servirse de él para fortalecerse contra el imperio. Al despotismo feudal alemán se debe el triunfo de Aristóteles en la edad media. Un alemán, Alberto Magno, y su discípulo, Santo Tomás de Aquino, de origen alemán, ataron aquella rueda de molino al cuello de la teología.

\*

\* \*

Hemos visto llamar “actitud científica” a la indiferencia de Aristóteles para con la verdad. Pues bien; lo que llaman hoy “actitud científica”, es algo que no difiere mucho de la hipocresía.

Empezaremos por dejar aparte a Kant, a quien uno ama tanto más cuanto más lo comprende. Este santo del protestantismo, como se le llamó, si se esforzó en probar que ciertas creencias no se pueden demostrar con la razón, por una parte lo hizo para ponerlas en salvo y al abrigo de todo asalto; y por otra para librarnos de las consecuencias de hogueras y tenazas que de su demostración sacó el fanatismo.

Debemos mirar con cariño a este gran hombre, cuando pasa algo encorvado, con los ojos cerrados a medias y tapándose la

boca con la mano, tal vez anticipándose al descubrimiento de los microbios.

¿No huele a burla e hipocresía esto de consagrar toda una obra a negar, para después, en las última páginas, cambiar repentinamente de tono, poner la mano sobre el corazón y decir con aire compungido que él también tiene sus derechos,—que la ciencia no comprende, pero respeta,—y que ciertas aspiraciones, si no se justifican por los resultados de los laboratorios, acaso tengan su razón de ser en lo sublime?

Si estas aspiraciones pudieran hablar, dirían a estos sabios que hasta el día la ciencia no condena ni aprueba nada, y que una cosa es la ciencia y otra son esas hipótesis que ni siquiera saben dar cuenta de sí mismas.

\*

\* \*

Platón y Aristóteles marcan el ritmo de la actividad humana en todos los campos, y también en nuestra escuela clásica. El estudio de la antigüedad suele dividirse en varios períodos, a cada uno de los cuales se le agrega una calificación y, entre paréntesis, un nombre propio: período italiano o de la imitación (Francisco Petrarca); período francés o de la erudición (Scalígero); período inglés o de la crítica (Berkeley); período alemán o de la historia, o científico (Wolf).

De estas definiciones algunas son calumniosas; otras, paradójicas; todas, injustas. Hubo una vuelta al estudio de la antigüedad, debida a la obra de Francisco Petrarca, y se llamó Renacimiento. Propagóse a Francia, Inglaterra, España, y pasó después a Alemania. En todas estas naciones, a un período de intenso estudio del latín y el griego, sucedió una lozana literatura en el idioma nacional y el florecer de todas las artes; y en todas estas naciones aquel período se llama clásico. Alemania no hace excepción, y no demuestra Schiller su acostumbrada diligencia cuando canta la espontaneidad de la literatura alemana. Klopstock, que por ser su iniciador oficial, y los demás grandes prosistas o poetas que le siguieron, vivían cuando Alemania en

el estudio de los clásicos griegos y latinos ya ocupaba el puesto de honor, que supo guardar hasta hoy; y Kant afirmaba que la literatura, en nuestra edad y en todas las naciones, es una consecuencia del estudio de la antigüedad, añadiendo que, por más esfuerzos que haga quien no conoce por lo menos el latín, no será jamás sino el mónico de un literato.

Pero el protestantismo surgió como reacción contra el renacimiento o humanismo. Condenó todas las artes, sobre todo las plásticas, para las cuales Alemania mostraba particulares aptitudes; y sólo dejó subsistir la música, una música que es un rezongo a base de acordes. Melanchton había "protestantizado" a Aristóteles; mas la Reforma esperaba su filósofo, y lo encontró en Kant; luego con Wolf afirmase en los estudios clásicos, como más tarde con Wagner en la música y en literatura con el romanticismo.

\*

\* \*

El renacimiento fué el desquite que se tomó Platón sobre Aristóteles. No se trataba de imitar a los escritores antiguos, sino de sentir su belleza, además de entender su pensamiento; aprender de ellos a pensar según verdad, y dar a la expresión del pensamiento hermosura y vida.

Era Héctor endosando la armadura de Aquiles, algo grande en un principio, pero Zeus se la adaptó con un signo de su cabeza; y, al contacto del divino metal, sintióse el héroe inflamado por un valor sobrehumano.

Es el amor quien hace encarnar la idea en una bella expresión: el amor, como decía Platón, que engendra la vida en la belleza. Un soplo de amor fué, pues, el renacimiento; amor de la forma, esto es, de lo bello que para los sabios malhumorados resulta puerilidad y para los mojigatos idolatría.

\*

\* \*

Se inició el renacimiento con el amor de la palabra. Para Aristóteles ésta es un signo convencional de la idea; mas para Platón es un signo no establecido por convención, sino forma-

do naturalmente: entre la palabra y la idea hay misteriosas relaciones, difíciles de indicar, pero claras al sentimiento no vulgar. El amor de la palabra bella es el secreto de la poesía y el encanto de la prosa.

Cuando surgió Petrarca, soplaba recio el espíritu del Estagirita; la lengua conservaba apariencia latina, pero a las palabras vivas, a las palabras nacidas, como las llama Cicerón, se habían sustituido palabras forjadas en una jeringonza de origen escolástico. El pensamiento se indicaba en sus elementos lógicos, despojado de todo lo sensible; en fin, un estilo algebraico.

\*

\* \*

El conocimiento y estudio amoroso de los antiguos, enseñó a expresar el pensamiento cual nace; a substituir la representación al concepto; a devolver a la expresión el calor del afecto; a componer y escribir con todo sí mismo, y a engendrar obras vivas. Obra literaria es obra escrita para todos; se llama hoy literario lo que los antiguos exotérico. La literatura es la comunión de los espíritus para una nación, y donde no hay pueblo existirá tal vez una obra literaria, pero no literatura; y donde no hay literatura, no hay pueblo.

\*

\* \*

Era natural que al manifestarse las naciones recién nacidas, tartamudeando en su nuevo idioma, verdeara la literatura, como verdea la hiedra al apuntar la primavera; pero el esfuerzo natural requiere el del hombre. Aquellos indicios de la buena estación invocaban los brazos de los labradores, esto es, el renacimiento: no una vuelta a la antigüedad, sino el principio de una nueva estación agrícola. Deplorar, como inconsideradamente lo hacen algunos, que el estudio de lo antiguo haya impedido la formación de literaturas originales, es como lamentar que se roture el campo, y se siembre trigo en él, en vez de abandonarlo a la maleza.

\*

\* \*

Así entendido, el estudio del latín es gimnasia, aumento de fuerza, formación del espíritu, emancipación de la espontaneidad brutal, conquista de sí mismo, y, por tanto, alegría y placer. Estos estudios han conservado su unidad a la civilización occidental, que es grecorromana; y mientras se estudió de veras el latín, a nadie se le ocurrió jamás preguntar para qué sirve; como que la respuesta estaba en estudiarlo. Leer a Platón en su texto le parecía a Schiller un fin digno de la existencia. Pero vinieron la literatura y la filosofía románticas, difundiendo ideas extrañas, y no se advirtió que si, p. e., Víctor Hugo es grande, no lo es como romántico, sino por su amoroso estudio de los poetas latinos y de Tácito: del romanticismo tiene todos los defectos, y todas las virtudes y calidades literarias de los estudios clásicos.

\*

\* \*

Sobrevino el nuevo programa de la escuela alemana, vale decir, el espíritu de Aristóteles. Por desgracia, en todo país hay gente dispuesta a venderse para traicionar a su patria; y éstos acogieron el nuevo programa, que, bajo apariencia de mayor seriedad, resultaba incomparablemente más cómodo. Se hace uno filólogo en un año, dice mi profesor Graziadio Ascoli; pero para llegar a escribir un bello período latino, no bastan diez.

\*

\* \*

Aquel trabajo, rebosante, por lo demás, de goce intenso, acostumbraba a los placeres del espíritu. Sin alegría el espíritu se apaga; el protestantismo es como el sueño de una cuaresma sin pascua. Quitándole todo placer al espíritu, se lo sofoca y sumerge en la animalidad. La formación del espíritu es

el fin de la vida y de la educación, y el espíritu es una nueva naturaleza de hábitos racionales; es el ideal apolíneo, que no condena la animalidad, pero la disimula, y deja el día a Apolo, la noche a Baco, haciendo de ambos dioses uno, con doble aspecto.

La pretensión de hacer del hombre un puro espíritu muerto, para lo sensible, es innatural y contraproducente; y Lutero, que empezó por ella, acabó por casarse con una monja.

\*

\* \*

Pues si se adopta el llamado humanismo alemán, excluyendo el sentimiento y con él toda alegría de los estudios clásicos; si se suprime la admiración, el descubrimiento continuado, ~~la admiración, el descubrimiento continuado~~, la emulación, el esfuerzo moderado y metódico; si entender un autor ha de significar saber lo que de él han dicho y Crich y Croch, y el número de las ediciones y las variantes de las lecciones; si cuando se nos presenta la intuición de bellezas recónditas, hay que desecharlas como juegos de la fantasía; si por estudio del griego y el latín se ha de entender el bostezo, reconozco que tampoco yo sabría decir para qué sirve.

La negación de la inteligencia, estética en la jerigonza del programa humanístico wolfiano, se llama *negación de los valores*; dando por sentado que cuanto nos parece entender en los clásicos, es ilusión subjetiva. Y si es así, ¿para qué estudiarlos?

En resumen, el método aristotélico ha conducido en todas partes al mismo resultado. ¿Y para qué sirve la filosofía? ¿para qué sirve la historia pragmática? ¿para qué sirven el latín y el griego? Pues escuchen: si han de estudiarse de tal modo, no sirven para nada, a no ser para la vanidad, que es aún peor que la nada.

F. CAPELLO.

## AD JULIUM FRATREM

Divis amicus laetitiae domo  
Vivo beata. Nempe silentio  
Mulcere consuesco fideli  
Et domitum recreare pectus.

At si fruentum turba sodalium  
Pratis vocavit ludere comiter,  
Ridere securum videbis  
Me cum hilari comitum corona.

Longe remotis exsulet hispida  
Terris suburgens tristitia impios,  
Nam mi nefas moeror, labores  
Qui docilis tolerare summos.

Parvo beatus fratribus undique  
Cingor beatis. Casta modestia  
Regnare per vultus videtur  
Egregios imitata mores.

## IN CUPIDINEM

Quid est, puer venuste, quod risum movet  
Tuumque pectus recreat?

Placetne haec nardus horti roscida,  
Rigat quam lympa garrula?  
Aëdonisve subter umbram dulcia

Canentis usque carmina?  
Quid est, quo subdolis amoris ignibus  
Sagitta tenditur tua?

Quid est, puer, dico, quid est? dicas precor;  
Ne vota negligas mea.

### QUIS BEATUS?

Neminem dices merito beatum  
Cujus in collo rutillet smaragdus,  
Rurave Eois potiora glebis  
Tagus inauret.

Quem vel expresso beat aere fama,  
Sive claravit resonante plausu,  
Sive regalis decorat subactam  
Zona per urbem.

Quisquis incautus volitat per altum,  
Caeteris imus, sibi summus uni,  
Fertur infelix trahiturque stulti  
Murmure vulgi.

Ille dicetur merito beatus,  
Cui regit virtus generosa mentem  
Integrumque ornat veneranda divum  
Pectus imago.

ANIBAL MOLINÉ.

## TEATRO NACIONAL

---

Cada vez que un escritor regularmente conceptuado decidido a enriquecer la savia popular que da vida y colorido a nuestras plácidas comedias de costumbres o a nuestros pintorescos sainetes, aborda el teatro con algun drama de los llamados históricos o de ideas y el público lo premia riendo las situaciones patéticas o permaneciendo indiferente cuando la trama cómica irrumpe con toda su fuerza, es de buen tono hacer diversas consideraciones sobre la finalidad educadora del teatro, su condición de arte inferior y el valor literario negativo que entre nosotros tiene.

Todos conocemos el origen del teatro nacional; sabemos que él no nació de las representaciones que tenían lugar en la Ranchería de Vertiz y en el teatrejo que luego se llamó Argentino, ni de los remedos franceses y españoles que en la Sociedad del Buen Gusto se ofreció al público hasta los tiempos de la tiranía. Es el gaucho romántico en su airada oposición con la autoridad que le desconoce el imperio de su voluntad de nómade lo que forma el contenido de su estado de larva.

Quizá sea esa cuna humildísima de nuestro teatro lo que nos dá como una tácita autorización para desdeñarlo, más de una vez con manifiesta injusticia convencidos de hacernos un honor semejante al que nos hacemos cuando ponemos un gesto de protectora superioridad si a Jorge Ohnet nombramos, principalmente despues de haber leído las críticas despiadadas, lapidarias de France y de Lemaitre.

Cosa corriente es, así, oír que el teatro nacional está en manos de una mayoría de mercaderes ignorantes alentada por el gusto y la sensibilidad de un público que prefiere lo disparatado y lo grótesco al teatro culto, delicado, brillante; que,

además, como género que es de suyo tan convencional y artificioso, los escritores dignos artísticamente deben subordinar sus preciosas facultades al canon, a la técnica, a la teatralidad, sacrificando de tal suerte todo verismo psicológico a la obtención del efecto plástico.

Cierto es que no ya nuestro incipiente sino el teatro contemporáneo todo carece, en general, de espontaneidad, cualidad que condensa todo el sentido del arte verdadero, y ello es que se han exagerado las preocupaciones de la técnica, el conocimiento de los recursos, relegando a un plano inferior el fondo, la substancia misma de la obra. Así, a Tirso y a Calderón podrá achacárseles de ilógicos, de falsos, de inverosímiles, lo mismo que a Echegaray, pero con esta diferencia esencialísima: aquellos lo fueron exclusivamente en la realización escénica, teatral, de sus concepciones, mientras que éste, por el contrario, lo fué por la extravagancia y lo anodino del fondo.

“Un autor dramático — escribe Azorín — verá siempre una obra desde el punto de vista de su “teatralidad”; considerará en ella si tiene tales o cuales “efectos”, si está bien o mal “construída”, y aquí entran las divergencias entre el teatro bello — que es el que a larga perdura — y el teatro de público, que es el efímero y pasajero”.

Las obras teatrales de escritores más o menos consagrados fracasados entre nosotros no han caído en el vacío por culpa del gusto soez predominante, ni porque el género sea inferior. Lo que hay es que como las personas van al teatro a distraerse, justo es que exijan diálogos amenos, situaciones claras escritas en el lenguaje cotidiano, popular, no discursos sonoros, conceptuosos, faltas de sinceridad. El autor debe dar la concreción de la vida, de los azares, de aquellos que lo escuchan, estableciendo, como según Merkel deben hacerlo las leyes para justificarse, una adhesión o correspondencia con las ideas y sentimientos que prevalecen en cierto momento en la comunidad.

El mismo Shakespeare con ser un genio ¿ no llegaba hasta halagar al populacho de Londres regocijándolo con el relato de hechicerías de brujas y aparecidos? Además, a poco que espiguemos en el drama histórico o en la comedia de pretendido alto coturno, fácil nos será advertir en el autor un *posseur*; el prurito de mostrarse culto le hace olvidar lo substancial que es hacer pensar, hacer sentir.

El ha pintado por ejemplo, un ambiente pretérito con demasiada relativa verdad. Ha ideado o reconstruido un argumento del tiempo rosista, tan rica en episodios interesantes. Los personajes que intervienen en la obra no piensan y hasta ni hablan de acuerdo con el ambiente en que viven, sino que son tan actuales como nosotros, o más. Allí está reflejado cuando más el momento porque pasa una persona, una familia y el drama histórico debe dar la impresión general, amplia, de toda una época, de toda una colectividad, pues no basta confiar tan sólo en la natural fuerza y variedad de tonos que el tiempo pone sobre las ideas, pasiones y sentimientos de individualidades preteritas que han hecho algún ruido en el mundo.

Todo ello viene a mostrarnos que ser literato distinguido poco importa al teatro, si no se tiene un rayo de imaginación nativa esencial al autor dramático del modo — dice Paul Bourget, que una conformación particular de la oreja o del ojo es menester al músico o al pintor. Según Bourget, imaginar un diálogo es dar un sustituto literario a todas aquellas cosas que no dicen dos personas cuando hablan: el convencimiento recíproco que cada una tiene de la otra con anterioridad al instante en que se encuentran, nociones adquiridas de antemano, impresiones precedentes que harán variar para ambos el efecto de cada palabra.

Sustituyendo todos esos sobrentendidos “se hace sensible la acción recíproca de los dos personajes, exhibiendo de un trazo su actitud, su temperamento, su pasado. Es necesario una fuerza sintética, absolutamente contraria a la fuerza analítica del novelista”.

Imaginado el diálogo implícitamente está imaginada la acción en que se hallan dos personas que hablan y que origina el drama. "Para que dos personas se encuentren y hablen, deben ellas, estar, la una respecto de la otra, en un cierto conflicto o en una cierta armonía. La acción es interesante si los personajes en movimiento se encuentran en una hora interesante de su vida".

Los escritores argentinos que empeñosamente intentaron hacer teatro con el resultado que todos conocemos carecían de imaginación dramática y de lo que el admirable Bourget llama el don de la óptica teatral. Ambas cualidades las poseen en cambio muy abundante algunos autores de breves sainetes y comedias de ambiente, quienes, si bien no tan ilustrados como aquéllos saben empero comunicarnos con sus obras sensaciones de frescura, de sano realismo, de solaz.

Cuando en el teatro se cuentan cosas triviales adornadas con bellos ropajes y se presentan psicologías intensas con caracteres borrosos y vacilantes y pasiones poco vivas, ocurre esto: que la crisis planteada no tiene lugar sino en la imaginación del autor. O lo que es lo mismo, que nos quedamos sin drama.

RICARDO VALERGA.

## LA ANGUSTIA DE LA SOLEDAD

---

En el hondo misterio de mi soledad  
como un paje negro dormita el Silencio...  
Y siento en mis miembros un temblor extraño  
que tiene el perfume de la Eternidad...

— Mi alma que se angustia, sobre el corazón  
degolló los blancos cisnes de Ilusión...

¡ Y el Silencio atisba espectral  
sobre la angustia cruel de mi rosa  
que desh'oja en un temblor mortal  
sus rosas de Bien y de Mal!...

Sobre un hilo tiembla mi corazón  
como una estrella en la inmensidad,  
y la angustia va estirando el hilo  
con la mano de la Eternidad...

Mi pupila se ha llenado de honduras  
y agrandando en el dolor.  
Por el vacío de mi alma,  
flecha con alas, cruza un ruiseñor  
y va dejando su canto de calma  
y de optimismo y de amor...

El buho mismo del Pesimismo  
se ña perdido en la inmensidad.

¡Tenía miedo de mí mismo  
y de mi propia soledad!

A mi pupila en el terror agrandada  
retorna la conformidad,  
y en mi alma angustiada  
florece otra vez mi rosal...

ATILIO GARCÍA MELLID.

Junio de 1920.

## TRANSICIONES

---

En Morón, allá en el modesto hogar de mi morada, apenas, llegando de la común trotera calle, en el zaguán penetro, desde el jardín me invade una onda de perfumes intnsa, sutil y evocadora, que a lo más hondo de mi ser se interna, acariciante.

¿ Será el arrullo de un sueño de armonías ? ¿ Un coro de hosannas que lo viviente entona a lo que crea ? ¿ !Intimo anhelo que a expandirse aspira ?

Y dentro ya en el jardín me maravilla la solícita premura, con que, a los dones del propicio ambiente, corresponden las flores, brindándole a porfía fragancias y límpidos colores... la armónica fusión de antiguos aromas y recientes; y entre tanta belleza me cautiva el aura de gracia y de poesía que, palpitando en el todo cual mágico encanto que infundiera risueña expresión a la vida, genera en mi mente un revoloteo de ideas sugestivas, que en suave gradación la conducen al laberinto del enigma; e intrigado me interrogo: ¿ Es posible que la materia efllore su propio contenido ? ¿ o es la esencia que anima a la materia ? ¿ o una y otra no son sino manifestaciones de otra unidad de múltiples facetas ? o es que, tal vez... ?

Quizá la mente, incitada por la calidez del sentimiento, discernió dudas más hondas; y en la rápida sucesión de ideas sugeridas las unas por las otras, me engolfé, sin desearlo, donde la Esfinge impera, cuya mirada aparentemente irradiante de elocuencia nada concreta en realidad, mas donde, al querer interpretarla, cada uno ve en ella y le atribuye la significación que emana de lo que lleva dentro de sí mismo.

Vagando el pensamiento en lo abstracto y la mirada contemplando el jardín veo llegar por los caminitos, picoteando alimentos, una pareja de torcacitas aquerenciadas, que en su despreocupación parecían satisfechas de hallar, en el misterio del amor, natural y sencilla solución a todos los demás misterios. ¿ Será el Amor la senda que conduce a la Belleza ? Así creo, lo entendió, al fin, deseando rejuvenecer entonces, el clásico y anciano doctor, que todos conocemos.

Simultáneamente se hizo perceptible la llegada de sonidos musicales que, arrullando al sentimiento, sustrajeron la mente del laberinto en que se había desviado y la orientaron hacia el sendero lírico del horizonte poblado de sutiles cuchicheos de ideales sugerídome por las primeras inspiraciones de belleza, de gracia y de poesía.

Irene ejecutaba en el violín...

Hay en su historia argumento para un tema de alto vuelo, pero aquí, en breve paréntesis, daré tan solo pocos detalles.

Un percance vulgar le hizo desfigurar un poco el rostro y perder la vista. El prometido, un caballero de urbana y correcta galantería, sabido que hubo la importancia desastrosa de lo acaecido, aunque visiblemente contrariado, se creyó autorizado para desvincularse de ella. Al serle posible, lo primero que ella interrogó se refirió a él... No tardó en comprender toda la verdad; y al tener la intuición de la magnitud de su desventura si fué grande su dolor, no menos lo fué su entereza de ánimo.

Hay personas, exponentes, quizá, de lo más altos valores morales de que la humanidad ha llegado a posesionarse, a quienes las circunstancias excepcionales dan oportunidad de desplegar la dignidad que atesoran en la grandeza de su alma. Ella es una. Ni un lamento, ni una manifestación de odio; pero una visible evolución se ha operado en sus sentimientos; algo en ella se ha ido acendrando en plenitud; y hoy una serenidad desconcertante transfigura sus manifestaciones espirituales. A pesar de no ver es tan amplio el hór-

zonte que da norma a su criterio! Tamaño dolor ha engendrado tan noble señorío en su gentil y tolerante benevolencia !

En momentos oportunos ejecuta trozos con tal dulzura y claridad en el timbre, con un ensimismamiento tan elocuente entre su personalidad y su música !

Suele animar con vibración tan sentida y calurosa a los temas melancólicos, e infundir tal amplitud creadora en la armonía, que al escucharla sospecho el secreto de su serenidad : su naturaleza, cual arrullo maternal, ha hallado el cauce en que transfigurarse y verterse.

Ella era la que, en ese instante, inadvertidamente para mí, había comenzado a ejecutar un tema; y quizá era de ella de donde emanaba aquella gracia poética difundida en el jardín, que me había tan gratamente afectado al entrar.

El tema se insinuaba con un trémolo a la sordina. Los giros musicales simulaban tímidos aleteos íntimos que pugnarán por asomarse a la vida y temieran a la vez; al mismo tiempo en la gama de matices fluían los motivos de indecisión y de esperanza; tras ellos seguían otros (ya no a la sordina) de paulatina afirmación, indicando el pase de lo melódico a lo sinfónico, de lo sentido a lo pensado, de la duda a la resolución, y por fin, como en un himno triunfal un majestuoso armonizar, amalgamando ambos motivos del sentimiento y de la mente en un moderado "crescendo" de apoteosis.

Mi ánimo se plegaba ya en recogimiento agradecido a las caricias envolventes y mi atención se aprestaba, intuyendo por lo nutrido del tema la amplitud del desarrollo, cuando he aquí que a un aldabonazo en la puerta de calle sigue la voz de mi amigo alterada por la vehemencia, que sin percibir nada grita más que me dice: Dichoso de ti; envidio tu tranquilidad. (Desentonaba tan crudamente todo esto que la música cesó al momento).

Y él, incontenible, si ver ni oír nada, se allegó a mí, continuando: Perdóname si he venido a turbar tu sosiego, pero la desesperación me conduce aquí; escúchame...

Omito narrar su descripción patética de afecto, de amor desventurado, de esperanzas frustradas, etc... Quizá no disimulaba yo la contrariedad que me embargaba, mezcla de disgusto por su llegada intempestiva y de placer por verle, pues que él prosiguió: Agradezco tu amabilidad y tus consejos, pero te aseguro que me encuentro incapacitado para producir nada; a mi que... me parece un absurdo pretender convertir esta pasión en un motivo de comedia; y sospecho que los autores que citabas al escribir sus obras sintieron más admiración por sus heroínas, u otros sentimientos, que verdadero amor.

Parece que mi amigo no ha tenido la oportunidad de observar que los seres inferiores son los que más se aferran y adaptan a la vida tal como las circunstancias la deparan, en tanto que otros, probablemente de personalidad moral más compleja, ante circunstancias desfavorables, acrisolan los tormentos e inquietudes de su sensibilidad, disciplinan su voluntad; y al crear formas ideales, objetivar y definir sentimientos que palpitan indefinidos en los demás se convierten en heraldos de lo que hay de más excelsó en la raza humana; otras veces, más modestos, engarzan en una joya de común apariencia una pequeña perla de homenaje. Además, para sentir inspiración y tener voluntad de producir es menester ser sensible a los problemas, miserias y triunfos que se agitan en torno nuestro.

Abrió, mi amigo, su corazón con un lenguaje espontáneo y conmovido tan rico de emoción, con una expresión tan respetuosa y digna, con tanta calidez de tierno afecto impregnado de desconsuelo que no pude menos que decirle: pero hombre, si ella te viera y oyera así quizá su corazón no permaneciera insensible; a ella no a mí, debieras hablar en esa forma, pues que del trato y conocimiento mutuo nace el amor.

(Así le dije sin lealtad a mi propia opinión, pues para mí, las personas cultas nacidas para amarse, si no intervienen extraños factores, sienten la mutua atracción de sus sen-

timientos en cuanto hayan hecho algún intercambio de ideas y quizá tan solo de miradas; todo lo demás es relativo).

Ante tal ocurrencia mía me dirigió la mirada iluminada de esperanza; se agolparon ideas en su frente; iba a hablar, se contuvo, sonrojó, miró a lo lejos y suspiró.

Comprendí que algo se reservaba.

Al hacerle algunas observaciones llegamos casi a disputar: ¿Quién es capaz de concordar con un enamorado, a menos de halagarle la pasión?

La despedida fué cordial, pero en la íntima tristeza que se reflejó en su mirada creí comprender que no le había sido útil, antes bien parecía que su desconuelo se hubiese acrecido.

Habiéndole acompañado un corto trecho, al regresar yo ambulé hacia el jardín, preocupado y con un dejo de ansiedad, quizá con la secreta idea de que continuara aquello que la llegada del amigo había truncado.

A pesar de mi distinto estado de ánimo debí sentir esa esperanza, porque al observar en torno me chocó el aspecto casi desconocido del jardín. Parecía como si en el intervalo gnomo traviesos y joviales se hubieran entretenido en cambiarle la apariencia. Aquella aura de gracia poética, que infundía tanta expresión a la belleza y que al entrar me había cautivado, ahora había sido ahuyentada y su lugar era sustituido por una expresión de lucha tenaz que me produjo una extraña sensación.

Cada rama, hoja o flor cobraba más nítida realidad, despojada de todo idealismo y hasta en oposición a él. Imaginé ver como si el dinamismo cósmico, inspirado por no se que poderosa voluntad, infundiera en las células vegetales un soplo animador que las personificara en gnómicas figuras, sonrientes entre burlones e irónicos, por mi estupefacción; y creí oír: La vida es el producto de factores, que la hacen posible; todo lo que respira, toda la materia organizada puja para perpetuarse; hay una lucha implacable entre lo que vive y el ambiente, en que al lado de lo que triunfa está lo que sucumbe; y hasta la hermosura de las formas no es sino una mejor adap-

tación al medio. Hay conciencia, inteligencia, intuición y otros atributos y cualidades donde haya órgano que luche por sustentarse y sustentarlas; y la actividad depende de su dinamismo y organización.

¿Es el órgano que hace la función o es ésta la que modela al órgano? me preguntaba a mí mismo, y me disponía a replicar a lo otro con argumentos de la "Evolución creadora", pero signándome silencio prosiguieron:

Lo que en nosotros es lucha con el medio, en Vds., seres de mayores aptitudes, se traduce además, en lucha entre ustedes mismos, en la cual no triunfan, por lo general, en la vida práctica, los mejores para la civilización, sino los más rapaces, carentes de cualidades para estimar lo "divino" que hay dentro de lo humano, escudando la mezquindad de su proceder en las imperfecciones de la sociedad y en "así es el mundo"; y cuando a la mayoría de los hombres durante la gestación de la experiencia diaria, se les han aplacado los más nobles y generosos sentimientos, les queda aún el egoísmo como aliciente de la vida.

La ironía era intensa; y yo notaba que aquel dejo de ansiedad y preocupación con que regresé al jardín aumentaba de tristeza.

Ellos continuaron con un tono firme y benevolente: Los grandes pensadores, que habiendo sentido ampliamente la sinfonía del dolor humano y del mayor de todos: la Muerte, y que por esa causa se han inclinado al pesimismo no han penetrado, guiados por la pequeñez del individuo, toda la amplitud de belleza humana abarcada en ese misterio. Gracias a ella es posible la evolución; gracias a la muerte impera en las criaturas, incensantemente renovadas, la plasticidad que nutre de savia y hace mantener enhiesta a la clásica antorcha siempre encendida, que las generaciones corriendo una en pos de otra se van cediendo sin detener la marcha hacia el ideal de los más altos valores que dignifican la raza humana y embellecen la vida.

Esto último lo dijeron los gnomos con un tono amigable y hasta nostálgico, cual si, hallando la explicación satisfactoria de las imperfecciones anhelaran pertenecer a nuestra especie.

La gravedad y trascendencia de lo discurrido con apariencia casi festiva hizo que, recapitulando, elevara a lo alto la mirada. El espacio etéreo y profundo brillaba con una claridad azulina, inmaculada. La infinidad de astros que lo pueblan, haciendo en ciertas noches el efecto de un fantástico enjambre luminoso, parecían ahora alejados, eclipsados por la luz del sol. Cuántas incógnitas aquí y allá, me dije; y rememoré la posibilidad de que la adquisición del órgano psíquico, su cualidad, y la evolución biogenética de la inteligencia guarden relación no sólo con el crecimiento energético de la especie, sino también con factores químico-dinámicos, que intervienen, por el equilibrio intersidereal, en la evolución del ambiente cósmico; y en un ligero recorrido del esfuerzo realizado desde hace largo tiempo por la razón, en su necesidad de orientarse y dar una satisfactoria explicación de tantos misterios, me pareció posible que estuvieran en lo cierto los que confían en que sea la Astronomía, esa ciencia tan antigua y que, no obstante, por la magnitud y complejidad de los factores y fenómenos que le incumbe estudiar, se halla aún en los comienzos de su desarrollo, que sea ella ayudada por la Física y otras ciencias, la que aporte nuevos elementos de juicio, que concordando con los de la Biología establezcan un equilibrio para el pensamiento, abriendo entonces un más firme y amplio cauce a la Filosofía.

Al volver a mirar al jardín, en actitud de platicar estas últimas reflexiones, me hallé con que todo había vuelto a la condición en que la generalidad solemos verlo por lo común; y entonces mi estado y las sucesivas impresiones tan distintas que en breve intervalo me habían afectado hicieronme sentir desorientado en una sensación de soledad; y humilde me alejé de allí, como aquel que ante lo infinito de lo arcano pliega sumiso las alas.

NICOLÁS JULIANO.

Junio de 1920.

## ALUCINACIONES

---

En las noches largas de negros presagios  
Cuando el vaho estuoso del aire sofoca  
Y llora en las frondas su plegaria loca  
El rabioso Eolo de amargos contagios;

Quando las nictálopes visitan mi puerta  
Poblando las sombras de místios graznidos  
Y sus aleteos hieren mis oídos  
Acreciendo el miedo de la noche muerta.

El angel divino de cabellos de oro  
Que fuera en la tierra mi sueño suicida,  
Con el mismo llanto que lloró en la vida  
Me incita hacia el limbo del mundo que ignoro

Quando la mirada de mis ojos vagos  
En el cuarto oscuro busca los rincones  
Y caigo en las ondas alucinaciones  
Que en mi sér anuncian fatales estragos;

Quando el perro aúlla su angustia agorera  
Y gimen tristísimas las casuarinas,  
Un coro macabro de brujas felinas  
Sarcásticas ríen en mi cabecera.

Quando de las nieblas llantos y suspiros  
La hora sacrílega me tornan presente.

Por mi alma enferma, por mi nívea frente,  
Como aladas sombras cruzan los vampiros;

Entonces la forma terrena, diluída,  
Fijando en mis ojos su mirada seca,  
Con la displicencia que ahonda la mueca  
Le dice a mi loca pasión: ¡ Fementida !

Yo sé de tus besos perjuros y crueles,  
Yo sé de tu ciencia de amor y olvido,  
Yo sé que jamás por mi mal has sufrido,  
Tus lágrimas todas me fueron infieles.

En tanto las sílfides glosando el momento  
En que me visitan espíritus malos,  
Dicen con la nube letal de mis halos  
Ser negros fantasmas del remordimiento.

J. CORREA YONZON.

## SECCION HISTORIA

# MANUEL BELGRANO <sup>(1)</sup>

Una agradable exigencia del señor Decano, me obliga a evocaros la memoria, en el centenario de su muerte, del bachiller en leyes de la Universidad y Abogado de la cancillería de Valladolid, general de los ejércitos de la patria, don Manuel Belgrano y Gonzalez.

No desconozco que el momento es inoportuno para la comprensión y el juicio sereno de su personalidad, la que difícilmente, podrá ofrecerse perfilada con nitidez y justicia, cuando se entonan himnos laudatorios.

No obstante, aspiro imponer una norma a mi pensamiento; mantenerlo, en lo posible, alejado de la influencia perturbadora del ambiente y ofrendar a la penetración de los que me escuchan, lo que he logrado estimar como representativo en esta personalidad, contemplando su esencia, hasta donde me lo permitan los elementos con que se cuenta.

El criterio valorador se perturba cuando intervienen sentimientos casi desprovistos de la razón serena. El juicio histórico, es concepto, en el que entra la fantasía, o mejor dicho, la intuición artística, para enunciarlo en forma deliciosa y variada.

En todo estudio biográfico se persigue, como objetivo principal, la determinación de la influencia que alcanzó el hombre sobre su época, y hasta donde ésta lo absorbió, identificándolo con sus características.

---

(1) Fragmentos de la conmemoración realizada en la Facultad de Filosofía y Letras, el de junio de 1920, en cumplimiento de una resolución de la Universidad.

Belgrano, nació en la ciudad de Buenos Aires, el 3 de Junio de 1770.

Expiró en su lugar natal el 20 del mismo mes, del año 1820.

Sus padres, fueron el ligurino don Domingo Belgrano Pericuyo alias de Pérez, sospecho no fué sólo por conveniencias de fonética—, y la criolla doña Josefa González. Vivió célibe toda su vida, pero la carencia de vástagos legítimos, no excluyó que con su hija natural, Manuela Mónica, habida en vísperas de su desaparición, rindiera homenaje a la paternidad, cual si fuese un arrepentimiento, análogo al que confiesa el incrédulo, por medio de la extrema-unción, al Dios que jamás ha venerado.

Los 50 años que forman el ciclo histórico en que transcurrió su vida, abarcan la época en que se desenvolvió por entero un estado político y social nuestro; toda la organización virreinal y su desbarajuste completo.

.....

Belgrano, adolescente aun, se aventaja en su numerosa familia y en su medio. Contaba apenas 16 años, cuando emprende la trimestral e insegura travesía del océano, a fin de proseguir sus estudios en la madre patria.

Este criollo, venido de los más apartados dominios, de aspecto simpático, de ojos y cabellos negros, ansioso de saber y con el punto de honor firme para abonar la confianza de sus padres, no levanta una sola resistencia.

Cuidar su conducta, fué norma de toda su vida. Confiesa en su autobiografía, que su ideal consistió siempre en conservar el buen nombre “que desde mis tiernos años logré en Europa,— nos asevera—con la gente con quienes tuve el honor de tratar, cuando contaba con una libertad indefinida, entregado a mí mismo, a distancia de dos mil leguas de mis padres, y tenía cuanto necesitaba para satisfacer mis caprichos”.

.....

Fácil es adivinar cómo Belgrano no debía sentir delectación con el elemento que formaba la mediocracia de los comerciantes. Españoles casi todos ellos, en su nacimiento fincaban el culto a sí mismos; suficientes en su saber, se sentían seguros de su

competencia, apuntalada con lo que podían piratearle al licenciado secretario, aparentando así, aventajados entre sus afines de profesión. Utilizaban en los debates, que generalmente eran de intereses particulares, la ilustración que pródigo, y lleno de ingenuidad, rasgo esencial de su vida, él les brindaba. Sin embargo, en el fondo, y aunque nacido de una familia de comerciantes, de gran posición pecuniaria en un momento, despreciaba a los ricos. Perdúrale este sentimiento toda su vida, según puede constatarse en 1812, cuando expresa que “siempre los ricos han sido egoístas y son tan raros los que no lo son como el ave Fénix”.

Tocóle, pues, actuar en una sociedad donde hasta para cimentar la familia, el cálculo y el regateo desalojaban al amor; y así es como el hombre, traspuestos los 40 inviernos, a menudo con un descuento equiparable a sus intereses, negociaba su vejez en cambio de las 18 ó 20 primaveras de la futura esposa inexpiente de la vida.

.....

Vivió, el Correo de Comercio, en un momento cambiante de nuestra historia; asomó a la publicidad, cuando se urdía el movimiento que estalló en Mayo, y esparció las últimas letras de molde, unos meses después, cuando el editor, como modestamente se llamaba entonces al que dirigía, no pensaba volver a las labores burocráticas, absorbido por la acción militar en los campos de batalla de la emancipación.

Este periódico representa la última obra esencialmente civil de Belgrano; la despedida al sosiego de la capital, con sus peligros y sus glorias, para identificarse con su porvenir, porque de sus aciertos o de sus equivocaciones, dependía la existencia o el fracaso de la tentativa por cimentar una patria.

.....

La cultura, que penetrará en todos los órdenes sociales, debe ser útil, nótese bien el concepto del economista, bajo todas sus manifestaciones. Con ella, progresarán las artes y las ciencias, porque nunca debe emprenderse “una ocupación sino por principios y no entrar a ella por imitación y rutina... estable-

cidas por la misma ignorancia". La tendencia didáctica se acentúa, en las variadas nociones que divulga, que comprenden desde el modesto consejo para conseguir buena fruta y temprana, hasta las arriesgadas enunciaciones de las partes de la filosofía, o las novedosas maneras, sin alusión, por cierto, al estilo de algunos poetas que suspiraban en sus páginas; de preparar el "extracto gomoso de opio".

Y por fin, en calidad de suplemento a tantos primores para los singulares abonados, se alza en punta de pies, no por lo alada sino por lo pretenciosa, la poesía, en forma de oda, de poema o de sátira, seguida de cerca por la propaganda de la música, "ese consuelo de las almas que hace olvidar las penalidades que rodean la vida", aún en una sociedad burguesa que promiscúa con la proletaria, y que al salir de los sacudimientos de las invasiones inglesas, ensayaba el preludio de la revolución social y política.

La medicina y las ciencias naturales, ocupaban un espacio, narrándonos casos clínicos de enfermos mordidos por los perros rabiosos, o describiéndonos los reinos de la naturaleza, apoyados de vez en cuando en Erasmo Darwin, cual nos lo prueba la nota que, cautelosa, asoma al pie de una de sus páginas.

Pero entre tanta dosis de sentido común y de consejos didácticos, lo que nos atrae más, considerada la orientación de los que frecuentamos esta casa, son los artículos consagrados a la filosofía y a los suspiros poéticos.

La lógica, que hasta ese momento, según expresa el autor del trabajo, con varios *continuará*, había enseñado más a porfiar que a imponer el raciocinio, no debía caer en el ridículo de si se dividía en docente o en utente, especulativa o práctica; la metafísica, con su distinción en grados, se esterilizaba en conceptos sobre lo real, lo virtual o la razón. No era más plausible, saber, si las sensaciones son "pensamientos o conocimientos" y si la esencia de las cosas puede ser objeto de la idea. Todo ello, es infecundo, y solo lograremos comprender que existe el arte de raciocinar si nos inspiramos en Condillac.

Reconózcase la importancia de la Física, de la Metafísica, y la necesidad de la Religión; pero no se justifique la persistencia de la escolástica.

La poesía, usando una expresión vulgar, si no brotó a raudales de los contados versificadores de la época, no dejó, sin embargo de llamar la atención. La luna, en estrofas que traducen un largo trato, padece el mensaje poético de un atrevido vate que le manda se detenga para escuchar su pena y no la importuna

Voz del buho; del cisne la agonía,  
De la parlera rana la aspereza  
Ni el ladrido del can.

Pero tanta pretensión del trovador, que, por las iniciales debió ser Prego de Oliver, aquel de quien Groussac dijera ser "el más inspirado administrador de rentas del virreinato", y J. M. Gutiérrez, más benévolo, el Herrera de estos pagos, sube de punto cuando se enfrenta al otrora sexo débil, con la Sátira al amor de aquella con quien lamentarse es en

..... vano

Su suspirar, sus sollozos, sus besos  
son su mercancía, y sólo al oro  
abre la puerta, como Danae a Jobe.

Alternan con las composiciones de Prego y Oliver, una que otra de Vicente López, el cual para no desentonar con la orientación del periódico, en una oda de corte clásico, alaba la vida del labrador, con todo el estro de que es capaz quien solo conocía la apariencia de las bellezas campestres y su encantadora placidez, salsa que jamás falta en las estrofas de tales producciones.

Completa el cuadro de las bellas artes, la vocación musical de la época. La apertura de una academia en 1810, hace exclamar de entusiasmo; y ¡ay! síntoma traidor de la exigencia modesta en esta forma pura del arte; la pluma del noticiero destila

elogios para su director, “particularmente por el gusto con que toca la flauta, que es su instrumento principal, sin embargo de que posee el clarinete, fagot y actovín”, que aun no podían ser ejecutados por carecer el público melómano de “aquellos fundamentos los más precisos”.

Una sociedad, que apenas podía gustar de los solos de flauta, le era vedada, la comprensión del clarinete o el octavín, cuando en Europa florecían genios como Beethóven, quien siete años antes daba a luz la heroica, se comprende que resulte elogioso el concepto de Groussac sobre Buenos Aires, al suponer que “recibía después de sesenta días, la ola tarda y débil de la civilización europea”. Pero pronto se iniciaría la transformación de la vida histórica, y todo el viento de los instrumentos sería débil comparado con el huracán que sacudiría las instituciones coloniales.

.....

Propensos “al culto al coraje”, como diría uno de nuestros escritores, el doctor García, nuestra historia se orientó hacia la narración del episodio militar. Nosotros, más pacifistas, omitiremos evocar la carga de caballería o la descripción del movimiento de flanqueo. El personaje, se impone a nuestro juicio, sobre todo por su valor moral. No tuvo las complicaciones de los espíritus contradictorios, ni salpican su carrera los episodios inconfesables de los deshonestos.

Belgrano tenía la conciencia perfecta del deber; se entregaba por entero a la obra que se le encomendara; he aquí el cuadro de su personalidad moral, ya sea que se le considere como civil, en el Consulado, o como militar, en los campos de batalla.

Cuando al frente del ejército de Alto Perú, en 1812, comprende que la cohesión de las fuerzas desaparece y que todo está desquiciado: los oficiales sin aptitudes, las tropas constantemente al borde de la desertión, los pueblos hostiles, y por fin, la angustia y el desprecio por los vencidos, él, sin embargo, evidencia un carácter lleno de obstinación y de firmeza. Y por encima de los desalientos del momento, se yergue vigoroso, abroquelado en su ideal, y con una mezcla de desesperación y de

energía, escribe al triunvirato: “Yo quisiera hacer prodigios por la patria, por V. E. y por el honor de las armas”. Sabía conservar su puesto con el *sacrificio*. Cuando en Tucumán encontró espíritu público propicio, y aunque lleno de dudas, se detuvo en su retroceso. Así también salvó la revolución, explotando el sentimiento lugareño de los habitantes para la defensa.

Fué en la vida militar, bondadoso como un padre y severo como Catón; tan poco dotado de aptitudes para concebir planes militares, como lleno de coraje y de serenidad en el desastre.

.....

De sus abundantes comunicaciones al gobierno, pueden extraerse una serie de disposiciones que traduce su eficaz tarea como jefe.

Predica e impone a sus tropas, la observancia de una conducta digna de la misión de libertar a los pueblos, que se resisten a “ser tratados con más bajeza que por los antiguos agentes del despotismo español”.

A los oficiales sindicados de robos, se les separa de inmediato, y al resto, le inculca el sentimiento del deber, pues, “que gloria sería para el ejército y la Nación exclamar, que ningún caballero oficial diese motivo para ninguna clase de arresto, porque el valor del ejército está en el oficial, y todo se vence cuando los oficiales se empeñan en cumplir su obligación”.

En un comienzo, era habitual en la tropa, como dije, la deserción, el robo y la vida licenciosa.

Muchos de los hombres, se unían a las fuerzas, en calidad de soldados, mientras no salieran del territorio de la provincia, porque el sentido de la nacionalidad todavía era rudimentario. Y así constata, en 1812, que si se retira, más allá de Tucumán, las tropas de Jujuy, Salta, Santiago del Estero, y de la ciudad mencionada, que eran las más numerosas, lo abandonarían.

Tutela el bienestar de la población civil, mediante penas severas a sus soldados e inculca la subordinación de los oficiales a sus órdenes, con castigos ejemplares, sean ellos distinguidos como el barón de Holmberg, o de relativo valor como aquel señor capitán de artillería, que ni siquiera menciona, aunque pertenecía a los “veteranos antiguos, con sus ribetes, de orgullo

y de los que dicen ¿que para qué les han enseñado los derechos del hombre? y que llaman despotismo al orden de la milicia”. El entredicho con Holmberg, le afectó sinceramente; pero no titubeó en arrestarlo por insubordinación a pesar de su “celo, constancia y luces que no son vulgares entre nosotros; ha sido incesante en su contracción—agregaba—y confieso que le amo por estas cualidades. . . pero su genio vivísimo es tan precipitado que con este castigo, jamás gustará servir en este ejército”. Este rasgo, revela su sensibilidad, porque el barón de Holmberg continuó a sus órdenes.

Reprimió los robos, que se cometían tanto en los caudales como en el patrimonio de los habitantes. Y con justicia, al fin de su carrera militar, pudo aseverar que en sus ejércitos los había desterrado para siempre.

Moralizó la vida de sus oficiales y de su tropa, que por la situación de fuerza olvidaban a menudo el respeto a los hogares.

Prohíbe reunión de mujeres alrededor de los cuarteles, para evitar contubernios con sus soldados, a quienes hasta les estaba vedado frecuentar las pulperías.

Morigera las costumbres de los oficiales que se llamaban a cuartel “con escándalo, a las 2 y 3 de la mañana y aun a la mañana”, imponiéndoles el severo horario, de las once de la noche, por ser “suficientemente tiempo dedicado a las sociedades decentes y a las que es únicamente a donde deben asistir”. Así veía por la salud del cuerpo y por la salvación del alma de tanto tenorio robador de honras, guardadas en ranchos de adobe o de paja, y que echaba a menos no poseer, en las vigiliás estivales tucumanas, el ascetismo de su jefe.

Si penetramos más en lo íntimo de su conducta, hallaremos que no cultivó, estos méritos como una vanidad, sino como una inclinación que mantuvo inflexible hasta el término de su vida. Y estos rasgos son más relevantes en las épocas revolucionarias, donde el ansia de figurar es lo que más aparece en los hombres.

Su fórmula, fué un dique a muchas ambiciones injustas; de ahí su lucha por la independencia en la organización colonial. Se sobrepuso a las pasiones y no compartió los odios de sus contemporáneos.

Que Belgrano estuviera dotado de una gran serenidad, aun en los momentos de más peligro, se comprueba hasta en los menores detalles de su existencia. El estilo de su prosa, el lenguaje de sus proclamas y el tono de sus notas al gobierno, en el momento en que la forma gerundiana y la abundancia del epíteto se prodigaba en todos los documentos oficiales, traducen junto con sus actos, la serena convicción en el ideal.

No puede afirmarse que Belgrano careciera de idea nacional; para probarlo, bastaría el símbolo que nos legara en la bandera.

La vida de San Francisco de Asis, como dice Renán, fué “un acceso de encantadora locura, de perpetua embriaguez de amor divino”; aunque no idéntica, la vida de Belgrano, fué una conjunción de bondad, de altruismo, de devoción y de culto por la rectitud. Prodigio de modestia, como dijera, no escuchó los halagos traidores de la vanidad ni los acollonamientos del fracaso.

Vencido físicamente, lleno de unción cristiana, en un momento de lucidez, al ver que se le escapaba la vida, balbucearía las últimas palabras inteligibles, aceptando la muerte como un don de Dios; y mientras su mirada se extinguía hundiéndose en las tinieblas del misterio infinito.

Dió el alma a quién se la dió  
El mal le ponga en el cielo  
Y en su gloria,  
Y aunque la vida murió  
Nos dejó harto consuelo  
Su memoria.

Dediquemos, señores, este instante que nos congrega, a uno de los mejores argentinos de nuestro breve pasado.

EMILIO RAVIGNANI.

---

---

## MÁS ENSEÑANZA Y MENOS EXAMENES

No hace menos de treinta años que los resultados de la segunda enseñanza en nuestro país motivan críticas acerbas, y estas críticas, cada año, siguen un proceso constante de aumento. Se afirma categóricamente que el Colegio Nacional ha fracasado y que los que egresan de sus aulas acusan cada vez menor preparación. Con el propósito de remediar el mal, repetidas veces se han introducido modificaciones en el plan de estudios, en los programas y aún en el reglamento. Pero no hace menos de treinta años que las cátedras comenzaron a esgrimirse como instrumentos de política y este factor llegó a predominar en tal forma, que los ministros más bien intencionados no pudieron sustraerse del todo a su poderosa presión y otros cedieron por completo, recayendo los nombramientos, en un porcentaje muy elevado, en sujetos osados, convertidos en profesores por el decreto del nombramiento, profesores sin el menor concepto de su misión, y, muchas veces, sin poseer siquiera la necesaria preparación en la materia que debían enseñar. En el mejor de los casos, para este género de profesores, es decir, que conozcan la asignatura a su cargo, claro se echa de ver que lo más que conseguirán será instruir a sus alumnos, pero no educarlos, tomando a este vocablo en su acepción pedagógica. De este modo, lo más grave, no reside en la deficiente instrucción de los egresados, que es el punto de mira de las críticas, sino en su ineducación o en su mala educación intelectual. Y nada diré de la educación moral de los mismos que, justamente, en el período más delicado de la evolución psicológica individual, durante toda

la pubertad, estará a cargo de sujetos que cometen la inmoralidad de ocupar un puesto para el que no están habilitados y cuyos alumnos a diario la comentan. Cometida la inmoralidad inicial de la aceptación de la cátedra, que da la medida del sujeto, lo demás lógicamente se infiere; la cháchara, la simulación, las iras, las venganzas, las faltas de asistencia, la falta de puntualidad, los favoritismos, la despreocupación, el desgano, etcétera. etc.

Los técnicos, encargados por los ministros, de introducir las modificaciones al plan, a los programas y a los reglamentos, han sabido perfectamente bien dónde residía el mal, pero impotentes para atacar la causa con eficacia, han tratado de reducir en lo posible los efectos, y de ahí que el sistema, más que a los alumnos, ha tratado de evitar las consecuencias de los malos profesores. Hemos llegado así a crear una organización, más para los profesores, que para los discípulos. Pero este sistema, si se cree más o menos eficaz para el mal profesor, resulta muy molesto y absurdo para los buenos, y pésimo para el alumno que debe soportar al profesor incapaz y al sistema que motiva su presencia en el profesorado.

Pero hay más; este mal sistema que se originó del mal profesor, ha fructificado hace tiempo en los alumnos de tal modo que las modificaciones sucesivas han tratado de corregir no sólo al mal profesor, sino también a los malos alumnos. Así es como todo se ha hecho a base de pesimismo, a base de que existe fraude, simulación, mentira, adulación y mil defectos más, sin échar de ver que estos defectos, en los alumnos, nacen del sistema mismo, que es el sistema el que los impone a los efectos del triunfo, que tenemos un sistema que conduce directamente a la inmoralidad. Si esto no fuese así, tendríamos que creer que la enorme masa estudiantil está constituida por amoraless o inmorales, es decir, que esto último sería lo normal. Pero, felizmente, la amoralidad y la inmoralidad son anormales, tal cual lo demuestra la población escolar de las escuelas primarias, donde la esfera moral es más reducida, y, por tanto, donde serían más evidentes las manifestaciones. De este modo, el fraude, la simulación, la mentira, la envidia, la adulación, etc., etc.,

nacen de nuestro sistema, en la enseñanza superior a la primaria.

La educación primaria es indiscutiblemente la que da mejores resultados, porque está en manos de una enorme mayoría de sujetos capaces para el desempeño de sus funciones, y en ella, no existen reglamentos a base de pesimismo. No se supone que el niño trate de mistificar, ni que el maestro procure hacer fraude o simular. Si existen cosas, son excepcionales.

La experiencia demuestra que el sistema en la enseñanza secundaria es malo, y que, a medida que se ha intensificado el contralor, los resultados han sido cada vez peores.

Si el sistema ha nacido del mal profesorado, con el fin de remediar sus efectos, lo que se ha visto y se ve es que no lo consigue, y, por tanto, debe cambiarse, buscarse otro mejor, aunque lo lógico, sería cambiar el profesorado, porque no es razonable pretender buena educación con malos profesores. Pero ¿si ha habido un número tan considerable de malos profesores, persiste aun esa mayoría? Es lo que no sabemos y es necesario saberlo, y aún sería muy fácil saberlo.

Hubo un tiempo en que la bondad del sistema de promociones se medía por el número de reprobados y aplazados: cuanto más aplazados y reprobados, mejor. Era curioso y extraordinario eso de medir la bondad de un sistema por los resultados negativos, y, sin embargo, se consideraba muy bien y se ha prolongado hasta el presente.

Yo no soy pesimista, sí creo que ha habido una gran mayoría de malos profesores, creo que hoy no llega a tanto y que, el mayor defecto, está en nuestro sistema, que tiende a formar, no solo malos alumnos, sino también malos profesores, entorpeciendo su acción, matando su espontaneidad, rebajando su afectividad por la enseñanza, etc., etc.

Veamos en qué me fundo para sostener que el sistema de clasificaciones y de promoción, que es lo único que trataré por ahora, es malo:

1.º El sistema actual sacrifica al contralor un tiempo precioso que debería dedicarse a la enseñanza.

En efecto, examinamos mucho más que lo que enseñamos. Si la enseñanza fuera medible por metros, diría que, cuando enseñamos por valor de un decímetro, examinamos por valor de un metro.

Tomaré especialmente el reglamento en las escuelas normales, por actuar más en ellas. El de los colegios nacionales difiere en la *calificación del concepto* y algunos detalles más, que no modifican el fondo del sistema.

Nuestro sistema exigía, por lo menos, una clasificación mensual. Con muchísimo acierto, se ha modificado haciéndola bimensual; pero eso no basta.

La clasificación bimensual impone la preocupación del profesor de llenar la ineludible disposición reglamentaria y el apuro consiguiente, con perjuicio de la enseñanza. En cursos poco numerosos (que no excedan de 20 alumnos) tal exigencia puede cumplirse bien, pero tratándose de 40 o más, resulta:

Si la materia tiene asignadas cuatro horas semanales, y el profesor llama una sola vez a cada alumno a razón de 10 minutos por alumno, empleará 10 clases de las 32 en clasificar, es decir, casi la tercera parte, y habrá empleado la forma interrogativa, una de las más estériles a los efectos de la educación, y de las más monótonas y aburridas. Si tiene tres horas semanales, empleará casi la mitad ( $\frac{5}{12}$ ); si tiene dos, más de la mitad ( $\frac{5}{8}$ ).

El profesor se habrá convertido en un tomador de lecciones. ¿Cómo puede ser buen profesor un tomador de lecciones? Lo más interesante del profesor, la trasmisión de su mentalidad, de su porqué en general, se ha sacrificado a la obtención de un número que, en realidad, está midiendo cosas que no pueden valorarse numéricamente y que, como se las mide numéricamente, trae esto el falso concepto de que se está en la verdad.

Pero preguntar una sola vez, para apreciar el valor del alumno, es sencillamente ridículo, y si quiere preguntar dos, no tiene tiempo. El alumno en cambio recurre a cálculos, para acertar más o menos, con el día en que será interrogado y preparar-

se ese día. Se le induce al fraude, a la simulación, a la mentira, y si lo consigue, lo que ocurre casi siempre, juzga su inmoralidad como una gracia; en todo caso, se defiende.

2.º Si opta por abandonar ese sistema que le sustrae un tiempo tan grande, y prefiere clasificar por preguntas sueltas en cada clase, no podrá formar un juicio suficiente, como para cargar con la responsabilidad de clasificar, dada la trascendencia que tiene, para el alumno, la clasificación. Tendrá que hacerlo más o menos a ojo de buen cubero, lo que atenta contra la disciplina, y mata en los discípulos, la afectividad por la materia, etc., etc.

3.º Si a los efectos de ganar tiempo, prefiere dar lecciones escritas y clasificarlas, tendrá que hacerlo varias veces en el bimestre y se embrutecerá corrigiendo composiciones. Este trabajo abrumador, hará que el profesor pierda, poco a poco, su afectividad por la enseñanza, sin contar con que este sistema favorece enormemente a los que tienen facilidad para redactar y perjudicar a los que no la tienen.

4.º El alumno trabaja por la clasificación. Es lo lógico y lo normal, puesto que se valora su trabajo con clasificaciones y éstas son las que determinan la promoción. Se dice que es vergonzoso que el alumno estudie por la clasificación, sin darse cuenta que el mismo razonamiento podría hacerse para cualquier actividad, enrostrándole al sujeto que trabaja por la remuneración. La clasificación es al estudiante, lo que el peso moneda nacional es al obrero. Quitense las clasificaciones y se acabará el interés por ellas; el aprovechamiento de la enseñanza ocupará el primer plano, si se promueve por el aprovechamiento y no por el promedio de clasificaciones.

5.º El sistema de clasificaciones mensuales, bimensuales, trimestrales, trae como consecuencia un marco sumamente monótono en la marcha de la enseñanza, siendo naturalmente peor el sistema mensual que el trimestral, en razón de que los inconvenientes se hacen más agudos. Por lo demás habitúa al alumno a que, permítaseme la frase, tengan que estarlo picaneando para que estudie. No estudia sino por una obligación penosa, para que no lo pillen en falta y lo castiguen con una baja clasificación.

6.º El profesor se convierte para el alumno en un fiscal, en un pesquiza, casi en un enemigo, cuando no en un enemigo, alerta siempre para sorprenderlo en falta y a quien hay que engañar o despiSTAR.

El sistema de clasificar aleja al profesor del estudiante; lejos de despertar afectividad positiva entre los últimos por el primero, despierta afectividad negativa.

7.º Como un punto más o menos es de poca importancia para el profesor, e importantísimo para el alumno y como es casi imposible ser realmente justo en la clasificación, porque median valores que no aparecen (el esfuerzo hecho por el alumno, haber estado algo indispuesto el día anterior, haber tenido ocupaciones, no haber tenido ganas de estudiar y no obstante haberlo hecho, tener dificultad ese día para expresarse, haberle ocurrido una amnesia inexplicable y mil cosas más) los alumnos discuten las clasificaciones; se erigen en jueces de sí mismo y no siempre sale bien parada la moralidad del profesor, aun en el caso que éste haya obrado de toda buena fé. Como nadie puede pretender ser infalible, el profesor que se cree más justo, comete muchas injusticias sin querer y los alumnos las discuten, y, desde que esto aparece, decae su autoridad moral.

8.º Cada injusticia deja un profundo sedimento de amargura. El sistema de clasificaciones crea rivalidades, envidias, sentimientos de odio y de venganza. Hay profesores de quienes los alumnos se expresan en términos soeces. Se alimentan bajas pasiones, se cultiva el pesimismo, el descreimiento, y, en vez de preparar optimistas, altruistas, se van gestando víboras.

9.º Los alumnos, establecen distingos entre el profesor reventador y el bueno y aún el demasiado bondadoso o tonto. Por lo demás, es difícil, muy difícil, clasificar la lección o exposición del alumno con prescindencia de sus antecedentes. De ahí que al que tiene fama de distinguido o sobresaliente, ante una lección mediocre, se le favorezca, y éste pueda, durante mucho tiempo, hasta perder la fama, explotar su buen concepto, capital que sigue produciendo intereses, muchas veces sin esfuerzo alguno. Esto, en verdad, no es frecuente, pero tampoco es extraordinario, y bastaría un solo caso, para que los compa-

ñeros se formarían un concepto propio de la que es la justicia en la escuela. En cambio, al que sentó fama de malo difícilmente se le clasificará con 10; le costará un trabajo enorme quebrar el concepto. Las dificultades de ser justo, por poco que se analicen, crecen y se complejizan. Se clasifica ordinariamente a los alumnos, a falta de unidad, con relación a los otros alumnos y el grupo se divide en sobresalientes, distinguidos, buenos, regulares y malos. Si en el curso hay uno o dos alumnos talentosos, rebajarán el nivel de los demás, que no tienen la culpa de no ser talentosos. Es muy fácil ser buen alumno y sacar 10, en un curso de regulares o malos; es muy difícil en un grupo de buenos. De ahí que un alumno distinguido de tercer año, por ejemplo, en 1918, resultaría mediocre, si hubiese cursado ese año, entre los del grupo de 1919, o viceversa. Si esto ocurre en un mismo colegio, fácil es imaginar lo que ocurrirá, entre alumnos de diferentes colegios. Un alumno distinguido en el colegio A, pide pase el B y allí resulta regular. No es posible un cambio tan repentino, sino, o que el grupo era diferente en su nivel medio, o que los profesores eran generosos en un colegio y taños en el otro.

10. También hay que tener en cuenta que el sistema numérico de clasificar a los alumnos, como lo he manifestado, toma un aspecto de exactitud completamente falso. Se está valorando con números algo que no puede valorarse con números, por lo menos por ahora, es decir, con el grado de adelanto de las ciencias pertinentes. Las clasificaciones de 0 a 10 miden, más o menos, tanto las aptitudes de los alumnos, como medía la Frenología las aptitudes de los individuos, o como los estigmas de la criminalidad determinaban al criminal.

Si las clasificaciones midieran en verdad las aptitudes, resultaría como hecho constante, que los más distinguidos alumnos, deberían ser más tarde los hombres más distinguidos en sus actividades, lo que ni siquiera es general; en cambio, a Zola se le dijo que nunca sería escritor por sus notas en Literatura, y tantos otros casos, que sería largo enumerar.

En todas las materias se clasifica la facilidad de dicción. El alumno con facilidad de lenguaje, sabiendo menos, obtendrá mejor clasificación que el que tiene dificultad, sabiendo más.

De ahí que, en materias que no tienen como fin el cultivo del lenguaje, resulte esto de una injusticia irritante, pero, por eso mismo, es de lo más vulgar. Así resulta frecuentemente favorecido el *macaneador* y que se convierta en una aspiración, para los alumnos, el saber *macanear*.

11. Además, nada es más irracional que el promediar las clasificaciones.

Veamos algunos ejemplos:

El alumno *A* obtiene en el primer semestre 0; en el segundo 10; promedio, 5.

*B* obtiene en el primer semestre 10; en el segundo, 0; promedio, 5.

*C*; en el primer semestre 6; en el segundo, 6; promedio 6.

*D*; en el primer semestre 0; en el segundo 8; promedio, 4. Según el sistema actual *A* y *B*, son iguales; *C*, es superior a todos y *D*, inferior.

Esto, evidentemente, es disparatado: *A* y *B*, son alumnos antitéticos; *A*, es excelente, ascendió de malo a sobresaliente y *B*, es el perfecto inservible, descendió de sobresaliente a malo; *C*, es un mediocre, estacionado, muy inferior a *A*, e inferior a *D*, y este último, es sólo inferior a *A*, siendo superior a *C* y a *B*.

El orden de colocación, por el promedio, es:

Primero, *C*; segundos, *A* y *B*, y tercero, *D*.

Lo justo sería:

Primero, *A*; segundo, *D*; tercero, *C*, y cuarto *B*.

Solo las clasificaciones no se prescriben, las notas actuarán siempre. Esto equivale a promediar los conocimientos de un adulto computando, con relación a la edad viril, los conocimientos que tenía en la infancia, en la adolescencia, en la juventud y en la edad viril. Como Ameghino, por ejemplo, sabía muy poco en la niñez con relación a lo que sabía en la edad adulta. lo clasificaríamos con 1; con 5, en la adolescencia; con 6, en la pubertad, y con 10, en la edad viril, y resultaría con un promedio de 5.50, es decir, sólo llegaría a regular. En materias como

la Matemática si el alumno es capaz de obtener diez en los últimos meses, es porque ha aprendido bien todo lo anterior, y, por tanto, si las clasificaciones correspondientes eran bajas, deben caducar. Y esto debe hacerse extensivo a todas las asignaturas, puesto que las últimas notas, suponen las que corresponden a lecciones de revisión general del programa.

En cambio, si las últimas notas fuesen bajas, indicarían sencillamente que conoce muy poco; y si es aplazado, que no sabe nada, y no habría, pues, porque promediarle todas las notas.

Donde el sistema llega al absurdo evidente, es en el promedio del concepto.

Se califican a los alumnos, según cuatro conceptos: malo, deficiente, bueno y muy bueno.

Veamos algunos casos que se presentan con cierta frecuencia:

El alumno *A*, obtiene malo al principio, muy bueno al último; concepto medio, regular.

*B*, obtiene, muy bueno al principio; malo al último; concepto medio, regular.

*C*, regular y regular; concepto medio, regular.

De este modo *A*, *B* y *C*, son iguales.

Evidentemente:

*A* es un alumno muy bueno, puesto que ha reaccionado y sería más meritorio que nadie; el concepto primero, debe estar prescripto.

*B*, es malo, *se ha echado a perder* y no puede merecer el calificativo de regular, si no asciende del concepto malo al de regular, y *C*, es superior a *B* e inferior a *A*.

Claro se ve que en un sujeto que ha observado en la primera mitad de su vida una vida de crápula, y la segunda mitad, una vida honesta, o aquel que hay sido lo contrario: media vida honesta y la segunda mitad de crápula, nadie dirá de él que es un sujeto regular, nadie le promediará su conducta y se dirá de él que es honesto o crápula de acuerdo con la conducta observada durante los últimos tiempos, porque los primeros están prescriptos.

Y obsérvese que en las reuniones del concepto, son justamente los más malos profesores, aquellos que más uso y abuso hacen del concepto malo o deficiente, porque para los buenos profesores, no hay sino como raras excepciones, faltas de respeto por parte de los alumnos, ni en general, faltas de disciplina; es allí donde los malos profesores toman el desquite, donde vuelcan la bilis acumulada en el bimestre.

De este modo, tanto en el concepto, como en las clasificaciones, son como regla casi constante, los más malos profesores los que se muestran más severos. Con esto creen en su fuero interno realizar dos cosas: al satisfacer su deseo de venganza, hacerse temer de los alumnos y simular, ante todos, sabiduría y rectitud. Pero lo que consiguen es hacerse odiar por sus alumnos, y para los buenos profesores, el expediente es conocido. Hace mucho, podían pasar por competentes, correctos, inflexibles, profesores que todos los años obtienen un 50, un 60 y aún un 80 por ciento de alumnos aplazados en su materia. En tiempos de ceguera, podían pasar tales, hoy no... Un profesor que, como sistema, obtenga un promedio de aplazados superior a la mitad del curso es un pésimo profesor que, ante ese resultado, debería abandonar la enseñanza.

12. Además de las clasificaciones, existen los exámenes, que sustraen un tiempo grande y una considerable energía a profesores y alumnos.

No hay dos personas, que hayan tenido que clasificar con conciencia en los exámenes de mitad de curso, que no opinen en forma desfavorable. Este examen hace odiar la enseñanza.

Del punto de vista del tiempo que exige nuestro sistema de contralor, se llega a que, entre el empleado en clasificar a los alumnos, el ocupado por los exámenes escritos de julio (que son fatales para alumnos y profesores), las vacaciones que estos originan, los exámenes orales de diciembre y los complementarios de marzo, se pierde más de la mitad del tiempo destinado a las clases, para cerciorarse, en una forma muy deficiente, si los alumnos asimilaban muy poco, regular o mucho.

Dije que, cuando enseñamos por uno, examinamos por diez, en virtud de las repeticiones. Explicamos una bolilla, y, para

clasificar, por lo menos, se la hacemos repetir a 10 alumnos, cuando no a 15 ó 20, con lo que hacemos realizar 10, 15 ó 20 veces, la misma cosa, amén de las repeticiones en los exámenes.

Se impone abandonar el sistema fracasado, eliminando las clasificaciones y los promedios y los exámenes en la forma establecida.

Creo firmemente que es necesario cambiar de medios. Se arguye que, por ejemplo, en los exámenes de julio, si los alumnos copian, se debe a la tolerancia de los profesores, a que éstos no ejercen una estricta vigilancia, que, si tal ocurriera, los alumnos no podrían copiar. Pero con éstos procedimientos no moralizamos nada; la cuestión no está en que los alumnos no copien por que no lo pueden hacer, sino que voluntariamente no lo hagan, que les repugne el hacerlo con o sin vigilancia.

El problema más grave que encierra el sistema actual no reside en la poca o la deficiente instrucción de los alumnos, sino que está en cuestiones de orden moral. Dije que tal sistema impulsa a la inmoralidad y con rigideces, estricteces o castigos no se conseguiría corregirles; la cuestión no reside en castigar, ni corregir, lo mejor es evitar que se produzca.

He aquí lo que propongo en su reemplazo:

Se suprimirían las clasificaciones numéricas para ser reemplazadas con las clasificaciones de: insuficiente (desaprobado) y suficiente, distinguido y sobresaliente (aprobado).

A fin de que los padres tengan conocimiento de la marcha de sus hijos, el 1.º de Junio y el 1.º de Septiembre, recibirían un boletín con las clasificaciones por materias, clasificaciones que serían dadas por el profesor correspondiente.

A fin de cursos, la promoción o no promoción del alumno la determinarían los miembros de la dirección y un consejo formado por los profesores del curso. Los alumnos que obtuvieran una calificación de suficiente, distinguido o sobresaliente en todas las asignaturas, serían inmediatamente promovidos al curso superior, mientras no se tratara del último curso.

Todo alumno que resultara insuficiente en un número de materias igual o superior al tercio de las asignadas en el Plan de Estudios, deberá repetirlo.

Los alumnos que obtuvieran en un número de materias inferior al tercio la clasificación de insuficiente, rendirán examen oral de esas materias ante un tribunal compuesto por todos los profesores del curso, presidido por un miembro de la dirección.

Si resultase insuficiente podrá rendir examen oral en Marzo ante la misma mesa. Si resultara aun insuficiente repetirá la materia, solo un curso más, no pudiendo repetir una misma materia durante tres cursos.

El consejo de profesores en tales casos, determinará, no obstante la insuficiencia del alumno en la o las materias desaprobadas, su promoción o no promoción al curso superior que corresponda.

Al finalizar los estudios obtendrán su título o certificado todos los alumnos que, además de la aprobación en todas las materias, hayan obtenido en un 50 o/o de éstas, como minimum, una calificación de distinguido o sobresaliente. Los alumnos aprobados en todas las materias cuyas calificaciones de distinguido a sobresaliente, no alcancen al 50 o/o de las mismas, deberán rendir examen por grupos de materias afines, siendo solo lo fundamental, materia de examen.

Cada mesa examinadora de grupo de materias afines, estará constituida por los profesores de esas materias que hayan sido profesores de los examinandos, o de la división o curso correspondiente a que perteneció el examinando.

En caso de desaprobación en un núcleo, si el alumno no optase por repetirlo, se le expedirá un certificado especificando las clasificaciones de las materias aprobadas y las desaprobadas.

En caso de aprobación, en el certificado o diploma se harán constar las últimas calificaciones obtenidas, es decir, sin promediar con las anteriores.

En caso de desaprobación en dos o más materias el alumno deberá repetirlas.

La desaprobación en un núcleo, no debe privar al alumno del certificado parcial, por lo que pudiera serle útil y aún estos

certificados deberían, en su justa medida, ser válidos. Muchos alumnos que resultan distinguidos o sobresalientes, por ejemplo, en Matemáticas, Ciencias Físico-Naturales, Historia, Geografía, etc., resultan deficientes en Música, Labores, Trabajos Manuales o en Idiomas extranjeros.

Con la supresión del sistema actual, reemplazándolo con el propuesto u otro mejor, seguramente ganaría la instrucción y la educación intelectual y moral de nuestros alumnos. Quizá en el primero y segundo año de su implantación, los estudiantes de hoy, habituados al sistema actual, inmovilizados por él, se echarían a la bartola, pero si el Consejo de Profesores se mantuviera recto, en poco tiempo el nuevo sistema fructificaría.

Se dirá que todo esto exige, nada menos, que profesores conscientes, dedicados, etc., es decir, buenos. Si esa objeción es muy justa, ella no autoriza, en cambio, para que persista el mal sistema en los establecimientos cuyo personal docente es capaz. Por lo menos, podría ponerse en práctica, como ensayo, en algunos colegios nacionales y escuelas normales indicados por la Inspección de Escuelas y Colegios.

R. SENET.



## ENSEÑANZA DE LA PSICOLOGIA

---

*Disposición de ánimo del estudiante con respecto a la Psicología — Espíritu de esta — Importancia y finalidades de su enseñanza — Su posición en el ciclo de los estudios secundarios — Métodos, formas, procedimientos.*

*Disposición de ánimo de los estudiantes, con respecto a la psicología.* — En general, los estudiantes van con una disposición favorable al estudio de la Psicología, han oído hablar vagamente de la filosofía de la que tradicionalmente forma parte como algo superior que adorna y aureola a los hombres mas eminentes, y esto hace que se llegue a ella como con cierto religioso respeto. Han descornado el velo de las otras ciencias y ninguna de ellas ha podido llenar sus ansias escrutadoras, podríamos decir que el misterio primero ha ido replegándose a medida que aumentaban sus conocimientos e invadían nuevas zonas de estudio, refugiándose en la Filosofía que llega a ser para ellos como el reducto último donde nuestros afanes intelectuales han de tener una cumplida respuesta. Tienen así de la Filosofía un concepto negativo, es para ellos lo que no son las otras ciencias, lo que guarda el misterio que las otras no han hecho sino abrir y rechazar.

Tal estado de ánimo expectante de revelaciones trascendentes lleva consigo una entonación de espíritu proporcionada al esfuerzo que ha de exigir empresa tan ardua y grandiosa. El estudiante se acerca a la Psicología con la conciencia de que ha de demandarle un considerable tributo de energías pero con la decisión de prodigarlas en la medida que sean necesarias.

Este favorable estado de ánimo, esta disposición especial debe ser conocida por el profesor, si no quiere, matando tal ilu-

sión, despreciar el más eficaz auxiliar de sus esfuerzos. Debe saber que la desilusión es tanto más rápida y desmoralizadora cuanto mayor había sido la espectabilidad que la acompañaba, y que una vez rota la cohesión de elementos que convergían a su formación, difícilmente puede reconstruirse y recobrase el antiguo temple.

Por eso el profesor debe ingeniarse por hacer fácil y atrayente el aprendizaje, ahuyentando el desaliento que una materia de por sí dura, podría acarrear y mostrando habilmente la justicia y verdad de sus prejuicios, presentando la Psicología como llave mágica que además de descorrer el velo que cubre muchos misterios de la vida y permitírnos atisbar alguna solución a ciertas cuestiones insondables, nos conduce a ese reino donde han vivido los espíritus superiores: al reino de la Filosofía.

*Espíritu de la Psicología:* La Psicología que se ha enseñado hasta ahora, no es la más apropiada para detener y evitar la relajación de la voluntad y propósitos primeros que naturalmente tiende a producirse por efecto de las resistencias repetidas que hay que vencer. Es demasiado rígida y muerta. Pretende esquematizar la vida del espíritu, encerrarla dentro de moldes inflexibles y limitados y concretar los ricos y complejos procesos psíquicos en términos y definiciones de estructura fuertemente consolidada; falsea así la vida del espíritu ocultándonos toda su bullente movilidad.

Se hace indispensable revertir la antigua Psicología librándola de todo el artificioso andamiaje que la comprende y la ahoga, transformar la técnica psicológica, sustituyendo los antiguos conceptos y vocablos por otros que nos sugieran con más propiedad el carácter de los procesos psíquicos en continuo devenir y cambio. Parece que la Psicología oficial, si así queremos decir, se librara y desprendiera con trabajo de su antigua envoltura optando por volcar las adquisiciones múltiples nuevas en el viejo molde, antes que decidirse a elaborar uno nuevo. Sin embargo, esto se hace impostergable si queremos ponernos en tono con los resultados que las investigaciones biológicas han permitido establecer y dar a su enseñanza un carácter más interesante y vital que a la vez que abandone las abstracciones que

hasta ahora la han desnaturalizado, permita un mayor despliegue de medios ilustrativos y traduzca más satisfactoriamente los dictados del sentido íntimo.

*Finalidades de su enseñanza e importancia.* — La finalidad remota de su enseñanza es: 1° Educar la observación interior, adquirir seguridad en la definición e interpretación de los procesos de conciencia aprendiendo a provocarlos, retenerlos, iluminarlos y concretarlos con vigor inhibiendo todo estado impertinente y evitando la irradiación de la energía fuera del sector elegido, interpretar los datos de la conciencia y correlacionarlos con las informaciones de las ciencias, así como las ciencias naturales tienen por objeto interpretar y corregir los datos sensoriales y darnos noción exacta de las cosas por esa continua rectificación de los sentidos entre sí y con la razón, la Psicología interpretará y corregirá las sugerencias internas de la propia conciencia con los datos de la ciencia y tenderá a rectificar y concretar cada vez más los términos de la relación: cosmos y psiquis.

2° Preparar para la vida afinando y aguzando el sentido clínico, si así puede decirse, la única adivinación posible. Es de gran importancia perfeccionar este sentido que tan evolucionado encontramos en los individuos y pueblos más sociales.

Vivimos en sociedad y tenemos necesidad de conformarnos lo más justamente posible con los distintos medios en que hemos de actuar, precisamos proveernos de un mecanismo sensible a todas las oscilaciones del espíritu social que aletea en toda agrupación humana y que casi siempre está más allá de lo que la expresión oral deja adivinar, tenemos necesidad de interpretar las inmutaciones somáticas de los demás individuos: distensiones y contracciones de los músculos de la cara, movimientos de los ojos, agitaciones y oscilaciones del cuerpo etc. para poder adivinar la vida profunda que pugna por esconderse tras la artificiosa y muchas veces desleal expresión oral, al mismo tiempo que es de gran importancia aprender a dominar las proyecciones instintivas de nuestro fondo interior hasta poder ocultar tras una apariencia de absoluta inmovilidad las agitaciones

profundas más tempestuosas o simular febriles inquietudes cuando en el interior tiene absoluta calma.

Se ha dicho que Alemania a pesar de haber tenido los escritores más eminentes de Psicología (Herbert, Wundt, etc.), no ha tenido psicólogos, Francia, en cambio, la nación social por excelencia nos presenta un potente psicólogo en cada uno de sus novelistas y en general en sus hombres más cultos. (Podríamos decir que en la guerra pasada ha triunfado la psicología sobre la técnica militar).

Este poder de auscultar y leer las emociones del alma y vislumbrar el secreto móvil, la remota causa de los hechos se adquiere trabajosa e incompletamente por experiencia propia, por el trato social continuo, pero aunque no ha podido todavía concretarse en leyes la expresión de los sentimientos y otras cuestiones referentes a la trama interna e interdependencia de los procesos, el psicólogo moderno tiene ya algunos elementos que le permiten hacer más fácil ese aprendizaje, siempre doloroso cuando se hace por experiencia propia. No olvidemos que el factor expresión lleva camino de prevalecer sobre otros factores en la vida y en el arte.

La finalidad próxima, sería el conocimiento del alma, de la psiquis humana. La psicología es una ciencia natural que tiene una posición jerárquica superior a las otras. De estas unas estudian el cosmos: física, química, etc.; otras la vida: Zoología, Botánica, Antropología etc.; la Psicología estudia el tercer término: la psiquis. Considerado el hombre como algo natural, debemos determinar su posición en la naturaleza, su correlación con todo lo existente, lo cual corresponde a la Psicología. De ahí surge su:

*Posición en el ciclo de los estudios secundarios.* — Está puesta con razón en los años superiores, cuando el joven ha estudiado la naturaleza y la vida y antes de estudiar el *achievement* de Ward, lo supersíquico social, antes que la moral, la economía política y la lógica.

*Métodos.* — De estas finalidades surgen los métodos para su enseñanza. Tratándose de objetos inmediatos al alma serán: el analítico que empieza con la observación interior e intuición

y se continua con la reflexión y experimentación; el material lo tenemos en nuestro interior, hemos de captarlo y someterlo a una acción depuradora y discriminativa. La conciencia es algo inestable, vago, fugitivo, difícil de volcar en nuestros conceptos y vocablos y de expresar su contenido en nuestros conceptos y vocablos que son rebasados siempre por algo inefable, intraducible. Por otra parte, la conciencia de cada uno y sus diversos estados o procesos son autónomos, de tal manera que solo por analogía con las impresiones de nuestra propia conciencia podemos traducir las manifestaciones de las demás, sin llegar a penetrarlas ni interiorizarnos en su naturaleza íntima.

Si bien existe equivalencia en lo fundamental entre todas las conciencias, debido al parecido proceso genético de las mismas, no existe identidad y cada uno de ellos es un mundo con vida propia y característica. Bergson indica por tal motivo como más propios que las palabras para evocar, precisar y diferenciar tales procesos, las imágenes, los símbolos y los ejemplos. El profesor sugerirá, determinará esta mirada a fondo, delimitará el estado de conciencia que quiere provocando a los alumnos a un proceso de autodisección íntima. Sobre lo determinado y circunscripto, obra la reflexión estableciendo las notas y caracteres del mismo.

La experimentación ha sido incorporada a la nueva Psicología, desde que el fenómeno interno se considera en relación con un fenómeno físico, se hace posible obrar sobre aquel por medio de este concomitante físico que está en manos del experimentador: este puede medir su intensidad y variaciones y someterlo a todos los procedimientos que constituyen una investigación rigurosa.

Es de capital importancia el estudio de un material orgánico y humano abundante y variado, el estudio de anormales, retardados, niños, ancianos, salvajes, animales, etc.; por observación directa o indirecta, permitirá a la razón completando lo observado, formular y anticipar principios y leyes que una investigación más amplia y rigurosa podría verificar, rectificar o invalidar. Un material abundante con auxilio de ciertos medios

hace posible la aplicación de los métodos experimentales y la verificación y progresivamente rigurosa definición de leyes en el dominio psíquico.

A la observación y análisis de los fenómenos psíquicos puede agregarse el método estadístico: (Imaginación en el hombre, la mujer y el niño, frecuencia del tipo visual, táctil, etc. en ciertos pueblos o agrupaciones, etc.) Puede emplearse también el método estadístico con grandes reservas para estudiar ciertos problemas linderos a la metafísica, tal por ejemplo el de la libertad: puede constatarse la frecuencia de cierto fenómeno que se tiene por libre en una época y un pueblo y comparar sus oscilaciones con la frecuencia de otro fenómeno a quien no atribuímos tal carácter, de su comparación pueden deducirse consecuencias ilustrativas.

Al análisis y síntesis debe seguir la deducción práctica, tanto para ilustrar y orientar nuestra conducta en la vida como para dar normas a la pedagogía y a toda técnica humana. Es conveniente también hacer lo más variado y rico el complejo de elementos asociados para que su reviviscencia sea más rápida y fácil.

*Formas de enseñanza.* — Las más recomendables y racionales son la mixta de interrogativa y expositiva, dando preferencia a la interrogativa. La Psicología debe ser formada por el alumno, el profesor debe limitarse a dirigir y encauzar la actividad de aquel dando precisos y sobrios retoques a su obra para que complete su vista y diferencie y valore los elementos. El profesor debe disponer si no existe material de observación directa de una suma inmensa de hechos y ordenarlos de la manera más conveniente para provocar al alumno a la inducción y razonamiento o para ilustrar las definiciones y leyes si ya estuvieran establecidas. Es también de gran valor estimular e inducir a los alumnos a proponer ejemplos e indicar nexos causales entre fenómenos psíquicos de cualquier orden. Así adquirir la Psicología un valor más vital y humano, pierde su enseñanza el carácter mecánico, pasivo y abstracto que hasta ahora la ha hecho pesada y sombría y conquista nuestra afectuosidad

con ese atrayente embeleso que arranca la actividad creadora a nuestro espíritu.

*Procedimientos.* — A la enseñanza de la Psicología concurren todos aquellos procedimientos que facilitan la de las otras materias: a) la representación gráfica que fija ideas, sensibiliza abstracciones y economiza disertaciones largas, b) la sinopsis que reúne los puntos más importantes de un tema y facilita la adquisición de conocimientos, permite vistas de conjunto muy útiles correlacionando las partes de un objeto e inculca hábitos de precisión y orden; c) las ilustraciones reales o pictóricas: expresión de emociones, estados patológicos; d) los cuestionarios, etc., etc.

GASPAR MARTIN.

# MANUALE DEL PERFETTO PROFESSORE <sup>(1)</sup>

1. Perché è nato il *Manuale*. — 2. Perché l'ho scritto io. — 3. Il registro. — 4. Disciplina. — 5. I soprannomi dei professori. — 6. Le nostre armi. — 7. Il metodo. — 8. Una visione del futuro. — 9. Ricetta semplice. — 10. Garibaldi. — 11. Lettera di Arturo Merli. — 12. Spropositi professorali. — 13. Una classe simpatica. — 14. Il rovescio della medaglia. — 15. Vita e miracoli della classe. — 16. Una domanda. — 17. Le professoresse. — 18. O Simon Mago! — 19. Componenti. — 19 bis. La febbre terzana della scuola media. — 20. Scrutinio finale. — 21. Gherminelle, trappole e laccioli. — 22. Raccomandazioni. — 23. Sua Maestà il Bidello. — 24. Pedagogia. — 25. Caligrafia ed altre cose. — 26. Ispezioni. — 27. Le classi aggiunte. — 28. Requiem.

## I

Perché a questo mondo esistono tanto pochi uomini perfetti? Per qualche arcana legge di universale miseria, forse?

No: lasciamo lì le spiegazioni troppo generiche pessimiste e vacue. Gli eruditissimi Alemanni ci hanno insegnato che coi libri si rifà il mondo e che ad ogni guaio si rimedia con un libro ed ogni buco della consunta felicità umana si può tappar bene

---

(1) Iniciamos la publicación del ameno *Manuale* de Dino Provenzal, seguros de que sus páginas, llenas de sano humorismo, (a veces ese humorismo oculta una acertada opinión o un agudo comentario que conviene no echar en olvido) han de interesar a los compañeros, tanto como interesaron a nosotros. Después de leer el librito de Provenzal nos convencemos que los estudiantes.... y los profesores no tienen pa-

con un libro: perciò i loro libri-turaccioli son così pesanti.

Dunque, libri che rendessero gli uomini perfetti sarebbero destinati, secondo una frase d'origine tedesca, "a colmare una importante lacuna".

Ce n'è parecchi, beninteso, ma pessimi. Sfogliate infatti il "manuale del perfetto ciclista" o il "manuale del perfetto imbalsamatore di tartarughe" "o il manuale del vero accomodatore di calosce".

Sono rimpinzati di regole aride, fredde, distribuite in paragrafi, sottoparagrafi, commi e alinea: chi ha il coraggio di aprire uno di quegli zibaldoni lo butta via, stanco, dopo due pagine. Vero è che lo scartabellerà di nuovo la prima volta che avrà commesso uno sproposito: chiusura di stalla dopo la fuga del piovone. Così il tirocinante farà sempre nuovi errori e noi continueremo a veder ciclisti si rompono la testa, porteremo le calosce piene di buchi e rinunzieremo al sommo piacere di avere una bella tartarughina ripulita e impagliata sulla scrivania, fra il bustino di Dante e il ritratto del nostro amore.

Se invece il manuale di ogni professione fosse un libro leggibile, tale che ciascuno potesse studiarlo prima di andare.... al fuoco; e nutrirsi e rinsanguarsi e armarsi; avremmo professionisti migliori e la vita sarebbe così bella che i morti, i quali ebbero la colpa imperdonabile di andarsene quando cominciava il buono, rimorirebbero, poveri morti! di rabbia.

Il primo di tali libri salvatori del genere umano vorrei fosse questo. Invito i professori novellini a leggerlo con animo pronto ad imparare; e raccomando caldamente a chi non è del mestiere, di non leggere oltre la prefazione, perchè chiuderò in

---

tria. Aquí como allá. Díganlo sino los que en estos días hacen sus prácticas pedagógicas. Además, tiene el *Manuale* en su parágrafo 17, un interés especial para lo que estudiamos en esta Facultad de Filosofía y Letras.

No extraña la aparición del libro de Provençal en el idioma en que fué escrito; obedece a una razón conocida por los estudiantes: VERBUM desea que sus lectores no necesiten traducciones del francés y del italiano. Y si en otro lugar de este número no se lleva a cabo ese propósito es porque se trata de una continuación.

queste pagine molti segreti professionali che assolutamente non debbono esser noti agli occhi degl'indiscreti.

## II

Che sia utile cominciare il miglioramento umano dalla classe degli educatori è chiaro e lampante. Migliorando gli educatori si avranno migliori educandi: e la generazione nuova entrerà comodamente nella via della felicità. Ma due domande potrebbero muovermi.

Prima: Perchè non ho rivolto la voce ai professori di università, distributori dei frutti ultimi e fraganti della sapienza umana, o ai maestri elementari che di borgo in borgo, tra sofferenze e triboli d'ogni specie, spezzano il pane della scienza alle turbe?

Rispondo che per migliorare i maestri elementari ci vuole un certo coraggio: non ne ho trovato uno che non si reputasse onnisciente ed onniveggente ed onnipotente e, con l'anima pervasa di ammirante umiltà, dichiaro che a costoro non saprei che cosa insegnare. Quanto poi ai cattedranti, il primo articolo della loro legge sancisce che se un uomo non appartenente alla framassonica consorteria dei barbassori osi di proclamare una verità o di scoprire un mondo, bisogna trattarlo da pazzo o affrettarsi a imbrancarlo, magari *ad honorem*, nel solenne consesso. Sicchè, parlando a quei salomoni, c'è da far la fine di Cristoforo Colombo o da ingoiare una cattedra. Preferisco ringoiar le mie parole e tra i dispensatori di pane e i doratelli di frutta (metaforiche e scientifiche) attenermi ai credenzieri dei piatti vari e sugosi che si offrono nelle scuole classiche, tecniche e normali: voglio dire agl'insegnanti medi.

Seconda domanda: Riconosciuta l'utilità del libro, era proprio giusto che lo scrivessi io?

Ecco: forse sono stato animato da una presuntuosa stima di me: e di ciò sarà giudice, dopo aver chiuso il libro, chi l'abbia letto tutto dalla prima all'ultima pagina.

Ma considerate se non avevo qualche motivo per credermi adatto all'opera.

Durante quindici anni ho insegnato nelle scuole medie del Regno; sono stato in dieci residenze mutando ogni volta regione, dalla Venezia al Piemonte, dall'Emilia alle Marche, dal Lazio all'Umbria, dalla Sicilia alla Toscana, dalla Campania alla Calabria: ho fatto lezione nelle scuole tecniche e nelle normali maschili e femminili, ho sfiorato anche il ginnasio, il liceo e l'istituto tecnico: ho avuto una quindicina di direttori, più di duecento colleghi, una trentina di bidelli, alcune migliaia di alunni: ed ho corretto così alte piramidi di componimenti che guardandole da giù a su potrei ripeter la frase napoleonica.

Ai frutti dell'esperienza aggiungo poi le linfe che assorbii con le mie stesse radici: perchè mio padre era professore, come mio nonno, il bisnonno, il trisavolo e il quadrisavolo.

Offro qui dunque il risultato delle mie osservazioni personali e di quanto travasarono in me cinque precedenti generazioni: tutto per il modestissimo prezzo che all'editore piacerà scrivere sulla costola del volumetto.

Nè che poco vi dia da imputar sono, con quel che segue.

3.

O professore novellino...

(Parentesi. Son passati appena quarant'anni dacchè il Carducci rampognava la vanità del secolo che i maestri dei ginnasi battezzava professori. D'allora in poi è accaduto quanto prevedeva la semplice anima di don Abbondio allorchè il papa conferì il titolo d'*eminenza* ai cardinali. "Non mi meraviglierei punto che i cavalieri, i quali son avvezzi a sentirsi dar dell'*illustrissimo*, a esser trattati come i cardinali, un giorno volessero dell'*eminenza* anche loro." Anzi è accaduto qualcosa di più. I maestri elementari sono diventati professori, gl'insegnanti medi hanno subito messo fuori sulle placche e sui biglietti da visita il titolo dottorale, per distinguersi dai fratelli minori: i liberi docenti, tolto il sacro aggettivo "libero", firmarono "docente dell'università di..." o più audacemente "dell'università di..." uguagliandosi così del tutto ai cat-

tedranti i quali hanno soppresso ogni titolo di professore, docente eccetera. Era, però, quello che i geologi chiamano un periodo d'asestamento. Oggi, per lo più, i maestri elementari non nascondono il loro proprio nome che ricorda trionfi elettorali e vittorie politiche: gli universitari son diventati Maestri con l'*m* maiuscola: e professori sono rimasti, nel linguaggio comune, gl'insegnanti medi dei quali *in hoc libello narratur*).

O professore novellino, quando per la prima volta metterai piede nella direzione e il capo d'istituto a te destinato dalla Provvidenza t'inizierà all'alto ufficio, subito riceverai, come segno di potenza, il registro.

Non prendere in giuoco il fascicolo che ti sarà scettro, pastorale e spada durante tutta la vita. Ho conosciuto professori anziani i quali mi hanno confessato che non oserebbero salire in cattedra una sola volta, senza quel fido compagno che è temuto dalla scolaresca come il casellario penale del delinquente e che è anche — in mano di chi lo porta — un simbolo di consacrazione alla carica.

Dovrai entrar nell'aula col registro sotto il braccio portato semplicemente, senza ostentazione, ma con disinvoltura. Pertanto è necessario che tu faccia uno studio preliminare. Esistono almeno cento tipi diversi di registri scolastici: altra prova consolante che quando l'uomo si mette sul serio a inventare non c'è diavolo che lo fermi. Dunque studia il *tuo* registro che poi dovrai maneggiare con agilità da prestigiatore sotto il fuoco di una trentina di sguardi. Bada che se, calmo come Minosse, vorrai incasellare uno zero al tuo peggiore alunno e per isbaglio lo appioppi ad un altro, tu non te ne accorgerai, ma l'alunno se ne avvedrà subito, giacchè, per una legge etico-fisiologica ancor non bene chiarita, gli alunni più indisciplinati godono di una vista lineea. E allora se vorrai correggere, con un occhio rivolto alla scolaresca, un altro al reticolato di righe del registro e... un terzo fisso giù alla coscienza, farai nuovi sbagli e pasticci: e son quelli i momenti nei quali — per una legge fisica anch'essa un po'astrusa — le pallottoline di carta lanciata in aria schizzano sul registro, sulla cattedra, sulla chioma del professore.

Altra cura tua sia quella di leggere bene i nomi degli alunni: se non sono scritti chiaramente, correggi; se l'accento è dubbio, chiedi a un collega d'illuminarti. Se vuoi essere veramente perfetto, domanda anche quali sieno le buonelane, in modo che, leggendo i loro nomi in classe, tu possa pronunziarli con una sfumatura ironica nella voce: effetto mirabolante e sicuro.

Un professore, ch'io conobbi anni fa, entrò la prima volta in classe col registro ancor vergine e invitò i ragazzi a declinare il proprio nome. Non gli capitò quel che al maestro di Enrico Annibale Butti il quale si sentì rispondere "nominativo, Enrico Annibale Butti; genitivo, di Enrico Annibale Butti, dativo: ecc. ecc." ma anche peggio. Ciascuno degli alunni s'ingegnò di pronunziar poco chiaramente nome e cognome. Il professore, in tutti quei barbugliamenti non capiva un'acca e così, stando gobbon gobboni sul registro, non poté dominare, nel primo preziosissimo quarto d'ora, la scolaresca, sbagliò accenti e pronunzie facendo ridere gl'intelligenti discepoli, e poichè, sudando freddo, scarabocchiava i nomi alla peggio, il giorno dopo non seppe leggerli bene. "Asino di natura non capisce la propria scrittura" borbottarono i dolci allievi: e il nomignolo "asino di natura" gli rimase appiccicato per tutta la vita.

Dunque sii padrone del registro e la tua vita professionale avrà conseguito una prima vittoria. Ma bada bene di non far troppo a confidenza col depositario dei tuoi giudizi tradotti in numeri e sigle. Certi vecchi insegnanti trattano così a tu per tu il proprio registro da affidargli ogni cruccio ed ogni gioia, anche quelli che bene starebbero chiusi nel cuore o tutt'al più nel santuario domestico. Non credo abbia mentito l'ispettore il quale mi disse di aver letto in un registro, nell'ultima colonna a destra, fra le osservazioni:

"Mia moglie iersera si lavò i capelli col sapone di catrame. Stanotte sognavo d'esser a bordo di una nave: rullio, beccheg-gio, naufragio.

Ricordarsi la pomata pei calli.

Paolino ha preso per la terza volta il tenifugo, ma non siamo ancora alla testa".

Se l'ispettore disse una bugia, ciò è deplorabile: e se disse il vero, il contegno del professore è deplorabilissimo.

Spero che il professore novellino avrà compreso l'importanza dei consigli circa l'uso del registro. Essi l'aiuteranno—nientemeno! — a mantenere la disciplina, cioè a risolvere il primo e più arduo problema che si pone dinanzi a chi si dedica all'insegnamento.

Dovessi dire come si fa a tenere in pugno una classe, a padroneggiarla fin dal primo momento, sarei imbarazzato.

Per me, figliuolo, nipote, bisnipote ecc. d'insegnanti la bisogna fu agevolissima. Seduto in cattedra mi sentii tranquillo e non ebbi della scolaresca maggior paura di quella che abbia l'uccelletto quando, senz'ombra di giramenti di capo, si affida all'aria, o il pesciolino allorchè il pescione e la pescia gli danno le pinne per il primo nuoto.

Ma ho visto tanti colleghi pei quali l'impertinenza degli scolari è una croce, che dal loro triste esempio posso ricavare qualche utile ammonimento.

L'insegnante deve aver buona vista, ottimo udito, acuta intelligenza: o per lo meno deve far vista di aver tutti e tre questi doni del Cielo.

Ciò sembrerà difficilissimo, specialmente per il terzo dono, ma con un po' di buona volontà si arriva a tutto.

Un esempio. Quando insegnavo da poco più di un mese, un collega mi pregò di supplirlo in una classe (terza tecnica) che non era mia. Accettai, ma volli prima sapere con che razza di gente avrei dovuto trattare.

—A! — mi disse il collega. — Canaglie! C'è un certo Buzoni che ha la mania di rifare il verso del gatto, c'è un certo Bertola che disegna figure sconce a cui mette sotto, come si trattasse di ritratti, il nome del professore; c'è...

—Non voglio saper altro.

—Dio te la mandi buona.

—Grazie.

Entra: fremito di curiosità: aria di malevola aspettativa.

Presi un libro che avevo portato con me e dissi che avrei trattenuto la scolaresca leggendo per un'oretta. Appena ebbi dette queste parole, udii un *miaaa* quasi impercettibile.

—Buzzoni vada fuori! — dissi con la massima calma.

Un tipetto lentigginoso, coi capelli carota (lo vedo ancora) si alza:

—Professore, non ero io...

—Fuori immediatamente!

Se ne andò brontolando: e pasaron lampi di sguardi con allungamenti di labbri inferiori che dicevan chiaro: — Accidenti, come ci conosce tutti questo professore nuovo!

Ma io volevo stravincere. Dopo un po', interruppi la lettura, e con uno sguardo perduto nel vuoto che guardava tutti e nessuno in una volta, dissi scandendo le sillabe:

—Quel grande artista di Bertòla, quando fa il proprio ritratto può fare a meno di metterci nomi falsi, perchè si riconosce bene.

E subito vidi un ragazzo che nascondeva un foglio in bocca (rifugio *ab antiquo* delle carte compromettenti) e a bocca piena balbettava:

—Non ero io!

—Vada fuori.

—Ma perchè?

—Perchè non era lei.

Da quel giorno in poi fui giudicato un uomo formidabile: udito finissimo, vista acutissima, fisionomista perfetto, professore che non isbaglia mai.

Uno scolaro mi chiese, una volta:

—Ma se lei ci vede tanto bene, perchè porta gli occhiali?

—Oh bella! Ci vedo bene, appunto perchè ho gli occhiali!

—Ah già... avevo sempre creduto che gli occhiali si portassero perchè non ci si vede e lei invece ci vede perchè li porta.

—La vita ti riserba molte altre di queste sorprese — gli risposi gravemente.

Bisogna star molto attenti ai primi giorni, alle *prime* ore, ai primi momenti di scuola, perchè poi, se le cose vi vanno be-

ne, potrete anche addormentarvi sulla cattedra e l'ordine non ne sarà turbato.

Entrate: gli alunni si alzano: un breve cenno della mano per farli sedere, e su da bravo in cattedra.

Il mio professore di matematica al ginnasio (il Signore conceda a lui tanta beatitudine quanti zeri egli diede a me!) quando entrò nella mia classe e noi ci levammo in piedi, disse dolcemente:

Sédano, sèdano.

Eravamo una ventina: diciannove scapestrati e uno sgobbone. Diciannove voci flautarono: "Prezzemolo e cipolline fresche!" mentre lo sgobbone, capoclasse e krumiro, affondava la testa nel vocabolario.

Il professore diede un tremendo pugno sulla cattedra: così tremendo che il calamaio saltò in aria e ricadde sulla testa dello sgobbone versando lagrime nere su vocabolario, banco e calzoni.

L'ordine fu ristabilito, poi, ma fu ordine di Varsavia e "sedano", quasi parola d'ordine di cospiratori, girò, in meno di due ore, per tutto il ginnasio.

E assolutamente impossibile che un professore domini gli alunni se non la sa più lunga di loro. Non voglio intendere con ciò l'insegnamento da impartire: per quello è presumibile che i ragazzi sieno più indietro, ma io parlo delle gherminelle, delle birichinate e delle spiritosità scolaresche. Esse sono vecchie come il mondo, e per conto mio, quando vidi nel Museo di Firenze il celebre bassorilievo egizio in cui tre alunni ischeletriti scrivono sotto la dettatura di un ridicolo maestro in sottano, ebbi la sicurezza che quelle tre mummie anticipate schizzavano sul papiro qualche strofetta briccona, per esempio quella che ai segni algebrici + e — fa pronunziare un sudiciotto aforisma.

In quella roba il professore dev'esser professorissimo. Ogni dialetto d'Italia ha parole e frasi diverse per significare ciò che il tacere è bello e il dire e scrivere è molto brutto. Ebbene, da quando, dopo la costituzione del Regno, un insegnante del Nord viene sbalestrato a Trapani e un collega di Mazzara del Vallo va a frescheggiare a Sondrio, è cura degli alun-

ni di far domande capziose per ridere dell'ingenuità di chi, con tanto latino e tanto greco, ignora la lingua porcina. Bisogna, senza smorfie e senza ribrezzi, che il professore si premunisca. Non dico che si debba istituire un corso apposta nelle facoltà di scienze e di lettere: non esageriamo: basta che il neo-professore dia un'occhiata amorosa alle pareti del tempio della scienza, visitando in ispecie i più intimi penetrati: e in un'ora saprà tutto.

Inoltre preghi qualche amico di avvertirlo se ha un intercalare ostinato, e se ne liberi: domandi se nel modo di vestire ha una caratteristica ridicola, e se ne liberi: osservi bene se in tutto il suo contegno c'è qualcosa che diminuisca l'autorità professorale, e se ne liberi. Pensi che altrimenti quell'intercalare, quella caratteristica, quel minimo *quid* saranno il terreno su cui germoglierà la pianta velenosa del soprannome.

Ma se, nonostante questi studi e queste precauzioni, il professore rimarrà in cattedra come lo zimbello al pareteaio, se per qualche misterioso difetto di volontà o di coraggio o di forza magnetica egli si sentirà inferiore alla scolaresca, allora, per carità abbandoni cattedra e professione per sempre. Mutare classe, scuola, città, non servirebbe a nulla: molto prima che Guglielmo Marconi stupisse il mondo con la sua grande invenzione, il soprannomi e le satire contro gl'insegnanti volavano con rapidità fulminea in modo da precederli sempre di un giorno o due nei mutamenti di residenza. Non c'è remissione nè pietà. Chi non riesce, abbandoni il campo e scelga un altro dei mille mezzi con cui l'industria dell'uomo ha trovato il modo di guadagnarsi il pane cioè di strappararlo agli altri uomini; ma l'insegnamento, no.

5

Ho parlato più volte di soprannomi. Difatti, anche le scolaresche più sciocche, se si riuniscono nello sforzo della collaborazione, possono far miracoli: e l'unica opera collettiva e veramente concorde di una scolaresca è la coniazione di un nomignolo per il professore. Notate, poi, che i più belli, più co-

loriti, più tipici soprannomi sono nati sempre fra le mura di una scuola.

C'era un professore di storia, lungo, secco, appiattito; e lo chiamavano *storione*; c'era una signorina insegnante di geografia che pretendeva dalle ragazze elenchi infiniti di date e di numeri, assegnando per casa schizzi, rilievi, carte mute e parlanti, e la chiamavano *geografia intensiva*: c'era un professore di altezza inverosimile, ma che (poveretto!) sfondava poco; e lo chiamavan la *Torre degli Asinelli*.

Potrei dire di molti altri, ma sfuggo tutti i nomignoli (alcuni dei quali carini assai) che derivano da bisticci fatti col nome vero, perché non voglio, accennando ai colleghi, esporli al dileggio dei loro naturali nemici.

Ho conosciuto un professore che aveva, a dir poco, dieci dita di collo: e lo battezzarono — fin dal primo giorno di scuola — *il Re eletto*. Pei non Toscani debbo spiegare che sulle palanche del 1860 c'è scritto *Governo provvisorio della Toscana. Vittorio Emanuele II re eletto*: e volgarmente quelle monete si chiamano "soldi col collo lungo".

E, giacché siamo a parlar di sovrani, fino a poco tempo fa, in una città delle March era noto il *Re Umberto*. Com'era andata? Un professore, un giorno, davanti agli scolari che schiamazzavano in modo indecente, perdette la pazienza:

—La finite, sì o no? — cominciò a gridare. — Voi dovete rispettarvi, perchè io, qui dentro, sono il Re Umberto.

Silenzio di stupore: e subito dopo, una risata tonante rotta da ululati bestiali.

—Sissignori — strillò il pover'uomo inviperito. — Qui dentro, ho detto.

E indicando il ritratto del Re continuava:

—Naturale: lui sta a Roma e non può esser da per tutto, ma qui, io lo rappresento: io, io, io!

Chi poteva togliere a quel professore un titolo così alto, poichè se l'era fabbricato da sè?

Invece, un altro professore ch'io conobbi non aveva ombra di colpa se gli avevano attribuito un nome di principe. Era insegnante a Verona, famoso per le etimologie bizzarre che sca-

vava di sottoterra, per le bocciature spietate e per un discreto commento ai *Sepolcri*. Un giorno, mentre mi trovavo nella biblioteca comunale di Verona, io ebbi bisogno di riscontrare un verso del Foscolo. Chiedo il libro e... mi sento rizzare i capelli. Nell'esemplare che mi diedero, per una parola stampata ce n'era quattro manoscritte. Per esempio:

ALL'OMBRA DEI CIPRESSI — *Dormici tu, Clefi.*

E DENTRO L'URNE — *Ficcatici tu, brutto Clefi.*

... DELLA MORTE MEN DURO? *Più duro tu, Clefi zuccone.*

BELLA D'ERBE FAMIGLIA E D'ANIMALI. *Animalaccio tu, Clefi, infame Clefi, odiato Clefi...*

Seppi dopo che Clefi era il soprannome del professore che aveva commentato il *Sepolcri* e ne domandai la ragione a un giovane del liceo.

—Mah. I l'á sempre ciamá Clefi.

—Va bene. Ma perché?

—Eh! Clefi l'era un re dei Longobardi.

—Sapevamcelo: e poi?

—E dopo disdoto mesi de regno fu copà: dopo do ani scostastici: l'è un augurio, insoma!

Non avrei mai creduto, che dai tempi d'Alboino, in Verona la tradizione longobarda fosse ancora così viva e feroce.

Un professore di ginnasio era prete greco (o *ghegghio* come dicono in Calabria) sicchè portava, sulla testa piccola e ben fatta, un enorme tòcco che conferiva qualche maestà al bel volto barbuto. Ma i ragazzi ne avevano una bella soggezione! Per quel copricapo lo chiamavano (ricordate una celebre circolare del ministro Credaro?) *sovraccarico intellettuale*.

Un altro, corto d'ingegno, di statura, di calzoni che gli arrivavano appena all'orlo delle scarpe, se ne andava sempre a braccetto della moglie che nel l'incedere ondoleggiante tradiva la propria origine montagnòla: e la coppia era così definita: *Curtatone e Montanara*.

(Continuará).

DINO PROVENZAL.

---

## LA SECCION DE GEOGRAFIA

### Su organización y trabajos

La breve noticia, comprendida en las páginas siguientes, resume un buen número de informaciones sobre la organización de la Sección a mi cargo, y la labor que ha realizado desde el 1.º de Julio de 1918, fecha en que se inició su funcionamiento regular, hasta el 30 de Junio del corriente año.

La Sección de Geografía atraviesa por el momento inicial del proceso que ha de darle personalidad, en condiciones harto desventajosas; desde que los otros departamentos similares de la Facultad, habiendo sido organizados hace ya largos años, y contado, siempre, con amplios recursos, han alcanzado, en la actualidad, su pleno desarrollo. Fuera, pues, injusto, al juzgar su obra incipiente y silenciosa—dada la profunda diferencia de situaciones apuntada— establecer paralelismos, ni exigir, de inmediato, al esfuerzo de un individuo, lo que sólo pudo obtenerse en lenta evolución y mediante una progresiva y ponderada colaboración. Sin embargo, y como podrá constatarse, la Sección a mi cargo ha desenvuelto hasta ahora su acción, en el sentido de obtener un máximo de rendimiento en beneficio de la Facultad y de sus alumnos, al propio tiempo que sirviera para prepararle los sólidos fundamentos de su desenvolvimiento futuro.

a) **INSTALACION.** Por diciembre de 1917, diferiendo a un pedido del señor doctor don Rodolfo Rivarola—Decano, en aquel entonces, de la Facultad—quién hallábase empeñado en

organizar en forma estable a la nueva Sección de Geografía, creada por el Consejo Directivo con fecha 5 de octubre de ese año, expresaba que el local provisorio más adecuado para instalarla, podría ser el que ocupó por largo tiempo la Sección de Historia, justamente el mismo que luego fué cedido al Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras. Formulaba esa insinuación, convencido de que las pocas clases que allí funcionaban, podrían dictarse, sin menoscabo alguno, en otras aulas libres, como lo evidenciaba el examen de los horarios vigentes.

No prosperó, sin duda, la insinuación referida, pues, meses después, cuando debió pensarse en la instalación inmediata de la Sección, la embarazosa situación que entonces se produjo, sólo pudo solucionarse gracias al ofrecimiento, hecho por el señor profesor don Rómulo D. Carbia, del pequeño entresuelo situado sobre su despacho de la dirección de la Biblioteca. Esa instalación precaria, evidentemente inadecuada en cuanto a ubicación y espacio disponible, y que sólo debió de ser transitoria, se ha prolongado hasta la fecha, determinando múltiples inconvenientes, tanto más sensibles cuanto que la Sección de Geografía, dadas las investigaciones que realiza y el material que debe manipular de ordinario, requiere un local adecuado y amplio.

Estas circunstancias me han inducido a preparar un anteproyecto de instalación definitiva, que someteré próximamente al Consejo Directivo por intermedio del señor Decano, el cual consulta, no sólo las necesidades propias de la Sección y de sus anexos, sino, también, las de la enseñanza, que debe contar con los elementos y dispositivos más modernos para orientarla en la dirección práctica, y a la vez sistemática, hacia la cual tienden, en la actualidad, los estudios geográficos.

b) PERSONAL. Ha sido una de mis mayores preocupaciones, tratar de formar un personal idóneo que realizara, con plena conciencia, las delicadas tareas de investigación que se le encomendaran; las que exigen, no sólo la posesión de idiomas extranjeros, sino, también, un dominio relativo de conocimientos generales, para poder efectuar, con éxito, las operaciones de

búsqueda y análisis de los instrumentos geográficos de que ha menester la Sección. Mis esfuerzos en ese sentido han resultado vanos, pues, si se exceptúa a la señorita Alidá Délest, que desempeña cumplidamente su cargo, los otros empleados que ha tenido hasta ahora la Sección, y que por diversas causas la abandonaron, no han demostrado interés alguno en su trabajo, ni tampoco la meticulosidad imprescindible para poder confiar en la seriedad de su labor. La circunstancia referida me ha obligado a ejercer un intenso y constante contralor que ha restado buena parte de mi tiempo disponible, impidiéndome, por lo tanto, aplicar mis esfuerzos en otras direcciones.

Quizá la reciente incorporación del señor Federico von Wenckstern, subsane el inconveniente apuntado; pues, tratándose de un profesional, autor, entre otros trabajos, de una extensa bibliografía analítica (*Bibliography of the Japanese Empire*, 2 vols, 8.º), es de creer que realice las investigaciones que se le han confiado con la seriedad debida y prescindiendo de mi intervención personal.

Pero, los exiguos emolumentos de que gozan los empleados técnicos de la Sección—equiparados, actualmente, al personal de servicio—constituirá, siempre, una grave dificultad para seleccionarlos y lograr su permanencia.

De acuerdo con los términos del art. 4.º, inciso 1.º de la Ordenanza de 21 de junio de 1905, el 17 de octubre del año pasado, propuso al señor Decano la adscripción del señor don Romualdo Ardissonne, que acaba de terminar sus estudios en esta Facultad, y cuyo interés por las investigaciones geográficas he tenido ocasión de apreciar personalmente. Habiéndose aprobado mi propuesta por el Consejo Directivo, el señor Ardissonne me ha prestado su ayuda en los momentos que le dejaban libres sus ocupaciones, y, muy especialmente, en la impropia tarea de seleccionar los materiales iconográficos destinados a la enseñanza.

Abrigaba el propósito de proponer otras adscripciones, que hubieren significado vincular a la Sección un grupo selecto de

especialistas, más, las dificultades insuperables opuestas por la exigüidad del local, me han inducido a diferirlas para cuando esas circunstancias logren subsanarse.

c) INVESTIGACIONES. El 29 de julio de 1918, sometí a la consideración del ex-Decano doctor don Norberto Piñero, el plan de trabajos de la Sección. Recordaba, con tal motivo, mis puntos de vista respecto a dirección general que convenía imprimir a sus investigaciones, las cuales—decía—no debían desbordar en momento alguno la pauta circumscripita determinada por los estudios que se realizan en la Facultad, ni perder de vista su finalidad precisa. Añadía que la Sección se vería obligada a excluir muchos de los interesantes problemas comprendidos en el campo de investigación aludido, y limitar o dosificar, en otros casos, la amplitud e intensidad con que se abocara su conocimiento o se aplicara a su resolución, por carecer de los recursos necesarios para verificar estudios o realizar constataciones sobre el terreno, y por no contar, tampoco, con el personal técnico profesional que pudiera secundarme en esa labor tan especial, compleja y delicada. Inspirado, pues, en esas ideas, enumeraba algunos de los trabajos que la Sección podía emprender de inmediato, los cuales, si bien reducían la proyección de sus investigaciones, prevenían el inútil desgaste a que podía conducirla una gestión precipitada, y procuraban, asimismo, una aplicación discreta, pero permanente y uniforme, de sus actividades y también de sus recursos, que produciría, a su debido tiempo, resultados tangibles y de indiscutible utilidad práctica.

Dicho plan, que fué aprobado en todas sus partes, comprendía la compilación sistemática de la bibliografía geográfica y la preparación de la *Regesta* cartográfica de la República: vale decir, la determinación de las fuentes de la Geografía nacional.

Ambos trabajos, iniciados de inmediato y que continúan realizándose con carácter permanente, los ha emprendido la Sección en forma metódica, procediendo, por ahora, al despliegue de todas las publicaciones periódicas a su alcance, nacionales o extranjeras, utilizando, para ello, no sólo el fondo bibliográfico

de la Facultad, sino, también, el reunido en otras reparticiones públicas o el perteneciente a colecciones privadas.

Los resultados obtenidos, revisten, ya, singular importancia. Hasta el 30 de junio del corriente año, la Sección había reunido 8024 fichas bibliográficas y 653 destinadas a la *Regesta*, todas ellas descriptivas. Ese material, que constituye una fuente de información inapreciable y única en su género, va agrupándose sistemáticamente de acuerdo con los planes que he confeccionado para ese objeto y de me ocuparé más adelante.

Respecto a la forma cómo se realizan ambas investigaciones, haré notar que ellas comprenden una prolija búsqueda de los instrumentos geográficos utilizables, su anotación en forma descriptiva (nombre del autor, título del estudio, título de la revista que lo contiene, indicación de tomo, páginas, cartas, mapas, planos, diagramas o figuras, y el lugar y fecha de la impresión, cuando se trata de un instrumento bibliográfico; y, nombre del autor, transcripción integral de la leyenda, nombre y tomo de la publicación periódica en que se halla agregado o intercalado, título del estudio, con indicación del nombre del autor, en que se halla comprendido, tamaño en milímetros, lugar y fecha de la impresión, escala, anotada siempre en forma fraccionada, es decir, reducida cuando es gráfica, y procedimiento gráfico empleado, cuando se trata de un instrumento cartográfico), su análisis, para obtener, así, las fichas de referencia, y, por último, su ubicación dentro de la pauta sistemática.

Inmediatamente de haberse emprendido ambas investigaciones, inicié el estudio de los planes de acuerdo con los cuales deberían agruparse los materiales que se obtuvieran: me propuse, con ello, encauzar los trabajos desde sus comienzos hacia una finalidad precisa, circunscribiendo, al propio tiempo, el campo de la investigación. Los dí a conocer al señor Decano el 13 y 20 de diciembre de 1918, respectivamente; y aunque representarían un esfuerzo casi definitivo, los he perfeccionado, con posterioridad, en su estructura, hasta obtener las clasificaciones taxinómicas comprendidas en las dos publicacio-

nes que—a mis expensas—acabo de editar por separado. Ambas agrupaciones, precedidas de una sección de generalidades, comprenden la sistematización de todas las modalidades de la ciencia geográfica: matemática, física, humana, económica, social, general y corográfica, náutica, militar, médica e histórica.

Aprovechando el despliegue de las publicaciones periódicas aludido, he formado, asimismo, un amplio repertorio bibliográfico sistemático, que comprende, catalogados en forma descriptiva, todos los estudios que se nos presentaban sobre metódica geográfica, enseñanza de la Geografía, o sobre cuestiones fundamentales de geografía física y humana. He querido, con ello, constituir un fondo de información seleccionado para uso de los profesores y de los alumnos que preparan sus tesis.

Por último, mi estudio sobre el origen y desarrollo de la toponimia bonaerense en el curso de los siglos XVI y XVII, se halla muy adelantado, aunque su terminación depende de ciertos materiales cartográficos que la Sección espera recibir próximamente de Europa.

d) PUBLICACIONES. Con posterioridad a mi nombramiento de Director *ad-interim* de la Sección, el 26 de noviembre de 1917, el ex-Decano doctor don Rodolfo Rivarola, autorizó la reimpresión, en condiciones sumamente ventajosas del punto de vista pecuniario, de un estudio mío, que apareció como número 1 de las *Publicaciones de la Sección de Geografía*:

*Notas para el estudio de la Geografía histórica rioplatense. La Matanza y el Río de los Querandíes, 165 x 265 milímetros, IV + 49 + una página, con 15 cartas en el texto. Buenos Aires, 1917.*

Esta monografía, que fija el formato y norma tipográfica de las publicaciones de la Sección, es la única aparecida, hasta ahora, con carácter oficial.

Fuera de ella, he editado, a mis expensas, otras dos reimpresiones que dan a conocer las investigaciones emprendidas, y que contribuirán, sin duda, a divulgarlas.

*Plan de agrupación sistemática de la bibliografía geográfica argentina, en Anales de la Sociedad Científica Argentina, LXXXVIII, 173—200. Buenos Aires, 1919.*

*Regesta cartográfica de la República Argentina. Plan de agrupación sistemática, en Anales de la Sociedad Científica Argentina, LXXXVIII, 201—209. Buenos Aires, 1919.*

También ha sido publicada mi respuesta a la encuesta promovida por el ex-Consejero don Manuel Lapido, en la cual se hallan expuestos mis puntos de vista sobre la orientación que conviene dar a la Sección, su acción inmediata, etc.:

*Del Director de la Sección de Geografía, en VERBUM, Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, XII, N.º 47, 119—122. Buenos Aires, 1918.*

La verdad es que la Sección podría haber hecho otras publicaciones, pero, he creído de mayor urgencia y utilidad inmediata, la aplicación de los limitados recursos con que cuenta desde 1919—tres mil pesos anuales—a la adquisición de material de enseñanza.

Conviene hacer notar, sin embargo, que en un futuro más o menos próximo deberá pensarse en la publicación de la *Bibliografía Geográfica Argentina*, repertorio que comprenderá siete volúmenes por lo menos, de los cuales el I, II y V, se hallan muy adelantados.

Por último, la memoria del doctor don Guido Bonarelli sobre batimetría del litoral argentino comprendido entre los 39° y 53° de latitud sur, en sus relaciones con la masa emergida próxima, no ha llegado aún a mis manos. El viaje y larga estada en Europa de su distinguido autor, quizá le hayan impedido terminar su interesante investigación, que, según lo solicité al ex-Decano doctor don Norberto Piñero el 11 de Septiembre de 1918, debió aparecer como N.º 2 de las *Publicaciones* de la Sección.

e) MATERIAL. El señor Decano, con fecha 30 de Diciembre de 1918, dispuso que el llamado Gabinete de Geografía física, pasara a depender de la Sección a mi cargo. Esa resolución significaba, a mi entender, no sólo encargarse de su conservación, sino, importaba, asimismo, contraer el compromiso de acrecentarlo con los elementos exigidos por las necesidades de la enseñanza.

El inventario detallado que levanté al recibirlo, me demostró que gran parte del material que componía dicho Gabinete, no tendría aplicación alguna en la Facultad; que muchos de los costosísimos instrumentos de precisión que comprendía, jamás habían sido utilizados o se hallaban en malas condiciones; y que faltaban, en cambio, multitud de elementos indispensables para realizar la enseñanza de la Geografía física, en la dirección exigida por los estudios que se realizan en la Facultad. Fué acaso, por ello, que en mi nota fecha 25 de febrero de 1919, sugerí al señor Decano la conveniencia de que la Facultad se desprendiera de aquella parte del material referido que se juzgara inadecuado para sus enseñanzas; cuya enajenación, a otras instituciones, proporcionaría, sin duda, los recursos necesarios, mediante los cuales podrían obtenerse los elementos de que realmente habían menester los dos cursos de Geografía que figuran en su Plan.

Sea como fuere, comprendí que el material ingresado podía ser la base de un verdadero Gabinete de Geografía, física y humana, anexo a la Sección, y que era imprescindible formar a toda costa por tratarse de una necesidad sentida. Desde entonces, buena parte de mis esfuerzos se han aplicado a la realización de dicho propósito; y, justo es reconocerlo, se vieron facilitados por la inclusión, en el presupuesto de 1919, de la partida anual a que aludí en párrafos anteriores.

Como fuera de todo punto imposible adquirir en plaza el material cartográfico moderno, cuya falta tanto se ha dejado sentir en los últimos años, y, como tampoco se pudieran obtener de inmediato los aparatos para demostraciones, bloques plásticos, etc., indispensables, comencé, en el segundo semestre

del año pasado, la selección y preparación del material de diapositivos, de que carecían, casi por completo, ambos cursos de Geografía.

El 30 de junio de 1919, la Sección contaba con 442 diapositivos; 256, procedentes del Gabinete de Geografía física; y, 186, preparados, bajo mi dirección, en 1906, para el curso de Geografía humana. Aquellos constituían un conjunto heterogéneo: una serie de la casa Deyrolle, formada, sin criterio alguno, sobre las indicaciones vagas de un catálogo; otra serie, de los laboratorios del Observatorio de Yerkes, de astrofísica pura; un cierto número comprado a la casa Krantz de Bonn, desprovistos de toda referencia; y, por último, algunas pocas decenas, confeccionados sobre negativos obtenidos por el personal de la Dirección general de Minas, Geología e Hidrología, desgraciadamente en mal estado de conservación. La pequeña serie de Geografía humana, la había formado sobre material bien documentado, era de aplicación precisa, y constituía, por lo tanto, una base apreciable.

Mi primera tarea fué formar un conjunto selecto de expresiones cartográficas, representaciones esquemáticas o semi-esquemáticas y ejemplos clásicos de los fenómenos o hechos esenciales de Geografía física y humana, poniendo a contribución, para ello, la copiosa información iconográfica de las obras magistrales de Davis, de Martonne, Vidal de la Blache, etc., o de monografías especiales como las de Keidel, Windhausen, Groeber, etc. Obtuve luego, de algunos particulares que poseían ricas y hermosas series de negativos, la autorización necesaria para utilizarlos; y, a este respecto, debo llamar la atención sobre las facilidades de todo género que me han dado los señores ingeniero José María Páez, doctor Guillermo Schulz, R. Roehner, N. Frickart y N. Suhr. El Museo Etnográfico de la Facultad y el Instituto Geográfico Militar, me han facilitado, asimismo, valiosísimos materiales. Pero, en esta suma de buena voluntad puesta al servicio de la Sección, ocupa un lugar sobresaliente la amplia concesión, hecha por el

señor ingeniero don Enrique H. Hermitte, de poder utilizar, sin restricción alguna, el archivo fotográfico del departamento a su cargo, quizá el más importante existente en el país, tanto por su riqueza cuanto por lo amplio de su documentación. La selección que efectué en los 4.500 negativos que lo componen, me ha permitido formar una serie única en su género, cuya confección ha sido hecha bajo mi contralor personal.

Por otra parte, la Sección ha adquirido la colección Franz Kühn, de la cual, gracias a la gentileza de la casa que la ha preparado, se me permitió separar los ejemplares duplicados o defectuosos.

Por último, he iniciado la formación de una serie de vistas tomadas desde aeroplano, cuya aplicación al estudio de los fenómenos geográficos, ha cobrado, en los últimos tiempos, singular importancia.

El material a que acabo de aludir, representa el ingreso a la Sección de 1.076 diapositivos de Geografía física y humana, en su inmensa mayoría referentes a la República, y, todos ellos, ampliamente documentados.

Simultáneamente con el ingreso del nuevo material, se ha comenzado su ordenación de acuerdo con prolijas pautas sistemáticas que facilitan grandemente la consulta. Las fichas que se confeccionan con ese objeto, son descriptivas: en efecto, ellas comprenden — fuera de precisas indicaciones referentes a la localización del hecho representado, procedencia del negativo, época en que fué obtenido, etc. — una descripción completa del contenido del diapositivo, singularizando en ella, obvia decirlo, los fenómenos de mayor importancia. Por ejemplo:

ARGENTINA.

1.036

Salta (V. 1-Est. 9)

Fotografía tomada desde el cerro San Bernardo, en dirección N. 17° O., mostrando la parte sur de la ciudad, situada en el rincón N. E. del valle de Lerma. Hacia la izquierda del diapositivo, parte del río Are-

nales; hacia la derecha, parte del río Arias. En último término, a unos 15 kilómetros, las lomas de Isasmendi y los cerros de Benabén, estos últimos interesantes por su erosión madura. Las montañas nevadas pertenecen a la alta cordillera (Neg. Inst. Geog. Militar, 1912-1913).

Aún mas; en aquellos casos en que las series corresponden a regiones cuya planimetría y altimetría han sido ya publicadas, he fijado, en las planchetas correspondientes, la posición desde donde fué obtenida la vista, y he señalado, asimismo, su orientación, para lograr una interpretación aún más amplia y precisa de los detalles.

Por último, también con los fondos de la partida anual a que me he referido, la Sección ha completado su instalación general y ha adquirido los muebles especiales de que había menester, como, también, cierto material de enseñanza que pudo obtener en plaza: la colección de cuadros murales de tipos geográficos de Geistbeck y Engleder, las cartas del Instituto Geográfico Argentino, etc.

f) RECURSOS. Durante el año de 1918, la Sección no contó con recurso alguno. Sólo después del mes de julio de 1919, dispuso de la partida anual de 3.000 \$, a que he aludido repetidas veces. Gracias a ella, pudieron realizarse las adquisiciones de material a que me he referido, y con ella, igualmente, se han cubierto los gastos ordinarios determinados por las actividades de la Sección, y las continuas reparaciones del sismógrafo—verdadero presente griego—cuyo funcionamiento regular se halla constantemente obstaculizado por su ubicación inadecuada.

g) INFORMACIONES. La Sección ha atendido los pedidos de informes que le fueron formulados por personas extrañas, como por alumnos de la Facultad sin limitación alguna; y, en ciertos casos, se han puesto los materiales reunidos a disposición de los interesados. Buen número de alumnos de

los cursos de Geografía física y humana, y aún de Antropología, Sociología y Arqueología, han solicitado especialmente informes de carácter bibliográfico, sea para sus monografías o para las tesis que preparaban. En tales casos, se les ha suministrado nóminas completas y ordenadas, al propio tiempo que se les daba instrucciones para el mejor aprovechamiento de los materiales que debían consultar.

FÉLIX F. OUTES.



## NOTAS Y COMENTARIOS

### Samuel A. Lafonte Quevedo

† el 18 de Julio en La Plata

Con la muerte del doctor Lafone Quevedo pierde la ciencia arqueológica argentina, uno de sus más grandes investigadores, y la Facultad de Filosofía y Letras, uno de sus más antiguos y estimados profesores.

Había nacido el doctor Lafone Quevedo, el 28 de febrero de 1835 en Montevideo, bajo la expatriación. Muy joven aun, trasladóse a Inglaterra, donde se educó y obtuvo, en la Universidad de Cambridge, el título de Master of Arts. De regreso a la patria, se radicó en Catamarca, viviendo allí alrededor de cuarenta años, durante los cuales tuvo ocasión de recorrer los valles de esa provincia y de las circunvecinas. En ellos recogió los abundantes materiales que le sirvieron luego como documentos originales, para la redacción de los múltiples e importantes trabajos sobre Arqueología, Historia, Lingüística y Etnografía de que fué autor.

La merecida reputación de sabio e investigador auténtico, que tales obras le dieron, así en la patria como fuera de ella, valióle el ser designado, en 1898, profesor de Arqueología americana en esta casa; director del Museo y Decano de la Facultad de Ciencias de la Plata, en 1906; representante de nuestro país en varios congresos científicos y Doctor "honoris causa", por nuestra Facultad, en 1910.

Todos los estudiosos saben de la vasta y sólida preparación del doctor Lafone Quevedo en las materias que constituían su especialidad; solo los que tuvimos ocasión de pasar por su curso sabemos de sus dotes de profesor y maestro cariñoso.

Sencillo, sin vanas presunciones ni ridículos estiramientos, reuníase con sus alumnos, los días de clase, en una de las salas subterráneas del Museo, y, sentados todos alrededor de una mesa que llenaba de mapas y restos fósiles para ilustrar la explicación, desenvolvía su clase departiendo familiarmente con aquellos. Sus lecciones eran, por esto verdaderas conversaciones entre profesor y alumnos, las que nunca dejaba de matizar, el doctor Lafone Quevedo, con reminiscencias personales, ocurrencias chistosas, o anécdotas de personajes históricos que conociera y tratara en el transcurso de su larga vida.

El aspecto venerable que le daba su edad avanzada, su índole naturalmente bondadosa, sus modos familiares y su palabra siempre amable, dábanle, sobre todo en los últimos tiempos, mas apariencia de padre o de abuelo impartiendo consejos a su prole reunida, que de catedrático en el sentido magistral de la palabra.

Querido por todos sus discípulos, su desaparición no puede menos que ser por ellos hondamente sentida. Uno de los más distinguidos, el doctor S. Debenedetti, maestro ya, arqueólogo de nota y director actual de nuestro Museo Etnográfico, pronunció, en nombre de esta Facultad, ante la tumba del maestro ido, el discurso sobrio y hermoso que a continuación reproducimos:

Señores,

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires me ha confiado la dolorosa misión de representarla, en esta hora de su íntimo duelo, y despedir, frente a las puertas de la eternidad, a este venerable maestro.

Fué hasta ayer el Dr. Lafone Quevedo la reliquia superviviente de aquella reducida falange de investigadores que marcó una etapa y caracterizó una fase de nuestro desenvolvimiento científico.

Cuando la Facultad de Filosofía y Letras abrió sus aulas al desinterés de los estudiosos, llamó al Dr. Lafone Quevedo para ocupar la cátedra de Arqueología Americana, materia que, por primera vez, iba a ocupar un lugar en nuestros programas

universitarios. En este sentido, puede afirmarse que fué su verdadero fundador.

Traía consigo un envidiable bagaje científico, reunido con su propio esfuerzo, resultante de la investigación personal y de la afanosa observación directa de los hechos en su ambiente originario; tenía antecedentes impecables de honradez en el estudio, de tenacidad en la disciplina y de constancia en el trabajo; sus sospechas, sus ideas, sus conclusiones diseminadas en sus valiosas publicaciones constituían la mejor garantía y eficacia para ilustrar y desarrollar la nueva ciencia que a su dirección se confiaba. Por ello, la Facultad de Filosofía y Letras, le llamó y le puso en posesión de la cátedra que dictó siempre con el mismo entusiasmo, con la misma sana energía y con el mismo sereno optimismo, hasta pocos días antes de morir.

Dedicado por entero al estudio y a la enseñanza desplazó y suplantó con profunda e íntima convicción los llamados valores de la vida reduciéndolos todos a una forma única: el amor a la ciencia. Ella lo llevó a enseñar, encaminar, trazar rumbos y marcar pautas que se harán tanto más visibles cuanto más hondo sea el análisis. — que alguna vez tendrá que practicarse. — de nuestras ciencias.

Allí deja como legítimo y sólido legado a las generaciones presentes y venideras su sabia producción de carácter lingüístico, arqueológico e histórico, fuentes inevitables para todos los que quieren beber nuestras cuestiones de americanismo.

La muerte sorprende al anciano maestro en plena labor; ni el peso de los largos años, ni las vicisitudes del tiempo habían mellado su alma, conservada hasta ayer con la frescura de una edad juvenil. Este hombre extraordinario proyectaba todavía, como si la eternidad fuera inherente a su naturaleza, seguir por nuevas y desconocidas rutas hacia la solución de los complicados problemas de las afinidades de los idiomas americanos.

Fué la preocupación de sus últimos días establecer en forma definitiva el lugar geográfico donde las correlaciones lingüísticas se acentuaron con mayor intensidad y donde podría sospecharse

la cuna desde la cual se inició la dispersión de las estirpes americanas.

A la especulación, fruto del paciente estudio en el gabinete unía la experiencia de largos viajes; buscando los secretos de nuestros solitarios valles y montañas penetró en el alma de nuestras civilizaciones muertas y quiso reconstruirlas manejan-do sus restos dislocados.

Sus continuadores podrán sorprender alguna falla en los métodos o conclusiones seguidos por el Dr. Lafone Quevedo, pero lo que siempre ha de aparecer en el conjunto de su obra multiforme es la sana sinceridad de sus investigaciones y la indiscutible buena intención en el propósito.

Horas vendrán de justicia en que se pondrán en claro los valimientos de este muerto ilustre cuya vida, puesta al servicio de una idea, es para nosotros un ejemplo.

La Facultad de Filosofía y Letras pierde con el Dr. Lafone Quevedo a uno de sus viejos y sabios profesores; sus discípulos, al perder su amor y su consejo, recogen su nombre y su enseñanza con toda veneración. En nombre de la Facultad, en nombre de su alumnado doy el último adiós al maestro y vaya en la cálida, dolorosa e intensa despedida toda nuestra amorosa ofrenda.

---